

Una obra colaborativa de Chalo Flores & Insai



EL POGO MÁS GRANDE DEL MUNDO

Crónica de una misa ricotera



COLABORATIVA INSAI



Autor: Flores, Gonzalo Martín.

Arte de tapa y maquetación: Pujolá, Fernando Carlos

© 2025, Colaborativa Insai

Primera edición: Septiembre 2025

ISBN 978-631-01-0027-2

Impreso en Semilla Creativa, Argentina.

El pogo más grande del mundo,
crónica de una misa ricoterá © Licencia:

Creative Commons Atribución.

Reconocimiento-CompartirIgual

4.0 Internacional.

www.creativecommons.org

Chalo Flores
Una obra colaborativa con Insai

EL POGO MÁS GRANDE DEL MUNDO

Crónica de una misa ricotera

«Vinimos todos y todos somos uno»

LOS PIOJOS

«La vida sin problemas es matar el tiempo a lo bobo»

LUZBELITO & LAS SIRENAS

Para les amigos del palo

Prólogo

SUBAN, QUE ARRANCAMOS

Hay viajes que son peregrinaciones. Rituales de pasaje. No se miden en los kilómetros que marcan los odómetro sino en las charlas, los puchos y porros compartidos y los fernets que se arman en botellas cortadas al medio. Se calibran cuando la amistad se pone a prueba, atravesando la ruta que se vuelve de tierra cuando menos te lo esperás y en la certeza de que, aunque el auto quede encajado en una zanja, entre todos lo van a sacar.

Recuerdo la primera vez que me subí a este auto. Gonzalo me pasó un primer borrador y me ofreció trabajar con él, sugiriéndole revisiones. Honesto, generoso y valiente, me dijo que le diera con toda. Apliqué rigor técnico, pero no hizo falta mucho: el viaje ya tenía corazón. En esas primeras páginas, todavía con el motor en frío, conocí a la pandilla: el Comandante, con su brújula revolucionaria a veces apuntando al norte y otras, al capricho de su corazón; Pomelo, cargando con el peso familiar en la mochila; el Hueso, un romántico empedernido tras melodía perfecta en un mundo desafinado; y el Vasco, ese genio anárquico capaz de citar al Diego, robarse víveres en una YPF y encontrar poesía en la autodestrucción.

Desde el asiento momentáneo del copiloto, fui testigo del viaje del libro mismo. No puedo evitar el paralelismo: ver crecer esta novela fue como ver a los pibes arreglar ese Clio maltrecho. Los primeros borradores tenían abolladura, tensión de coima policial, cerraduras que había que forzar para recuperar las llaves olvidadas. Y ahí estaba Gonzalo, como un mecánico artesano, metiendo mano, aceptando retos (como sinónimo de desafío, y de castigo a un niño que se porta pésimo) ajustando el motor del relato, puliendo la chapa de los diálogos y cambiando la óptica de una escena para que alumbrara mejor el camino. Le puse amor y paciencia y por eso la luz de los faros, ahora brilla.

Que este libro salga a la luz como una obra colaborativa de la mano de Insai, es la forma más lógica de que esta historia exista. Porque si algo aprendemos en estas páginas, es que «en la misa ricotera nos ayudamos entre todos». Este libro no solo narra ese espíritu, sino que nace de él. Es la materialización de esa camaradería, de ese pogo inmenso donde te pueden empujar hasta que te caés, pero siempre hay un par de manos anónimas que te levantan para que la fiesta siga.

Lo que tenés en tus manos, es mucho más que la crónica de un recital. Es una historia sobre la lealtad, las heridas que no cierran, los sueños que se agarran a piñas con la realidad y la búsqueda de un momento de epifanía, de comunión, de lo místico en medio del caos. Es la historia de cómo los problemas —la guita que no alcanza, los mandatos familiares, los amores que se transforman en otra cosa— viajan con nosotros, por más que le subamos el volumen a la música para intentar taparlos. Ahí están. Y mientras haya amigos, estará todo bien.

Así que mi consejo para el ritual, es simple: acomodate, buscá

la carpeta de Los Redondos en MP3 o meté *Lyzbelito* en el equipo de música. Subí el volumen y abrí la primera página. La odisea está por poner primera, y te aseguro que es un viaje del que no vas a querer bajarte.

CARLOS LA CASA

Viernes

I.

El Comandante y Belén terminaron de coger y cayeron rendidos sobre la cama. Ella se apoyó sobre él y jugó con los pelos de su pecho.

—Me tengo que ir.

—¿Ya?

—Sí, los chicos me esperan.

El Comandante le dio un beso largo y fuerte a su compañera y se paró para cambiarse. Puso la pava eléctrica y preparó el equipo de mate. Ella lo abrazó por detrás y le mostró la llave del auto. Él quiso agarrarla, pero ella se la corrió.

—Tenés que prometerme que te vas a portar bien.

El Comandante se giró, la abrazó y la besó.

—Quedate tranquila, vos me conoces, palabra de revolucionario. Voy porque mi hermano me insistió y es una excusa para vernos.

—Está bien, mandale saludos y decile que algún día vengan para acá. Y, por favor, cuidá el auto, si le pasa algo, mis viejos nos matan a los dos.

El Comandante asintió y tragó saliva.

El Vasco dormía sobre el sillón hasta que Pelusa le lamió la cara y lo despertó.

—¿Qué pasa Pelu? ¿Querés salir a mear? —le preguntó dándole unas palmadas en el lomo. Era un perrito raza perro, lo adoptó cuando era cachorro por pedido de un amigo que no sabía qué hacer con él. El Vasco prendió un faso que estaba sobre la mesita ratona, aspiró un par de veces, fue hasta la puerta y buscó la correa. Pelusa se puso a saltarle alrededor.

—Tranquilo loco, esperá, ya salimos.

El Vasco abrió la puerta y salieron a la calle. Pelusa meo y cagó por varios árboles de la cuadra y volvieron a entrar.

—Bueno, Pelu, me voy unos días, voy a un recital con amigos, te dejo agua y comida, va a venir la tía mañana a sacarte a pasear y jugar con vos. Te dejo tu peluche acá y tus pelotitas para que juegues, no rompas nada, ¿estamos?

El Vasco puso ropa en su mochila, cargó algunas drogas y salió.

Pomelo volvió del gimnasio, se bañó y, mientras armaba el bolso, tomó unos mates. Avisó a los amigos que ya estaba en su departamento. Buscó el contacto de Josefina, su ex. Amplió la foto de perfil y se quedó mirándola, como si pudiera adivinar sus pensamientos o desnudarla con solo mirar fijo su imagen. Tomó un mate. Ya no usaba la foto de perfil que le había sacado él en unas vacaciones juntos. Ahora tenía otra: con los brazos en alto, subida a la caja de una camioneta, con un atardecer campestre detrás. Quiso mandarle un mensaje, pero no supo cómo arrancar la conversación. Se le ocurrieron algunas ideas, pero ninguna lo convenció. Guardó un buzo, rebotó la pelota de básquet un par de veces y se la pasó entre las piernas. Tomó otro mate, pensó de quién sería esa camioneta. Agarró el celular y, de nuevo, sus ojos

se chocaron con los de su ex. Se mordió el labio inferior, respiró profundo y empezó a escribir. Le contó que estaba por viajar a Olavarría por el recital del Indio Solari y le gustaría verla y tomar algo juntos. Apretó enviar y dejó el celular en la barra.

El Hueso giraba la picadora de queso y veía caer la cascada de muzarella sobre la bandeja de plástico. En la radio, empezó a sonar *Another Brick in the Wall* de Pink Floyd y se acordó de la parodia del programa de «Todo por Dos Pesos»:

—Ey Chiche, limpia este salón, falta un celular y un tetra brick de Wolf —cantó.

Se rio de la ocurrencia de los guionistas. Tenían un ranking musical muy bueno. Le dieron ganas de escuchar varias de esas canciones. Recordó el videoclip oficial con los chicos que marchan como zombies hacia una picadora humana. Le dio cada vez más rápido a la manivela, con la mirada fija en los gusanos de queso. Más rápido. Debería estar con sus amigos saliendo para el recital del Indio y también pensó en el alquiler del departamento, en la moto, en las maquetas de arquitectura...

—¿Qué haces pibe? ¡Vas a romper la máquina! —le gritó Roberto y el brazo se frenó—. ¿Terminaste la salsa? ¿La masa ya levó? Metele que estamos hasta las bolas de pedidos.

El Hueso iba a responder que con sus veintisiete años ya no era un pibe y que le chupaba un huevo todos los pedidos, pero al final dijo lo que su jefe esperaba oír:

—Sí, ya tengo todo encaminado.

—Bueno, dale, no cuelgues, acordate que el impresentable de tu compañero no viene hoy —dijo Roberto mientras iba al mostrador en la parte de adelante del local.

—Cómo olvidarlo —respondió el Hueso en voz baja.

Su compañero iba a cubrirlo y le salió con una excusa a último momento. La canción de Pink Floyd había terminado. Le dio bronca haberse distraído y no escucharla. Empujó la bandeja de los quesos. Se sacó el delantal y la cofia. Activó el celular y leyó el mensaje de Pomelo. Apretó los dientes y le respondió:

—Estoy complicado en el laburo. Banquenmé. No se vayan.

Encaró hacia el mostrador para hablar con Roberto, que sostenía el teléfono entre el hombro y la oreja y con una mano anotaba un pedido. Cortó y, sin dejar de escribir, preguntó:

—¿Ahora qué pasa?

El Hueso tomó aire y no anduvo con vueltas:

—Me voy.

El viejo canoso se giró y lo miró.

—Dejate de joder y ponete a doblar cajas que estamos hasta las manos.

—Me tengo que ir. Te dejé todos los quesos rallados, el relleno de los fatay y la salsa lista.

—¿Me estás jodiendo, pendejo?

—Yo avisé hace tiempo que hoy me tomaba el franco que me debían. Si el otro no viene, no es mi culpa. Y, hablando de deber, necesitaría que me pagues lo del mes pasado.

Roberto alzó las cejas y se rio.

—Ah boe, qué cojones los tuyos. ¿Te querés ir y encima manguéas guita?

—No manguéo nada, pido lo que me corresponde por el trabajo que hice.

—No te hagas el gallito y volvé para la cocina. Cuando pueda juntar esa plata, te la pago. Ahora dale, mové el culo y seguí con lo tuyo.

Una clienta abrió la puerta y entró junto con el frío de marzo.

—Hola, buenas tardes. Quisiera hacer un pedido.

Roberto le dio la espalda al Hueso y puso su mejor sonrisa falsa para atender a la señora.

—Buenas tardes, Mabel, ¿cómo le va? Dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

—¿Me puede mostrar el menú?

—Sí, cómo no, aquí lo tiene.

El Hueso seguía parado, mirando las pelotitas de grasa en la nuca de su jefe.

—De verdad Roberto, necesito la plata y tengo que irme.

—Esperá un poco que atiendo a la señora, por favor, andá a la cocina. Mabel: ¿va a querer pizzas o empanadas?

—Quisiera dos pizzas. ¿Se pueden pedir mitades?

—Sí, claro, lo que quiera.

El Hueso negó con la cabeza y se fue al fondo de la pizzería. Agarró un puñado de gusanos de muzarella y los masticó apretando fuerte la mandíbula. Agarró algunos más, les pasó la lengua y los volvió a dejar en la bandeja. Juntó su mochila, la campera y unos fainás. Chequeó si tenía todo: entrada, billetera, encendedor, sedas y cogollos. Espió desde atrás de la puerta plegable de policarbonato. Esperó a que Roberto se alejara del mostrador y se acercó a la caja registradora, la tapó con la campera para que amortigüe el sonido delator y la abrió en cámara lenta. Agarró los billetes de tres cifras, la cerró con cuidado y salió por la puerta principal. El Hueso subió a su moto y le dio una patada para encenderla. Pero no arrancó. Roberto vio a su empleado en la calle y salió corriendo. El Hueso pateó de nuevo y, esta vez, la moto arrancó. Puso primera y aceleró.

—¡La concha de tu madre pendejo! ¡No vuelvas!

Las explosiones del escape taparon los gritos de las puteadas. El Hueso miró para atrás, se río y le hizo fuck you con el dedo.

El Hueso atravesó las calles con el casco en un codo y la campera flameando como un estandarte. Se reía con la sonrisa de los que se animan a saltar al vacío.

—¡Este asunto está ahora y para siempre en tus manos, neneee!

—gritó contra el viento.

2.

El Comandante estacionó el Clio frente al departamento de Pomelo. Mandó un mensaje con la palabra afuera y se rascó la barba.

A los minutos, aparecieron Pomelo y el Vasco, cada uno con su mochila. Pomelo, un vikingo de barba colorada y anteojos, salió con el equipo de mate. El Vasco caminaba con su guitarra enfundada y sus rulos, bigotito y chiva, como una especie de Frank Zappa rioplatense. El Comandante salió del auto y se abrazaron.

—¡Llegó el viernes, compañeros! Vamos a revolucionar Olavarría. Dejen, yo acomodo, no quiero quilombos —dijo abriendo el baúl.

—Miralo al pollera —dijo el Vasco tirando la mochila adentro.

—Relajá pajero, que la misa ricotera es larga —dijo Pomelo.

—Estoy relajado, solo les pido que seamos cuidadosos, si no Belu me mata.

—Tranquilo, se lo devolvemos sano y salvo. ¿Compraste facturas?

—Sí, y chipas —dijo el Comandante levantando la bolsa con

las bolitas de mandioca y queso —. Traje agua caliente también.

—Yo no quiero mate. Necesito una birra.

—Aguantá Vasco, no empieces a romper las bolas.

El Hueso dobló en la esquina a contramano y frenó la moto justo antes de chocar contra el paragolpe del Clio.

—¡Hijo de yuta, casi me infartás! —dijo el Comandante agarrándose la cabeza.

Los otros se rieron y bajaron a saludarlo. El Hueso guardó la moto en el departamento de Pomelo. Se lavó las axilas y se cambió la remera. Subieron al auto y la odisea puso primera.

—Qué bueno que pudiste venir —dijo el Comandante.

—La manija pudo más.

—Siempre tarde. Seguro le estabas tirando la goma a Don Roberto —agregó Pomelo limpiando sus lentes con la remera.

—Ni me hables de ese viejo choto. Acabo de renunciar para ir al recital.

—Uh, ¿Por qué?

—Nada, quilombos de guita, pero ya está, veré cómo me arreglo a la vuelta. Ahora solo quiero volarme la peluca todo el finde.

—¡A eso vamos, hermano! ¡A la misa ricoterá! —dijo el Vasco y le palmeó la espalda al Hueso.

El Comandante puso un pendrive con la discografía de Los Redondos y los Fundamentalistas y le dio play. Pomelo iba de copiloto, por su cuerpo largo y porque era el que más conocía la ruta.

—Prepará un mate, copi-choto —dijo el Hueso y le dio una cachetada en la nuca a Pomelo.

—No hinchén las bolas los nenes de atrás. Salimos de la ciudad y armo uno.

—Yo ya tengo uno armado acá —dijo el Vasco sacando un faso del bolsillo.

—¡Dale mecha, guachín! —gritó el Hueso.

—No, en el auto no, a ver si queman algo.

—No se ponga la gorra, Comandante, la revolución necesita de revolucionarios.

—Belu está re pesada con el auto y sus viejos no saben que me lo prestó para el viaje.

El Comandante y Belén eran pareja hacía dos años. Él militaba en el centro universitario de arquitectura y en un partido trotskista. Se conocieron una tarde que le repartió unos folletos. Charlaron en el bufet varias veces y en una fiesta del centro universitario se besaron por primera vez. Ella estaba a punto de recibirse, sus resúmenes le habían servido a él y a sus amigos para aprobar más de una materia. Él tenía mejor promedio porque ella se ponía nerviosa en los finales. Pero Belén era mejor dibujante. La familia de ella era de La Plata: padre abogado y madre contadora, enemistados con cualquier apreciación del término zurdo.

El Clio se alejó del casco urbano de La Plata. El paisaje devino en casas bajas, campos sembrados y quintas con invernaderos de nylon. El sol se diluía en el horizonte detrás de los postes de madera y los alambres de púa. Pomelo le indicó al Comandante que tome el camino hacia Coronel Brandsen y después hacia la ruta 3. Se puso un repasador sobre el jean, volcó yerba dentro del porongo, lo dio vuelta contra el repasador y lo sacudió para sacarle el polvo. Hizo un pocito con la bombilla, la acomodó en diagonal y regó la yerba, que empezó a inflarse hasta que algunas burbujas aparecieron en la superficie y chupó la bombilla.

—Ahh, un poema este mate. Disculpen las burbujas, se me cayó detergente.

—No te hagas el gaucho que en el bufet te pedís un capuchino —buchoneó el Comandante.

—Soy una persona de gustos amplios —respondió y le pasó el mate al conductor. Morfó un chipa y los pasó. El Vasco probó uno.

—Qué buenos están. Son un vicio estos cosos.

—Para vos todo es un vicio —dijo el Comandante con una mano en el volante y otra con el mate.

—Todo no. Pero algunas cosas se me pegan. Menos la plata.

—Entonces vas a ser un croto toda tu vida —dijo Pomelo.

—Nunca fue un listo de pesos, siempre un listo de centavos —entonó el Hueso.

—Mientras tenga una guitarra y pueda fumar y dibujar, me basta.

El Vasco había dejado de estudiar hacía un año. Igual iba a la facultad todas las noches a trabajar como sereno. Era plata fácil, solo tenía que estar despierto y mirar las cámaras de seguridad. Se pasaba la jornada laboral tocando la guitarra, fumando y dibujando en hojas que sacaba del aula de los profesores. Dibujaba animales mitológicos y retratos de Maradona. En la secundaria dibujaba garabatos terapéuticos en los bancos. Soñaba con tener una banda y ser tatuador, pero no tenía ni la plata ni la energía para esos proyectos. No se le conocía pareja ni garches ocasionales, solo le interesaba hacer la suya y jugar con su perro Pelusa. Sacó el faso, rodó la piedra del encendedor y aspiró. El perfume a cogollo quemado inundó el espacio.

—¿Qué hacés, compañero? Te pedí que no fumes acá —dijo el piloto inquieto en su asiento.

—No estoy fumando. Prendí un sahumerio para las malas vibras.

—Te veo fumar por el espejo, salame.

—Tranquilo, chofi, respirá: nada está bajo control —dijo el Vasco aspirando.

—Guarda, boludo, estás quemando el asiento —dijo el Hueso guiñando un ojo.

—¿Qué? ¿Dónde? —preguntó el Comandante girando la cabeza.

Los pibes del fondo se rieron mientras hacían un trueque de mate y porro.

—Hijos de yuta. Si queman algo, pagan ustedes el arreglo.

—¿No vas a fumar vos? —preguntó el Hueso y dio una primera pitada apasionada.

—No, hace un tiempo que ya no fumo.

—¿Por? ¿Tuviste un mal viaje? —preguntó Pomelo.

—No, no quiero distraerme en mi lucha contra el capitalismo.

El Hueso se tentó y se le escapó humo por la nariz.

—Bajá de la palmera y disfrutá de los placeres que te quedan sin dañar —le dijo el Hueso.

—Lo hago, a mi forma. Las drogas atacan contra las fuerzas revolucionarias. El capitalismo masificó la marihuana para mantener a la juventud pasiva y distraída.

—El mismo capitalismo la prohibió después —agregó el Vasco.

—Esas son políticas de negocios.

—Todo bien con esas teorías marxistas y bolcheviques, pero eso es la prehistoria —comentó Pomelo—. El capitalismo evolucionó, ahora nos culea y pagamos por eso con una sonrisa. Ya nadie quiere una revolución, todos quieren bitcoins y porno gratis.

Pomelo era el único de los cuatro que ya trabajaba en un estudio de arquitectura. Su alto promedio en la facultad le había conseguido becas y acceso a las grandes ligas de las constructoras. Su viejo era un gringo de campo, que le inculcó que el progreso se medía en billetes. Su mamá era bailarina de folclore y tango, devenida en ama de casa y niñera de su hermana con síndrome de down. Unos meses atrás, había saltado una historia del padre con otra mina y la cosa estaba tensa en la familia. Pomelo no iba a Olavarría hace mucho tiempo y no sabía con qué escenario podía encontrarse en este viaje.

—Algo de razón tenés —reconoció el chofer—. Pero el socialismo también crece, evoluciona y se expande.

—Digan lo que digan, yo voy a seguir fumando. Es la revolución del ocio contra el productivismo. Ahora suban el volumen y dejen que la música hable —pidió el Vasco.

Los acordes de los Fundamentalistas saturaban los parlantes del Clio y la voz del Indio decía que hay ceremonia en la tormenta.

—¿Trajeron sus entradas, no? —preguntó Pomelo antes de pitar.

Se escucharon tres sí y un no. Todos miraron al Vasco.

—Me estás jodiendo, ¿por qué no? —Pomelo se giró y lo miró de frente al Vasco.

—Parece que nunca fueron a un recital de Los Redondos. Todo el mundo sabe que la entrada no importa. Es parte de la resistencia, de la contracultura.

—Eso no es parte de la misa ricotera. Es una cosa que se les fue de las manos y ahora no saben cómo pararlo —opinó Pomelo.

—Puede ser, no sé. Yo voy a entrar igual —dijo el Vasco, que

recibió el faso y aspiró de forma sostenida. Retuvo el humo. Lo largó de a poco y el interior del auto se nubló.

—Se levantó niebla, che... —dijo Pomelo y aprovechó el humo para rajarse un pedo estruendoso.

—Y encima te cagas vos —dijo el Comandante y bajó su ventanilla.

—Para neutralizar aromas.

El Hueso giró hacia su izquierda y miró fijo al Vasco. Observó la cara detrás de la humareda. Los rulos levitaban sobre los hombros.

—Pareces Cerati en la tapa de Bocanada.

Los de adelante se voltearon un segundo a ver la tapa de disco improvisada en el asiento trasero.

—No, ese es un cheto —respondió el Vasco.

—La rompe toda —dijo Pomelo—. Y vos sos más cheto que él.

—Sí, todo bien con Gustavito. Gran cantante y violero —admitió el Vasco.

—En la selección de músicos argentinos, para mí juega de titular —abrió debate el Hueso.

—Para mí también —comentó Pomelo y cebó otro mate—. Hay bocha de músicos grosos acá. Imposible armar un equipo solo.

—Charly, el Flaco, el Indio, Cerati, Fito, Calamaro, Papo... —enumeró el Hueso.

—Gardel, Piazzola —propuso Pomelo.

—Eso no es rock nacional —dijo el Hueso devolviendo el mate.

—Pero son argentos —argumentó Pomelo cebando otro verde.

—Si hablamos de selección nacional, tiene que estar el Diego —intervino el Vasco.

—Entonces hay que poner a la Mona también. Y Atahualpa.

O Marta Argerich —planteó el chofer.

—Bandas tenemos un montón: Sumo, Virus, Los Redondos, Los Piojos, La Bersuit, Soda, Serú, Almendra, La Renga, Sui Generis, Manal, Pescado Rabioso, Vox Dei, Los Gatos, Los Fabulosos, Los Abuelos de la Nada, Babasónicos, Los Ratonés, Viejas Locas, Callejeros, Divididos... —dijo el Hueso de un tirón como si respondiera al desafío del programa «Feliz Domingo».

El Hueso se había metido en Arquitectura porque sus pasiones, además de tocar la guitarra, eran el dibujo y la fotografía. Le gustaba componer canciones y maquetas de parques o casas de campo, aunque era tímido para mostrar sus creaciones. Se pasaba noches enteras viendo películas, documentales de rock y leyendo desde la biografía de Le Corbusier hasta diseños de interiores. Tuvo varias novias, pero ninguna alcanzaba su ideal de musa y, al poco tiempo, se aburría de ellas.

—Te faltan todos los de trap —dijo el piloto con las manos sobre el volante.

—El trap es el hijo bobo del rock y el rap —sentenció Pomelo.

—A los traperos los acusan de copiar música yankee. ¿Y el rock de donde viene entonces? —preguntó el Hueso agarrando un chipá.

—De los esclavos africanos —respondió el Vasco.

—Eso es el blues —dijo el Hueso con la boca llena.

—Y el rock le copió al blues. Es igual, pero más rápido —opinó el Vasco.

—Charly dijo que la música es armonía, melodía y ritmo. Y que lo de ahora tiene ritmo, pero le falta el resto —dijo el Hueso.

Muy a lo lejos en la ruta, aparecieron unas luces azules que se

fueron magnificando. El Comandante se irguió en su asiento, pestañeó un par de veces y agarró el volante con las dos manos.

—¡No te puedo creer, la concha de la lora!

—¿Qué pasó, chofi?

—¡Hay un control adelante! Bajen las ventanillas, sacá de la guantera el desodorante y tirá. Escondan todas las drogas que tengan y dejen que yo hable, ustedes están re locos.

Pomelo sacó el desodorante, lo sacudió y disparó para todos lados.

—¡Tomen, hippies roñosos! —gritó y se tentó.

El Vasco y el Hueso tosieron y asomaron las cabezas por las ventanillas como dos perros.

—Yo tengo unas flores y una pipa en la mochila —confesó el Hueso.

—¿Tu faso donde está, Vasco? —preguntó el chofer.

—Acabo de descartar la tuca y tengo unos cogollos en el bolso.

—¿Están bien guardados?

—Adentro de un desodorante. Lo otro lo tengo en las bolas.

El Clio se acomodó en la fila de autos.

—Tienen todos los cinturones puestos, ¿no?

—¿Los de atrás son obligatorios? —preguntó el Hueso.

—Sí, dale, ponetelo ya. Les dije que no quería quilombos con el auto y ustedes fumaron igual.

—Tranquilo, no pasa nada. Es un toque, le mostrás los papeles y seguimos —dijo el Hueso.

El auto de adelante puso primera y arrancó. El oficial miró

hacia el interior del Clio y estiró el brazo con la palma de la mano abierta.

—Buenas noches, señores.

—Buenas noches, oficial. ¿Cómo le va?

—Le pido carnet de conducir, tarjeta verde y seguro.

El Comandante abrió la billetera y mostró el carnet de conducir. Sacó de la guantera una cédula verde, fotocopia del seguro y se las entregó al oficial.

Pomelo escondió el desodorante. El Vasco miraba el escudo brillante de la gorra. El Hueso revisó el celular para no mostrar sus ojos rojos.

El policía miró todo con atención. Esnifó un par de veces y frunció el ceño.

—¿Hacia dónde se dirigen?

—A Olavarría.

El tipo torció la cabeza como un manto negro entrenado.

—¿Al recital?

—No —mintió el Comandante—. Vamos a visitar a la familia de él que es de ahí.

—¿Tiene documento que certifique su domicilio en Olavarría?

—Hace años que vivo en La Plata y cambié el domicilio.

El oficial miró el interior del auto con atención. Caminó hacia adelante y hacia atrás para corroborar las patentes y las luces.

—Esta cédula verde tiene otro nombre. ¿Tiene la cédula azul?

—No, pero el auto es de mi compañera. Cualquier cosa, la llamo.

—Usted no puede circular así. Le pido que se orille y estacione en la banquina.

—Pero oficial, si le mostré todo lo que me pidió, ¿por qué no podemos seguir?

—No, la cédula azul no. Este auto puede tener pedido de captura. Por favor, salga de la ruta.

El Comandante estuvo a punto de contestarle, pero puso primera y movió el auto despacio.

—Me cagó en dios y todos los santos, milicos de mierda —susurró el Comandante.

—Qué pedazo de bigote —agregó el Vasco.

Otro policía quedó a cargo de la ruta y el oficial se acercó hacia el auto.

—Albornoz, venga —le dijo a un camarada que escribía en una planilla sobre el capot del patrullero. Albornoz tenía cara de adolescente desnutrido y un chaleco flúor sobre el uniforme.

—Esta gente circula en un auto sin cédula azul. Ya tenemos ahí una primera infracción. Ahora, diríjase al auto y dígame qué es lo que huele.

Albornoz inclinó su cuerpo hacia las ventanillas y respiró. Puso cara rara.

—¿Olor a desodorante?

—También, cabo. Ahora pruebe de nuevo.

El oficial inhaló varias veces hasta que abrió los ojos:

—¡Marihuana!

—Efectivamente, Albornoz: proceda.

—Bajen ya mismo del vehículo con las manos en alto —ordenó el cabo.

Los corazones de los amigos arrancaron a galopar y les temblaba el cuerpo por la adrenalina.

—¿Por qué tenemos que bajar? No hicimos ninguna infracción

—dijo el Comandante.

—Por estar en un auto no identificado y por consumo de estupefacientes —argumentó el policía.

—No consumimos nada. Es el olor al perro de mi compañera.

—Bajen. Es la última vez que se los digo.

Todos argumentaron algo y se quejaron, hasta que el Comandante se sacó el cinturón y abrió la puerta. De a poco, los otros hicieron lo mismo.

—Las manos contra el techo del auto y piernas separadas.

—Oficial, puedo llamar a la titular del auto para que le certifique lo que necesite.

—Silencio y acaten la orden.

Albornoz empezó a cachearlos. La gente de los autos que pasaban torcía sus cabezas para ver la escena. Algunos filmaban con los celulares.

—Denme sus documentos.

—Lo tengo en la mochila que está en el baúl —dijo el Hueso.

—Busquelá entonces, señor.

Obedecieron a regañadientes. Pomelo sacó la billetera y mostró su documento. El Vasco sacó la cédula de un bolsillo y la entregó.

Albornoz anotó los nombres y documentos en una planilla.

—¿Qué hacen de sus vidas? —preguntó el policía — ¿Estudian? ¿Trabajan?

—Estudiamos arquitectura. Somos compañeros de la facultad

—respondió el Comandante.

—¿Eso es una guitarra? Ábrala, por favor.

—Con gusto. Si quiere le toco un tema también —dijo el Vasco.

—Con abrirla es suficiente.

Albornoz revisó la mochila del Vasco y la guitarra. Sacó el desodorante de bola, lo tuvo en la mano, le sacó la tapa y no detectó nada. Revisó el atado de cigarros.

—Muéstreme el contenido de esos cigarrillos.

—Lo que mande, oficial. ¿Puedo fumar uno? —preguntó el Vasco.

—No —dijo Albornoz y alumbró todo con su linterna. Olfateó, pero no encontró nada.

—No tenemos nada, ya le dijimos. Déjennos seguir —pidió Pomelo.

—Mi nariz no se confunde. Y si mienten va a ser peor para ustedes.

El Hueso no podía controlar su temblor. Sentía que su mochila latía como un corazón delator.

—Abra los cierres y saque de una cosa a la vez todo lo que tenga dentro.

El Hueso obedeció. Hizo los movimientos lo más rápido posible. Abrió la billetera y por un costado asomó la entrada para el recital del Indio. El oficial la agarró.

—Así que tienen entradas para el recital... me parece que se lo van a perder esta vez.

—¿Qué? ¿por qué?

—Por dar falso testimonio a la policía y por posesión de estupefacientes.

—Si no encontraron nada —dijo el Comandante.

—Miren, si quieren hacerla rápido, nos dicen dónde tienen las drogas y listo. Si quieren la vía lenta, los llevamos a la comisaría, confiscamos el auto y revisamos todo hasta que encontremos lo

que buscamos. Ustedes eligen.

Nadie dijo nada. Albornoz metió mano y linterna en las mochilas. El otro revisó el equipo de mate, la yerba, la guantera, debajo de los asientos, en los parasoles. Finalmente, Albornoz encontró la bolsa Ziploc con unos cogollos, lillos y la pipa del Hueso.

—¿Y esto qué es? —dijo el policía apuntando la bolsa hacia la cara del Hueso.

—Parecen las flores de alguna planta.

—Así que no tenían nada, ¿no? Se les olvidó esto. Es mucha cantidad. Puede ser para vender.

—¿Qué? No, oficial. Jamás vendería eso a nadie. Es para consumo personal y para compartir con amigos. Tenemos varios días de viaje.

—Voy a llamar a la comisaría para que manden dos móviles y los perros. Albornoz controlalos, que no hagan cagadas.

—Sí, jefe. Se quedan todos quietos con las manos contra el techo del auto, ¿está clarito?

El policía más viejo se fue al patrullero y habló por el handy.

—No hacen falta los móviles, oficial —dijo el Comandante—. Solo queremos llegar a Olavarría y pasarla bien. Háganme un test, si quieren. Le juro que no fumé nada.

—Lo lamento, ya escucharon a mi superior.

El Comandante chistaba y negaba con la cabeza. Al Hueso le cayó una gota fría desde la nuca hacia la espalda. Pomelo puteaba. El Vasco pensaba en cómo arrebatarle la pistola.

—Albornoz, por favor, se lo suplico. Dígale a su compañero que nos deje seguir, queremos colaborar en lo que se pueda, resolvamos esto de alguna otra forma —propuso el Comandante.

—Deme las llaves del auto.

—¿Para qué?

—Voy a hablar con mi superior.

El Comandante accedió con mezcla de miedo y de bronca.

Albornoz se alejó con las llaves y no dejaba de mirarlos con su mano derecha pegada a la funda de su pistola. Habló unas palabras con su jefe. No llegaban a escuchar nada.

—Les dije que no fumen. Si me sacan el auto, los mato.

—No te pueden sacar el auto por lo de la cédula azul. ¿O si?

—Qué se yo. Espero que no.

—Se acercan las pascuas y estos forros quieren recaudar —dijo el Vasco por lo bajo.

—Si podés, descartá todo ya —le ordenó el Comandante al Vasco.

—¿Cómo querés que haga? Si aquel botón no deja de mirar.

—No voy a permitir que nos detengan. Si se ponen en forros, discutanlé mientras llamo a un abogado amigo del partido —avisó el Comandante.

Albornoz cerró la puerta del patrullero y caminó de nuevo hacia el auto con cara de circunstancia.

—Hablé con mi superior. Lo de ustedes es complicado. Es una doble violación de códigos civiles. Lo de la cédula y lo de la marihuana. Pueden ir detenidos por esto. Si no quieren ir a la comisaría, pueden pagar una multa ahora. Por esos dos códigos, son veinte mil pesos.

—¿Qué? No tenemos esa plata. Somos estudiantes, apenas llegamos a fin de mes —dijo Pomelo.

—Última oferta. Mi superior está esperando mi señal. Y es una persona muy impaciente.

Hubo silencio. Miradas que se cruzaban y señas como en un partido de truco.

—Está bien, se lo damos —dijo el Hueso.

—Pero Hueso...

—Ya fue. Después arreglamos.

El Hueso sacó la plata que había agarrado de la pizzería. Apretó el fajo de billetes antes de soltarlo. Entre todos juntaron lo que faltaba para llegar a los veinte mil.

Albornoz contó todo y lo guardó en un bolsillo de su pantalón cargo.

—Ya pueden seguir. Con mucho cuidado eh, nada de andar haciendo boludeces.

Les devolvió los papeles y las llaves del auto. El Comandante puso primera y aceleró fuerte.

—La concha de su madre, milicos del orto. Nos robaron la guita y el porro —dijo el Hueso.

—Qué impotencia, cómo se abusan estos soretes —dijo el Comandante.

—¿De dónde sacaste toda esa plata, Hueso? —preguntó Pomelo.

—Era el sueldo de la pizzería. Por favor, necesito que me den algo porque me dejaron seco.

—Sí, tranquilo, compañero, cuando llegamos hacemos cuentas y repartimos —propuso el chofer.

—¡Chau vigilanteec! —gritó el Vasco y sacó la bolsita de entre sus bolas —. ¿Quién quiere fumar uno bien calentito?

—¡Menos mal que lo pusiste ahí! —gritó el Hueso.

—Revisenmé el aceite, el aire y el agua. Revisenmé a mí, el coche no tiene nada. En esta ocasión voy a pedirles perdón. Si

es rápido y es gratis, entonces why not.

Cantaron y aullaron como una manada de lobos. El Comandante reventaba los cambios y las luces de los patrulleros se achicaron en los espejos retrovisores.

4.

—Allá hay una YPF, paro a cargar nafta.

—Dale, paremos que me estoy cagando —dijo Pomelo.

El Comandante puso el guiñe hacia la derecha y soltó el acelerador.

—Yo me ocupo de la nafta, alguno limpie el mate y otro busque agua caliente.

—¿Qué apuro tenés, Comandante? —preguntó el Hueso soltando su cinturón.

—No me gusta manejar de noche.

—Bueno, manejo yo entonces —dijo el Hueso.

—Ni fumado te doy el auto.

Los otros tres fueron al baño: el Vasco y el Hueso mearon en los mingitorios y Pomelo se metió en un cubículo. Se bajó los pantalones y un trueno resonó contra los azulejos blancos.

—Hijo de puta, qué comiste —dijo el Vasco antes de salir.

—Creo que cagué una nutria —dijo Pomelo y se escuchó su risa interrumpida por estruendos colónicos. Sacó el celular y buscó la conversación con Josefina. Había leído el mensaje, pero no le respondió. Dudó en volver a escribirle. Empezó varias

frases, después se arrepentía y las borraba. Guardó el celular y le pegó una trompada a la puerta del baño.

El Comandante le escribió a Belén y abrió una aplicación para anotar los gastos de la nafta y la coima policial. Le pagó al playero y fue a la tienda de la estación a encontrarse con el Hueso y el Vasco.

—Afanemos algo —susurró el Vasco.

—Dejá de joder. Hace un rato casi nos meten presos —le respondió el Comandante.

—Además en el auto tenemos de todo —dijo el Hueso.

—Ustedes carguen el termo y nos vemos en el auto —propuso el Vasco y agachó la cabeza.

—No hagas boludeces, no seas gil.

Compraron la ficha y salieron mirando de reojo al Vasco a través de los ventanales. El Hueso acomodó el termo debajo del pico y apretó un botón verde.

—No lo sueltes —dijo el Comandante.

—Ya sé. Una vez me pasó que empezó a salir el agua, lo solté y cagué. Tuve que comprar otra ficha —confesó el Hueso —. Che, ¿tu hermano consiguió entrada?

—Sí, espero que llegue a tiempo y no nos complique las cosas.

—Naaa, con que llegue a la tarde ya está.

—Aquél es capaz de perderse en el viaje. Está cada vez peor, vive de noche y hace cualquiera con la fábrica de pastas: abre tarde, se olvida de pedir mercadería, vende productos vencidos. Algunas vecinas del barrio se quejaron con mi vieja y a ella se le cae la cara de vergüenza.

—¿Y no hablaste con tu hermano?

—Sí, ya hablamos todos varias veces. No da bola. A Pablo no le

caliente mantener el lugar. Lo agarró cuando murió mi viejo y, desde ahí, el negocio fue en caída libre.

El Hueso soltó el botón antes de que el termo rebalse.

—¿Cómo venís vos con lo del plan de las viviendas?

—Ahí estamos, en la lucha. Medio parado —respondió el Hueso y puso la tapa al termo—. Nos bardean de todos lados: la gente del barrio, los del corralón porque le ocupamos los depósitos y los de la muni por no avanzar. La guita está, pero nos quedamos sin cuadrillas de albañiles y no podemos avanzar. ¿Vos pensás volver? Me vendría muy bien tu ayuda.

—No creo, disculpá. Me cansé de hacer asistencialismo, después los punteros aprovechan y reparten las casas a dedo.

—Algunas cosas son turbias, pero me parece que el fin justifica los bardos.

Caminaron de vuelta hasta el Clio y se reencontraron todos. El Vasco estaba inquieto.

—¿Dónde carajo estaban? El auto está cerrado —dijo el Vasco con bultos visibles en el pantalón y los bolsillos.

Apenas el Comandante abrió el cierre centralizado con el control de la llave, el Vasco se metió y empezó a sacar cosas como un mago hace aparecer conejos y palomas: Kit Kats, una lata de cerveza, medialunas y un tubo de Pringles.

—¿Qué mierda hiciste, Vasco? —le recriminó el Comandante.

—Junté unos víveres.

—No quiero más quilombos en este viaje.

—Tranquilos que al empleado ni le calienta. Mientras no los comprometas, se hacen los boludos.

Se escuchó el psss de la lata, seguido por el ahhh del Vasco.

—Dulce licor, suave tormento. ¿Alguien quiere un trago?

—Pasame el tubo de Pringles o te denuncio —lo amenazó Pomelo.

—Más vale que no manches el asiento —dijo el Comandante y se alejó lo más rápido posible de la estación de servicio.

Unos kilómetros más adelante, la ruta 3 se congestionó. Los autos se pasaban unos a otros, esquivando camiones y colectivos y algunos se mandaban por la banquina. Ya era noche cerrada y las luces de los faros parecían luciérnagas enloquecidas.

—Mirá ese tarado lo que hizo. ¿Qué apuro tendrá? —preguntó el Comandante agarrando el volante con las dos manos —. De noche y con tanto boludo suelto es un peligro. ¿Cuánto faltará?

—Todavía no llegamos a Azul. Una hora, con este tránsito puede que más —dijo Pomelo.

—No sé para qué carajo se va tan lejos a tocar este pelado botón. Que toque de nuevo en el Estadio Único o en River y se deje de romper los huevos —dijo el Vasco.

—Por la mística de la misa ricotera. Falta un día para el recital y mirá lo que es esta caravana —agregó el Hueso.

—Esto es peor que ir a la costa en cambio de quincena —consideró el piloto.

—Pasando Azul puede que haya un atajo. La ruta 60 —sugirió Pomelo.

—Con que tenga menos tránsito y nos lleve a Olavarría me sirve.

—Bueno, cuando veamos un cartel que dice Hinojo, doblamos ahí.

—¿Hinojo? No me jodan que me hinojo —dijo el Vasco remarcando la palabra.

Un rato después, apareció el cartel, doblaron a la derecha y

salieron de la ruta. Varios autos también hicieron lo mismo.

—Se ve que varios conocen de esta opción —dijo el Comandante.

—Todo camino puede andar —cantó el Hueso.

La ruta era de doble mano, con asfalto viejo y desmarcado, con varios pozos, sin iluminación. A los costados todo era negrura, interrumpida por los bichitos de luz y algunos ranchos viejos con perros que ladraban al pasar.

—Qué ruta de mierda, che —se quejó el chofer.

—Dicen que aparece la Llorona por acá —dijo el Hueso.

—Las supersticiones traen mala suerte —cantó el Vasco.

—Buena canción —opinó el Hueso y la siguió —Mi rebelión ya no aclara mi mente. No me voy a correr de ese sendero cruel. No necesito huir del laberinto de mis miedos... ¿A veces no sienten que las letras de las canciones les hablan?

—Uh, basta de faso para el Hueso —dijo Pomelo.

—No, posta, como que venís enroscado en una y, de repente, escuchas una canción y te da una respuesta.

—Qué ganas de prender uno. Creo que voy a armar otro —dijo el Vasco y sacó un cogollo de su bolsita.

—A veces no entiendo lo que dice el Indio, pero hay algo en la música y en las letras que me llega, me conmueve —comentó el Hueso.

La trompa del Clio descendió de golpe y todos dieron un cabezazo hacia adelante. Pomelo pegó la cabeza contra el techo del auto. Las ruedas zigzaguearon y el Comandante mantuvo estable el volante. Toda la carrocería empezó a vibrar.

—Ah bueno, se acabó la ruta. Este atajo va de mal en peor —dijo el Comandante.

—La puta madre, que golpe me di, menos mal que no se rompieron los anteojos —dijo Pomelo controlando el marco y los vidrios.

Algunos insectos y bichitos de luz se estrellaban en el parabrisas y titilaban por segundos. Las camionetas que pasaban al Clio, lo dejaban envuelto en una nube de tierra.

—Tantos peajes y no pueden hacer una ruta como la gente. Con esta polvareda, no se ve una mierda. La lavada que voy a tener que pegarle a este auto.

—No te preocupes. El domingo, antes de volver, lo lavamos —dijo Pomelo.

En el cielo, la vía láctea se ofrecía espléndida y brillante, sin filtros de smog ni alumbrado público.

—Vi un satélite —dijo el Hueso y apuntó con un dedo hacia arriba.

—No seas chamuyero —dijo Pomelo.

—De verdad, está lleno de satélites y de chatarra espacial.

—Ahora cualquier boludo manda un satélite —dijo el Vasco pasando la lengua al lillo. Prendió el cigarro y pitó como si fuera un indígena practicando señales de humo en medio de la pampa.

—Cuando la noche es más oscura, se viene el día en tu corazón —cantó el Vasco.

—A ver cómo está ese churro —el Hueso sacó el porro de la mano del Vasco y dio una pitada —. Está muy rico ¿Saben cuál es la primera estrella que sale en la noche?

—¿Cuál? —preguntó el Comandante.

—Venus.

—El mejor canal que dio la televisión por cable —agregó Pomelo.

—Esa estrella era mi lujo —dijo el Hueso riendo y le pasó el

faso a Pomelo, que aspiró un par de veces y se lo ofreció al Comandante.

—No, gracias.

—Dale, boludo, ya fue, dale una seca —dijo Pomelo.

—No quiero, de verdad. Tengo las bolas llenas de manejar. Quiero llegar y tomarme una birra.

—Si ves un kiosco, pará y compro otra —dijo el Vasco.

—No veo una mierda sobrio, si fumo volcamos en la primera curva.

—Si fumas unas flores, se te abre el tercer ojo —dijo el Hueso.

—¿Cuál es ese?

—El ojo del hinojo —bromeó el Vasco—. El de la intuición.

No ves el camino, lo sentís. Hasta Borges podría manejar así.

—¿Habrá fumado Borges? —preguntó Pomelo.

—No creo. Ese viejo careta solo tomaba té inglés —dijo el Vasco.

—Su familia tenía guita, pero él no era careta —argumentó el Hueso—. Era una rata de biblioteca. De hecho, la frase más ricotería de todas, es de él: El lujo es vulgaridad. El Indio la sacó del Jorgito, la dijo en...

Un bocinazo interrumpió el discurso del Hueso.

—¡Guardaaa! —alcanzó a gritar el Comandante, justo cuando algo pegó contra el auto, derraparon sobre la tierra, se fueron hacia la banquina y se encajaron de trompa en una zanja. Una nube de polvo los cubrió.

—¡La puta que los re mil parió! ¿Están bien?

—¿Qué pasó, loco? —dijo el Hueso agarrándose una oreja por el dolor.

—Choqué algo negro, no sé si un perro o un gato.

Salieron como pudieron del auto. Pomelo tuvo que salir del lado del conductor porque su puerta se trababa contra la tierra. La óptica del lado derecho se había roto, el paragolpes estaba quebrado, el capot abollado y el parabrisas astillado.

El Comandante se agarraba la cabeza y repetía no puede ser, no puede ser.

El Vasco caminó unos metros para atrás. Iluminó el camino con la linterna del celular y vio el cuerpo tirado de un perro. Agonizaba, respiraba entrecortado y casi que no se movía. El Vasco se agachó junto a él y le acarició la cabeza. Los demás se acercaron a ver.

—Perro de mierda — dijo Pomelo —. Casi nos mata.

—La culpa no es de él. Este es su lugar, somos nosotros los que venimos a invadir.

—Bueno, tampoco somos Colón en una carabela. Este perro pajero se manda a cruzar en medio de la noche.

—¿Y ahora cómo mierda sacamos el auto de ahí? ¿Llamamos a una grúa? —preguntó el Hueso.

—No hay nada de señal —dijo Pomelo viendo su celular—. Y una grúa puede tardar horas en venir. El auto es chico, intentemos empujarlo.

—El viejo de Belén se debe estar atragantando con la cena —dijo el Hueso y los demás se rieron. Menos el Comandante que seguía a las puteadas y hacía cálculos mentales de los daños a reparar.

El Vasco sacó el faso. Lo prendió, aspiró y le largó el humo al perro.

—Descansá en paz, hermano. Ojalá reencarnes en una mejor vida —le dijo en voz baja.

Pomelo lo escuchó y se tentó.

—¿De qué te reís, gil? Al menos, le alivió su dolor.

—Dale Vasquito, no te hagas el Gandhi que te conozco bastante. Dejen de boludear y vamos a intentar sacar el auto.

El Comandante probó prender el auto y, por suerte, arrancó. Puso marcha atrás y los otros tres empujaron desde el capot. Las ruedas patinaron en el pasto, levantó tierra, se movió un poco, pero no salió de la zanja. Intentaron un par de veces más sin éxito.

Una camioneta apareció detrás de una curva. Las luces crecieron hasta enceguecerlos. Le hicieron señas para que pare. La gente frenó y les pidieron una mano. Bajaron tres hombres que también iban al recital. Probaron la misma estrategia y, esta vez, el Clio pudo salir del pozo. Los amigos festejaron y abrazaron a los desconocidos.

—Nada que agradecer, en la misa ricotera nos ayudamos entre todos.

La camioneta continuó su camino hacia Olavarría.

El Comandante sacó un cordón de una zapatilla para atar el paragolpes a la parrilla del auto y siguieron viaje despacio y con una luz menos.

—Si nos vuelve a parar la policía, ahora sí nos va a poner una multa por el tema de la luz.

—Tranquilo hermano, no pienses en eso que lo atraes —le dijo el Hueso.

—Andá a cagar, jamás me había pasado nada en un viaje, nunca pinché ni una goma y ahora ya me pasó de todo. No sé qué mierda voy a decirle a Belén.

—Basta, pajero. No te maquines, ya está, relaja —le ordenó

Pomelo a su amigo —. Es un viaje, pasan cosas. En Olavarría lo arreglamos, tengo un amigo que tiene un taller mecánico. Mañana le escribo y se lo llevamos.

El copiloto subió la música para no escuchar los ruidos de la chapa rota. El Indio cantaba que el cerebro busca siempre distraerse. El resplandor de las luces de Olavarría empezaba a cortar la negrura.

La entrada a la ciudad fue tan lenta como emocionante. La calle era una fiesta. Los autos, colectivos y combis se acumulaban en el acceso a la ciudad. Las personas caminaban entre los autos, bailaban y agitaban banderas. Apenas pudieron, encararon hacia la casa de Pomelo. El barrio era de construcciones bajas, calles amplias con pozos y veredas rotas. Predominaba el estilo Fortabat: mucho cemento y pocos árboles. Pomelo le indicó al Comandante dónde estacionar. La casa de su infancia era de un solo piso, con una puerta de madera en el centro, un ventanal enrejado a la derecha y un portón metálico color verde militar a la izquierda. Unos perros ladraron y otros canes vecinos se sumaron. Las luces estaban apagadas.

Bajaron del Clio, estiraron los brazos y las piernas como cuatro payasos de circo. El Comandante controló la parte delantera del auto. Pomelo tocó el timbre y golpeó la puerta. Buscó su llave en la mochila, pero antes les abrió una señora en camisón, pantuflas y buzo polar.

—Hola mi vida. Qué sorpresa. ¿El recital no es mañana?

—Hola, vieja. Si querés nos vamos y volvemos mañana.

—No mi amor, adelante, pasen. Bienvenidos, soy Mora.

La madre tenía piernas largas, un cuerpo flaco y una voz grave. La cara pálida contrastaba con los dedos y los dientes teñidos por el cigarrillo. Desde el pasillo que venía de las piezas, apareció corriendo una nena grande con síndrome de down y abrazó a Pomelo.

—Fabi, Fabi, qué bueno que viniste, te extrañé mucho.

A los amigos les sonó raro escuchar el nombre de Pomelo.

—Hola Mili, ¿cómo andas? —dijo abrazando a su hermana.

—Tengo muchas ganas de jugar con vos. Vení que te muestro mis pinturas.

—Esperá, después las veo. Tenemos que acomodar los bolsos y ahora vamos a comer algo.

—¿No comieron nada? ¿De verdad? Ay, Fabián, por qué no me avisaste —rezongó Mora.

—Si te mandé mensaje y me pusiste ok.

—Sabes que no le doy bola al aparatito ese, tenés que llamarme.

—Podemos pedir algo o salir a comer, no hay problema —propuso el Comandante.

—No, no, de ninguna manera. Acomodensé tranquilos, tengo unas prepizzas en el freezer. Las saco y las hago en dos minutos. Dejen las cosas en la pieza, pasen al baño si quieren y enseguida las tengo listas. Mili andá a avisarle al papá que llegó el Fabi con sus amigos.

Las perras ladraban detrás de la puerta que daba al patio.

Milagros volvió con Mario, un tipo canoso y arrugado que tenía tórax y brazos de leñador. Vestía un jogging gris topo, una camisa a cuadros metida debajo del pantalón, una musculosa blanca se asomaba entre los botones abiertos y unas pantuflas

negras. Tenía los dos tercios inferiores de la cara más bronceados y la frente más clara por el uso crónico de alguna gorra. Les dio la mano a los amigos y sintieron como si la corteza de un árbol les abrazara los dedos.

—Miren a quien trajo el viento. ¿Cómo le va al Señor Arquitecto? ¿Adelantaron el viaje?

—Hola viejo, ¿cómo va? No, siempre dije que veníamos hoy.

—Tu vieja me dijo que venían mañana. ¿Qué tal la ruta? ¿Mucha gente?

—Sí, bastante tránsito. Agarramos por Hinojo al final, está horrible.

—¿Comieron algo?

—Todavía no. Ahora mamá hace unas pizzas.

—Mejor pidan un delivery. Van a comer más rápido y más sano.

—Te escuché Mario. Puede que sea vieja, pero no soy sorda.

Ni boluda. A vos no te cocino porque no sabés apreciar mis comidas.

—Si vos nunca aprendiste a cocinar, Morita. Decí que mi vieja me enseñó, si no me cago de hambre en esta casa.

—Porque esa vieja nunca salió de su cocina. Volvé a tu cueva, oso gruñón.

Mora se inclinó sobre el mechero del horno, lo prendió con un fósforo y puso las prepizzas con salsa y queso encima. El Comandante miró de reojo a Mora. Pensó que tenía buen cuerpo para su edad. La hermana los miraba a todos, no dejaba de analizarlos. Las perras ladraban y se turnaban para arañar la puerta.

—Están contentas de verte —dijo Milagros—. ¿Querés saludarlas? A la Birra hubo que cortarle la cola porque se la mordía y se le agusanó.

—Uh, no me digas. Esperá que les muestro la pieza a los chicos y vamos afuera.

Pomelo llevó a sus amigos hasta una pieza con una cama matrimonial y sacó otros colchones de debajo de la cama.

—Bueno, como en su casa eh, dejen las cosas y vamos a morfar.

El Hueso revisó el celular. Tenía varios mensajes de Roberto, le puso que se diese por cobrado la deuda que le debía y le daba hasta el lunes para devolver lo que había sacado demás. Si no lo devolvía a tiempo, iba a denunciarlo a la policía. Se rascó la frente, apretó los dientes y empezó a pensar la forma de conseguir algo de guita rápida.

El Vasco pidió pasar al baño. Cerró la puerta, se bajó los pantalones y sacó un paquete. Estaba tibio. Lo abrió y constató de que adentro estén dos bolsitas más chicas. Una la guardó en un bolsillo, la otra la apoyó sobre la tapa del inodoro y le soltó la gomita marrón que la anudaba. Sacó la tarjeta de débito de la billetera, la inclinó en el fondo de la bolsa, juntó un montoncito blanco, se lo llevó a la nariz y aspiró. Sacudió la cabeza y los cachetes le hicieron ruido. Masticó un par de veces el aire en su boca. Una perra ladraba justo debajo de la ventana.

—Callate, botona —le dijo en voz baja.

Pomelo abrió la puerta del patio y salió con su hermana. Se reencontró con Birra y con Branca. Birra era de raza golden y Branca era una negra mediana adoptada hacía muchos años. Las dos le giraban alrededor, sacudían las colas y le apoyaban las patas delanteras sobre el buzo. Pomelo les acarició las cabezas y les palmeó los lomos. Milagros les tiraba la pelota una y otra vez.

—Hay un chorizo seco la heladera. Sirvansé algo para tomar —

dijo Mario y agarró el control remoto. Prendió la tele y se sentó en la cabecera de la mesa, debajo de un crucifijo clavado en la pared. En el Canal Rural pasaban imágenes de tractores, fardos y discos de arados. Un hombre entrevistaba a otro en un campo y le preguntaba sobre las cualidades de las semillas de soja.

—Suben los bichos y baja el cereal —dijo Pomelo mientras abría una botella de cerveza y servía cuatro vasos. Milagros lo seguía por todos lados.

—¿Cómo te fue en el final que ibas a rendir? —preguntó Mora.

—No me presenté.

—¿Por qué? —Mario desvió los ojos de la tele y lo miró.

—No llegué a repasar bien y quería estar más seguro. En quince días tengo otra fecha.

—Bueno, metalé mi hijo que se le acaba el changüí.

—Sí, ya sé, en eso estamos. En el Estudio me pidieron que me reciba antes de fin de año así ya puedo matricularme.

—Muy bien, se ve que les interesa cómo trabajás —dijo Mora y tomó un trago de cerveza del vaso de su hijo.

Pomelo ofreció una tabla con rodajas de chorizo, quesos y panes. El Comandante agarró uno de cada uno y le avisó a Belén que habían llegado. No le dijo nada del accidente. También le mandó un mensaje al hermano con la ubicación de la casa y le preguntó a qué hora saldría mañana.

El Hueso comía, se reía con las ocurrencias de Milagros y miraba la televisión con curiosidad, jamás había visto ese canal. El Vasco miraba para un lado y para el otro. Apretaba la mandíbula, tomaba cerveza y le temblaba la pierna.

—¿Y cómo están las cosas con Silvana?

—Nos peleamos, vieja. Te conté la otra vez que me llamaste.

—Ay, Fabián, ¿en serio me decís? ¿Qué pasó?

—Nada. No tenía ganas de que me rompan las bolas y quiero concentrarme en terminar la facu.

—Qué lástima, era buena chica. ¿No habrás hecho alguna cagada como tu padre, no?

—No, vieja. No fue por eso.

—Ya la ligué yo —dijo Mario bufando—. Qué ganas de pelear que tenés, mujer.

—Pregunto por si acaso. Puede que sea algo hereditario...

—En vez de criticar, fijate el horno que hay olor a quemado.

Mora bajó la tapa del horno y sacó las pizzas. La masa estaba algo seca y el queso gratinado.

—Les dije que era mejor un delivery... —dijo Mario.

—Callate vos, si ni siquiera vas a comerlas. Y cambiá ese canal, por favor. ¿No ves que los chicos se aburren? Se pasa todo el día viendo eso y no tiene ni una hectárea.

Mora cortó las pizzas y las puso sobre la mesa. Milagros estiró la mano para agarrar una.

—No nena. ¿Qué dijo la nutricionista? Hay que bajar de peso o te puede hacer mal al corazón.

Mili se puso a llorar y se sentó en el piso.

—Levantate, mi amor, dale que te ensucias el pantalón.

Mili se quedó en el mismo lugar empacada y cabizbaja.

Pomelo mordió un pedazo y se acercó a hablarle a su hermana. Mario puso Crónica. Un notero transmitía desde las calles de Olavarría. Relataba detalles sobre la misa ricotera. Algunos pibes se ponían delante de la cámara. Uno le hacía cuernitos al periodista. El camarógrafo mostró toda una avenida llena de gazebos y toldos enfrentados con puestos de comidas y bebidas

y venta de remeras, buzos y gorros.

—Cuánta gente al pedo. ¿Todos esos crotos vinieron por ese Indio Solati?

—El apellido es Solari, viejo. Y nosotros también viajamos para el recital. Después de comer vamos para ahí.

—¿Ahí? ¿Qué van a hacer? Más que chupar y aturdirse con esa música horrible.

—Eso mismo. Pero a nosotros nos gusta esa música.

—Ese pelado es un chanta. La va de mesías y es un comerciante. Dicen que vive en Nueva York. Se junta toda la guita del recital y se vuelve a su mansión.

—El tipo no le afanó a nadie. Hace canciones nomás.

—No sé por qué el Intendente accedió a que venga. Van a destruir la ciudad.

—¿Sabés la guita que le entra a la ciudad? Se llena todo: hoteles, restaurantes, las estaciones de servicio, los taxis, los kioscos...

—También las plazas se llenan de botellas de vidrio, el río con basura y las comisarías con negros del conurbano y los hospitales con gente intoxicada.

—Cortala, Mario. Vos tenés tu forma de ver las cosas y los chicos tienen otra, son de otra generación. Y gracias a ese Indio, nuestro hijo vino a visitarnos.

Mario estuvo a punto de responder algo más, pero se contuvo y volvió a concentrarse en la tele.

—¿Y vos? —dijo Mora mirando al Vasco — ¿No tenés hambre?

—No, gracias. Comí en el viaje y estoy algo revuelto. Si me disculpan paso un segundo al baño.

—Sí, nene, pasá tranquilo, como en tu casa.

El Vasco cerró la puerta con llave. Sacó de nuevo la bolsa, puso un poco sobre el vidrio encima de la bacha, hizo un lagartito, acercó la nariz, tapó una fosa nasal y aspiró con fuerza.

Cerró la bolsa, limpió el vidrio, se miró en el espejo y controló que no hubiera ñoquis visibles.

Cuando volvió a la cocina, Milagros lo miró con curiosidad.

—¿Tenés diarrea?

—No, estoy bien por suerte.

—Tiene cara de descompuesto —agregó Milagros.

—Milagros, basta, dejalo tranquilo —dijo Pomelo.

Todos se rieron.

—¿Querés un té? —preguntó Mora.

—No, gracias señora, estoy bien, voy a tomar algo de cerveza para hidratarme.

Pomelo conocía a su amigo, intuyó de qué iba la cosa y, entonces, propuso:

—Terminamos las pizzas y nos vamos.

—Sí, mejor. Si no me baja el sueño y me voy al sobre —dijo el Comandante.

—Ahora les pongo unas sábanas limpias en los colchones —avisó Mora.

Después de comer, se pusieron desodorante, se cambiaron y partieron. Antes de salir, el Vasco dejó una bolsita en su mochila de reserva para mañana.

Subieron al Clio y notaron que el olor a porro todavía seguía ahí.

—Voy a tener que tirar bastante Glade acá.

—En el baño de la casa hay uno —avisó el Vasco.

—Ya te lo sabes de memoria, ¿no? Pajero, tenés toda la noche

para tomar, ¿no podías esperar?

—Esperé todo el viaje.

—No seas tan evidente: te haces el descompuesto, pero tomas birra. No quiero que mis viejos o mi hermana encuentren nada.

¿Está claro?

—Clarinete —respondió el Vasco y se rieron todos.

6.

Pomelo lo guio al Comandante hacia el centro de la misa ricotera. Unas cuadras antes, el tránsito estaba detenido y había hombres con pecheras naranjas que señalaban posibles estacionamientos. La gente ofrecía sus garajes y otros vendían chori-panes y bebidas detrás de las rejas de sus casas. Los vendedores ambulantes ofrecían todo tipo de productos ricoterios. Un gordo gigante, con canas largas y grasientas les señaló un lugar en un terreno baldío.

—Buenas noches, ¿es seguro acá? —preguntó el Comandante.

—Buenas noches amigo, en la misa ricotera nadie roba a nadie porque todo es de todos. Además, te lo cuida el Momo.

—¿Quién es el Momo?

—El mismísimo que le habla. Podrán imitarme, pero jamás igualarme.

El Momo le dijo el precio y el Comandante pagó disconforme.

—Cuidalo, compañero. No quiero más complicaciones con el auto.

—¿Ya le contaste lo del accidente a Belén? —le preguntó el Hueso.

—No, ¿para qué? La pareja es como la política: hay que saber manejar los momentos. Podés decir algo bueno en un momento equivocado y no sirve de nada. O podés hacer algo malo en un momento bueno y que pase desapercibido.

—Por eso no estoy en pareja: siempre voy a destiempo de todo —reflexionó el Hueso.

Llegaron a la avenida principal. La noche de marzo era fresca, pero el frío no entraba en esas calles. Un magma de cabezas, brazos y banderas se expandía hasta donde daban sus ojos.

—*El infierno está encantador* —dijo el Vasco y prendió un porro.

En todos lados sonaban Los Redondos o los Fundamentalistas del Aire Acondicionado. La gente paseaba como si estuviera en una feria de atracciones infinita. Bailaban, comían, chupaban, hacían pogo. De lejos, todo parecía caótico, de cerca había paz y camaradería. Había hombres con nenes sobre sus hombros y mujeres amamantando. No volaban botellas, no había peleas, no había policías. Se respiraban aires de comunión y estupefacientes. Fueron a una barra y compraron dos litros de cerveza.

—Bebamos de las copas más lindas que tenemos —dijo el Hueso haciendo equilibrio entre la marea humana.

—Qué lindo es ver a mi ciudad así, tomada, liberada, con las calles de fiesta. Eseverri se debe estar revolcando en su tumba —dijo Pomelo empinando el codo.

—¿Quién? —quiso saber el Comandante.

—Helios Eseverri, fue el intendente que prohibió los shows de Los Redondos acá.

—¿Helios? Alto nombre. ¿Cómo Elios Ness? —preguntó el Vasco.

—No, ese era Eliot Ness —informó el Hueso.

—El varón de la cerveza —dijo el Vasco.

—No, pajero: Homero era el varón de la cerveza —explicó Pomelo —. Eliot Ness era el policía.

—Toda una vida en el sillón viendo los Simpsons y no entendió nada —dijo el Comandante.

—El universo es muy confuso —retrucó el Vasco.

—Cuántos sábados habré pasado así —dijo Pomelo —. De resaca o volviendo de jugar al básquet. Sillón, mate, Don Satur y los Simpsons.

—No queda más. Si me dan plata, voy a comprar otra —propuso el Hueso con el copón vacío.

Juntaron unos billetes y el Hueso encaró hacia la barra. Pidió que le recarguen de cerveza los dos vasos plásticos y disfrutó del paisaje de la tribu ricotera. La gente bailaba, saltaba y coreaba canciones. Vio a dos chicas que se reían y rebotaban contra otros cuerpos. Parecían dos autitos chocadores: se paraban frente a los demás, preguntaban algo y seguían su camino, riendo entre ellas.

Una de las chicas era una morocha de pelo largo y ojos color jade. Tenía un costado de la cabeza rapada, calzas negras, topper rojas, un buzo con el ojo intoxicado de Viejas Locas y una chalina en el cuello. El Hueso torció la cabeza como un perro y agudizó los sentidos. Quedó congelado en la barra como una estatua viviente. Solo sus pupilas se movían para seguir a las chicas.

—Flaco, ey, flaco, tomá —alguien dijo de atrás y sacudió el hombro del Hueso, que giró su cuello casi ciento ochenta grados —. Acá tenés tus vasos llenos.

—Ah, sí, gracias.

Tomó un trago de los dos vasos para que no se le vuelquen en el camino. Lo tocaron del otro hombro, se giró hacia la calle y se topó con las dos mismas chicas. La amiga de la morocha se le acercó y le preguntó si les convidaba un traguito. Tenía el pelo rapado en los dos costados. Ojos negros, jean, buzo con la palabra Indio en mayúsculas, pañuelo verde en la muñeca y una voz grave. El Hueso respondió que sí, mirando a la otra chica, y les pasó un vaso.

—Estamos haciendo una encuesta —dijo la de chalina en el cuello después de tomar —: ¿Cuál es tu canción favorita del Indio?

El Hueso volvió a quedar en pausa. La música se atenuó en sus oídos. La chica tenía un arito en la nariz y otro aro le abrazaba el labio inferior. La boca roja le brillaba y contrastaba con el verde de los ojos. Le pareció que no tenía corpiño. No supo qué decir y respondió con una pregunta.

—¿Del Indio con Los Redondos o con Los Fundamentalistas?

—Da lo mismo.

—Es muy difícil elegir una sola.

—Jugatelá.

—¿Puede ser un podio con las tres mejores?

—Muy vueltero. Ya fue, gracias por la birra —dijo la de pelo corto y la otra se tentó. Se abrazaron y siguieron con su caravana de risas.

El Hueso dejó las cervezas en la barra, siguió a las chicas hasta plantarse delante de la que tenía el arito en la nariz y ojos claros.

—Pará, no se vayan. Las invito a tomar algo. ¿Cómo te llamas?

—Keti.

—¿Cómo?

—Ketimporta —le respondió.

El Hueso quedó tildado, viendo cómo ellas se alejaban riéndose y robando tragos. Volvió a la barra justo cuando un tipo agarraba sus dos birras. Por suerte, el barman atestiguó a su favor. Miró hacia donde se habían ido las chicas y no las vio más.

Cuando se acercó a sus amigos, les contó su versión de lo sucedido.

—Te bailaron sabroso —comentó el Vasco.

—Cómo me dormí, qué gil. Podría haber dicho cualquier canción.

—Yo hubiese dicho *El pibe de los astilleros* —dijo Pomelo.

—*Jijiji*, de una —dijo el Comandante.

El Vasco no opinó. Solo pensaba en otro raquetazo.

—Quedé como un salame. El faso este me dejó re mogólico.

Hubo silencio y miradas incómodas entre los cuatro. El Hueso cayó en la cuenta de su comentario desafortunado con algo de demora y se disculpó con Pomelo.

—Tranquilo, no pasa nada.

—No, cualquiera lo que dije. Ni lo pensé. Y ahora que sé lo de tu hermana, digamos, no da...

—Tranqui, pasé toda mi infancia en un pueblo con una hermana down.

—¿Te jodían mucho?

—Al principio sí, algunos. Después de un par de trompadas, ninguno se animaba.

—Aguantá, bandido rural —dijo el Vasco.

Pomelo sacó el celular y buscó la conversación con Josefina.

Desinhibido por el alcohol, se animó a escribirle algo más. Le avisó que ya estaba en la ciudad, si quería tomar algo y le propuso ir a su bar favorito. La buscó en Instagram y le mandó una nueva solicitud.

El Vasco miraba de un lado a otro, por momentos perseguido y, por otros, analizaba toda esa gente reunida. Una torta de ricota, una clase social única e irrepetible. Su sensor interno le demandó otra recarga. Pensó a dónde podía ir. No había intimidad posible ahí. Alguien podía verlo y pedirle que le convide. Le pidió la llave del auto al Comandante.

—No jodas, Vasquito. ¿Para qué?

—¿No te das cuenta que se quiere dar un saque? —dijo Pomelo.

—Uh, ¿para eso? No, me vas a tirar todo sobre el asiento.

—¿Qué? A esta trompa de elefante, no se le escapa ni un maní —dijo el Vasco.

—Ni sabés dónde estacioné el auto.

—Yo lo acompaño y de paso armo un buen troncho —propuso el Hueso.

El Comandante los miró entrecerrando los ojos. Apretó los dientes. Sacó el llavero de su bolsillo y lo depositó sobre la mano del Hueso.

—No hagan ninguna cagada y dejen todo limpio. Compren birra a la vuelta. O un fernet.

—A la orden, señor —dijo el Hueso impostando la voz y le hizo un saludo marcial.

El Hueso y el Vasco se alejaron del hormiguero humano y caminaron unas cuadradas hasta el auto. El Hueso abrió y cada uno se metió por su lado. El Vasco sacó su bolsa y su billetera. El Hueso dejó la llave al lado de la palanca de cambios, prendió

la radio y sonó el disco de *Porco Rex*.

—Te voy a poner un temazo para vos —dijo el Hueso y buscó en las carpetas del pendrive. Encontró la canción *Pool, averna y papusa* y apretó play. La guitarra de Skay inundó el auto.

—Seee, temón —celebró el Vasco con la tarjeta de débito en una mano y peinó un lagarto más que generoso. Entraron el platillo y la batería. El Vasco enrolló un billete, aspiró de derecha a izquierda y se levantó sacudiendo la cabeza con los ojos bien abiertos.

El Hueso hizo un hueco en una mano y picó un cogollo mientras imaginaba en voz alta:

—Qué buena intro tiene la canción, sentí esa guitarra y el platillo, enseguida te meten en clima. Tiene una atmósfera a peli de western yankee. Onda Tarantino o esas viejas de Cleant Eastwood. Escuchá eso, parece como un disparo de escopeta. Flasheo con un duelo al amanecer, frente al bar del pueblo, los curiosos miran detrás de las puertas y ventanas. Secuencias de primeros planos y tomas desde lejos, como con un dron. Y otras tomas desde el suelo de tierra rojiza. Los tipos están parados en los extremos de la calle, con sombreros de cowboy, pañuelos en los cuellos, botas con espuelas de estrellas, los revólveres en la cintura, los ojos entrecerrados, les transpira la frente. Recién amanece, pero en esos lugares desérticos siempre hace calor. Sus manos están a centímetros de las cartucheras donde guardan las armas.

—¿Y quién gana?

—No sé. Por ahí pasa algo o se mete una minita a interrumpir el duelo. No importa el desenlace, lo importante es toda esa trama, el suspenso, la tensión, la adrenalina que generan esas imágenes

que parecen en pausa, pero tienen mucho movimiento.

—Y un killer riff en su contestador, dejó sonando como confesión —cantó el Vasco.

—Si esas minas te hubiesen preguntado: ¿hubieses dicho este tema? —preguntó el Hueso.

—Capaz.

—No sé por qué me cuesta tanto elegir algo. Y me da bronca porque el asunto es una boludez. No pierdo nada al decir un tema, igual tengo que pensarlo antes.

—¿Qué canción dirías ahora?

—No sé.

—Dale, tirá una boludo, cualquiera.

—Algo así me dijo la mina.

—Se ve que te conoce.

El Hueso puso las flores molidas sobre el lillo, las distribuyó a todo lo largo, roló con suavidad de artesano, después lamió la seda en la parte brillante y siguió girando. Lo sacudió desde un extremo y afinó las puntas. Cortó con los dientes un sobrante y le acercó el fuego de un encendedor. Pitó con ganas.

—Qué buena que estaba esa piba, la puta madre. Tenía toda la onda. Lindas tetitas, sueltas, libres y dos ojazos impresionantes. Una cosa de locos. Un rayo no cae dos veces en el mismo lugar, dice Calamaro. A mí me pegó de lleno, onda a Travolta en esa película, pero en vez de iluminarme me dejó re duro. Más duro que vos ahora.

—No creo que tanto.

—Se me trabó el cerebro. Es lo que me pasa con las minas que me gustan, se me traba la lengua. No sé qué decir o lo digo mal. Cuando la mina no me gusta tanto, hablo fluido, tiro chistes.

—*C'est la vie.*

—Si me la vuelvo a cruzar, le digo algo. Le diría... con vos soy rico gratis.

—Es buena esa. Antes tenés que saber cuál es tu canción favorita del Indio.

—Qué sé yo. Me gustan todas.

—Qué vueltero que sos la puta madre. Cerrá los ojos.

—¿Para?

—Cerrá los ojos y escuchame.

El Hueso dio otra pitada, le dio el cigarro al amigo, se apoyó contra el cabezal y bajó los párpados.

—No pienses. Yo te pregunto algo y respondé lo primero que se te venga a la cabeza, ¿tamo?

—Dale.

El Vasco fumó y pensó algunas preguntas. Sacó el humo y miró la cara flaca del Hueso.

—¿Cuál es tu nombre?

—Gastón.

—¿Cómo te dicen tus amigos?

—Hueso.

—¿Qué carrera estudias?

—Arquitectura.

—¿En qué ciudad estamos?

—Olavarría.

—¿Color favorito?

—Azul.

—¿Cuánto es tres más tres?

—Seis.

—¿Qué formas con cuatro paredes?

—Ehh, un cuadrado.

—¿Canción favorita de Los Redondos?

—*Blues de la libertad*.

El Hueso abrió los ojos y se agarró la cara como el actor de Mi Pobre Angelito.

—¡Hijo de puta! ¡Me la sacaste!

—Viste, asociación libre. Sale o sale con esa.

—Aunque también podría haber dicho *Juguete perdidos* o *Gualicho*.

—Pero no dijiste esas, dijiste la otra. En la vida hay que elegir, hermano.

—Gracias, sos un gurú. ¿Vamos? Así le llevamos el faso al Pomelo. Te digo que pega como trompada de transformer. Pará que apago la radio.

—Mirá si la dejamos prendida y se queda sin batería el auto.

—Aquel otro se muere. Y antes nos mata.

Caminaron de vuelta compartiendo la maconia. Vieron de lejos la cabeza de Pomelo que sobresalía como un faro y se acercaron de a poco mezclándose entre la gente.

—¡Bendito sea el que viene en nombre de Ramón! —gritó Pomelo.

—¿Pidieron un fernet? ¡Qué bien! —preguntó el Hueso.

—Si los esperamos, se nos seca el hocico —respondió Pomelo y cambió faso por bebida.

—Muy bien, dame un trago que tengo una alfombra en la garganta.

—¿Y la llave? —preguntó el Comandante.

—La tiene el Vasco.

—La tiene el Hueso.

Dijeron casi al unísono. Se miraron de reojo. Con miedo a mirarse y saber la verdad.

Después los dos miraron al Comandante que se incendiaba de la calentura.

—¿No la tienen? ¿Dónde carajo la dejaron?

—¿Vos no la agarraste? —le preguntó el Hueso al Vasco.

—Yo no, si vos la tenías.

—Apagué la radio y salimos —dijo el Hueso haciendo la mímica de los movimientos.

—¿Quedó adentro del auto?

—Puede que sí —admitió el Hueso juntando las manos como si rezara.

El Comandante salió disparado, empujando a la gente, como si llevara una molotov en la mano.

Corrieron los cuatro hasta el auto. El Comandante iluminó el interior del Clio con la linterna del celular. El metal de la llave devolvió un reflejo plateado desde el hueco debajo de la palanca de cambios. Todos empezaron a manotear las puertas.

—¿Cómo pueden ser tan colgados, loco?

—Vos también le das la llave a cada boludo... —dijo el Vasco.

—Callate, si esto fue por tu abstinencia. Ahora pensá en algo.

—¿Qué querés que haga? ¿Le tiro un piedrazo a un vidrio?

No soy cerrajero. Vos Pomelo, ¿no conoces alguno? ¿O algún contacto que nos pase tu viejo?

—No lo voy a despertar a mi viejo ahora. Busquemos un alambre, algo y probamos.

—No, no, con un alambre vamos a romper la cerradura.

—Eh, guacho, ¿qué pasa con el auto? —gritó un gordo grandote que se acercaba.

—Tranquilo, Momo, somos nosotros. Nos dejamos la llave adentro y se cerró por el cierre centralizado.

—Uh, no me digas. ¿Ya se fijaron todas las puertas?

—Sí.

—Qué cagada. Puedo probar con la cerradura, pero capaz que te la arruino.

—No, quiero probar otra opción porque el auto no es mío.

—¿Cómo que no es tuyo?

—Es de la familia de mi compañera y me lo prestó para el viaje.

El gordo lo miró y se tentó de la risa.

—Estás al horno, pibe.

El Comandante lo miró con odio.

—¿Sabés de alguien que nos pueda dar una mano?

—No sé, no soy de acá. Tengo una idea. Ahí vengo y les muestro.

Volvió con un balde. Sacó la manija metálica para levantarlo y dobló una de las puntas.

—Meto esto entre la puerta y la ventana y probamos.

¿Les parece?

—Si puede funcionar, dale nomas. Con cuidado, por favor.

El Momo metió el gancho despacio, con precisión quirúrgica, en la puerta del conductor. Lo movió de a poco hacia la cerradura. Repitió el movimiento sin éxito. Probó con una de las puertas de atrás. Hizo lo mismo hasta que sintió un click y abrió la puerta. La alarma se activó. El Comandante se metió en el Clio, agarró la llave, apagó la alarma y controló que todo estaba bien en los asientos y en la guantera. El Vasco y el Hueso se abrazaron y agradecieron al cielo. Al Momo le regalaron lo que quedaba del faso y un billete de Roca. El Comandante quiso cerrar el auto, pero el cierre centralizado no funcionó. El pituto de la puerta de atrás no bajaba. Intentaron varias veces y nada.

—No podemos dejar el auto abierto y sin alarma —dijo el Comandante.

—¿Quién va a manotear esta puerta? No tenemos nada de valor

adentro —dijo el Hueso—. Y estamos en la misa ricotera, acá se respeta.

—No puedo dejar el auto solo así.

—No te ortives, no va a pasar nada —dijo el Vasco.

—Vos mejor no opines. Te podrías haber tirado el tiro en cualquier lado, pero quisiste venir justo al auto.

—Yo no fui el que me olvidé la llave.

—Ah, gracias, sos un amigo eh —dijo el Hueso—. Los dos la olvidamos.

—Uno más pajero que el otro —opinó Pomelo.

Hubo un silencio y después se empezaron a reír. El Comandante se mantuvo serio hasta que el Hueso lo abrazó, le pidió disculpas y se aflojó.

El Vasco seguía muy arriba. Insistió para quedarse, pero el Comandante no le dio bola. Subieron al auto y volvieron despacio hasta la casa.

Apenas estacionaron, las perras ladraron. Pomelo las hizo callar con un par de chistidos y de puteadas. Entraron riendo bajito, tratando de no tirar nada. Mora estaba dormida sobre el sillón con la tele encendida. En la mesa ratona había una botella de vino vacía, una copa y un cenicero lleno de colillas. Pomelo apagó el televisor y ayudó a su mamá a levantarse.

—Hola, mi vida. ¿Cómo estuvo el recital?

—Es mañana vieja. Vamos que te ayudo a acostarte.

—Ah, bueno. ¿Quieren que les prepare algo para comer?

—No, dejá y andá a dormir que estás más rota que yo.

Mora lo miró mal pero no le dijo nada. Los amigos fueron a la pieza. Pomelo se tiró de un lado del somier y el otro lado lo ocupó el Comandante.

—Mañana apenas nos despertemos, te pido que le escribas a tu amigo mecánico —le pidió el Comandante a Pomelo.

El Hueso se acostó en un colchón y se sacó las zapatillas, pensando en la chica con el buzo de Viejas Locas.

El Vasco estaba sobre otro colchón y no podía dormirse. Se arrepintió de no haber traído unos clona para bajar. Pensó en ir a pajearse, pero le dio paja ir hasta el baño. Sacó un cuaderno de su mochila y se puso a dibujar, iluminado por la linterna del celular, hasta que escuchó el canto de pájaros y de gallinas y se dejó vencer por el sueño.

Sábado

8.

Los amigos durmieron hasta el mediodía. Primero se despertó Pomelo y liberó un pedo estruendoso.

—Uh, hijo de yuta. ¿Qué comiste? ¿Gas mostaza? —dijo el Comandante sin abrir los ojos.

—La birra me da gases —dijo y disparó otra réplica de metano.

—Ese colon es un gasoducto —opinó el Hueso—. Dejé de cagarte y hacé un mate.

—Primero tengo que despedir a unos amigos.

—Apurate porque a este paso se te van a caer acá.

De a poco, empezaron a estirar los cuerpos y a desprenderse de los colchones. El Vasco se rascaba los huevos e imaginaba criaturas mitológicas con las manchas de humedad del techo. Pomelo se puso los anteojos, abrió la puerta con una mano mientras con la otra se rascaba el culo.

El Hueso agarró el celular y vio un nuevo mensaje de Roberto. Le mandó un video que lo mostraba sacando los billetes de la caja. Lo reprodujo dos veces sin poder creer lo que veía. No sabía que había una cámara. Se agarró la cabeza, apretó los dientes y se le escapó una puteada:

—La recalcada concha de mi madre —dijo.

—¿Qué pasó, compañero? ¿Malas noticias? —le preguntó el Comandante.

Se vio en una encrucijada y dijo lo primero que se le ocurrió. —¿Qué? No, nada, se me parte la cabeza —dijo el Hueso masajeándose la frente. Tiró el celular sobre el colchón y se apretó los párpados. Necesitaba ayuda, pero no quería que sus amigos pensarán que era un chorro.

—Tengo ibuprofeno si querés —dijo el Comandante y abrió la ventana. Una ola de aire refrescó la pieza. Las perras ladraron y saltaron contra la ventana.

—Sí, dale, te acepto cualquier pastela. No sé qué fue más tóxico: todo lo de anoche o dormir en la misma pieza que Pomelo —dijo el Hueso para cambiar de tema.

El Vasco prendió un Marlboro y pitó despacio. El Comandante mandó un mensaje de buenos días a Belén. De a uno, pasaron al baño y desembocaron en la cocina. El Vasco pasó ultimo y dio su sentencia al salir:

—Ese baño está como el bosque chaqueño: impenetrable.

Se sumaron a la ronda matera de Mora y Milagros que veían la televisión. Crónica mostraba el éxodo de ricotereros hacia las sierras de Olavarría. Colas de autos y colectivos. Trenes atestados de fanáticos. Camiones con las cajas llenas de personas amontonadas pero felices.

—¿Sabes algo de tu hermano? —preguntó el Hueso al Comandante.

—Sí, me mandó un mensaje, salió hace unas horas.

—Con toda la gente que viene, no llega hasta la noche —dijo Pomelo poniendo agua en la pava y le avisó a su mamá que se

iban a comer un asado a lo del Willy. Prepararon otro mate para ellos, sacaron sillas al patio y se sentaron en la galería. El Vasco salió descalzo y con la guitarra. Las perras se le acercaron y lo olfatearon, las acarició y Pomelo las calmó con unos diarios doblados. Después, se echaron a un costado de la mesa y controlaban todo desde ahí.

—¿Quedó alguna tuquita de anoche? —preguntó el Hueso.

El Vasco metió la mano en el bolsillo de su jean y sacó un faso aplastado. Levantó la mano como si tuviera un trofeo y sonrió con media cara.

—Acá no da —advirtió Pomelo—. Pero más allá sí, detrás de la parrilla. Guarda con la huerta.

El Comandante se quedó de campana y entretuvo a Milagros. Los otros tres jugaron al carioca: cada uno daba una pitada, pasaban la tuca y mantenían el humo hasta que les volvía a tocar el turno. Pomelo tosió, se rio y fue adentro a buscar una guitarra que era de su abuelo. Se la dio al Hueso y la probó con unos acordes. —Suená linda. Hay que afinarla. ¿Trajiste el afinador? —preguntó el Hueso.

—Está en la funda —le respondió el Vasco.

El Hueso removió cosas dentro del bolsillo de la funda hasta que dio con lo que buscaba. También sacó una revista. Tenía de título «para tocar» y a los integrantes de Patricio Rey y Los Redonditos de Ricota dibujados en caricatura.

—Hacía rato no veía una de estas —dijo el Hueso—. Son un clásico, traen las letras y los acordes. Nunca entendí eso de los números en las cuerdas.

— Las tablaturas? Si conocés la canción la sacas al toque —opinó el Vasco.

—Probemos con alguna, total estamos al pedo.

—Y en pedo —dijo el Vasco.

—Y con pedos —acotó oral y analmente Pomelo en una muestra gratis de su manejo de esfínteres.

El Vasco se acercó al Hueso, puso la revista sobre una rodilla y la abrió.

—Estas son las seis cuerdas de la guitarra. Se escriben del 1 al 6, el 1 es la cuerda de más abajo, la más aguda, y el 6 es la cuerda de más arriba, la más grave. Los números que aparecen sobre las cuerdas son los trastes. El primer traste es el que está más cerca del clavijero, el dos este, el tercero este y así va creciendo hacia el cuerpo de la guitarra.

—El primer traste que toqué fue el de una compañera de la escuela —agregó Pomelo.

—¿Buen traste? —quiso saber el Comandante.

—No sonaba muy bien, pero era una gran flautista.

—Qué bien, eso compensa mucho.

—Bueno, probemos con alguna fácil —le propuso el Hueso al Vasco y trataron de combinar el ritmo y las notas.

Pomelo cebaba mates y se ponía al día sobre la familia y el pueblo con Mora y Milagros. El Comandante se fue a hablar por teléfono con Belén. Gesticuló durante unos minutos y gritó. Volvió serio a la mesa y Pomelo le preguntó si le contó algo de lo sucedido.

—Sí, no te das una idea del quilombo que me armó. Dice que lo arregle de alguna forma sin que su viejo se entere o me mata.

—Ah, tranqui la cosa —dijo Pomelo y se rio—. Vamos hasta el taller de mi amigo, ya le escribí.

—Ojalá pueda hacer algo, se lo dejamos hasta mañana.

No quiero ni pensar en hablar con el viejo.

—Imagino esas cenas en familia, como juntar en un asado a Trump y a Putin.

—Sí, son cenas con sobremesas bélicas.

Pomelo y el Comandante partieron en el Clio. El Hueso y el Vasco seguían absortos en su música. El Vasco fumaba y tocaba con el cigarro colgado del labio.

—Probemos con esta —dijo el Hueso y apoyó el mate sobre la hoja de Gualicho para que no se cierre la revista. Coordinaron los cambios de acordes.

—Cantala, yo te sigo —dijo el Vasco.

El Hueso hizo los acordes y cantó. El Vasco jugaba con los punteos. Con el paso de las estrofas, la canción ganó estructura y sonó parecido a la original.

—Buena loco, salió linda.

—Estuvo buena y no desafinas tanto —le dijo el Vasco al Hueso —. Hace rato que no te escuchaba tocar, se ve que estuviste practicando.

El Hueso agradeció el comentario con algo de pudor y sugirió intentar con *Juguete Perdidos*. Pusieron la hoja al alcance de los cuatro ojos. Conocían mucho la canción y enseguida engancharon el tempo. Cuando terminaron, alguien los aplaudió: era Milagros que había estado escuchando. Los músicos agradecieron con un cabeceo.

—Veamos como sale *El blues de la libertad*. Me quedé caliente con este tema.

—Con la piba te quedaste caliente.

—Sí, también, re manija. Tendría que haberle dicho algo, haberle sacado el número del celular.

—Nunca se está preparado para lo inesperado —dijo el Vasco fumando.

—No sé ni cómo buscarla en las redes. No tengo nada.

—Al menos tenés lo que sentiste cuando la viste. Podés hacerle una canción.

—Sí, puede ser... puede llamarse Tema de Ketí.

—¿De Ketí?

—Sí, de Ketí importa. Así me dijo que se llamaba.

—Muy buena la que te tiró.

El Hueso improvisó unos acordes y cantó:

—Oh, Ketí, mi nena, mi diosa, quiero volverte a ver, quiero ser agua para tu boca, me dejaste como un carrusel...

El Vasco se sumó a la zapada y se mantuvieron en ese juego por unos minutos, mirándose a los ojos y las manos. Hasta que el Hueso se tentó y dejó de tocar.

—Viste que cualquiera puede componer, ya tenés medio tema hecho —le dijo el Vasco.

—Apenas unas frases.

—Ya tenés algo, repetís los acordes, metes unas rimas más y listo. Tiene una onda beatlera.

—Puede ser, ¿quién no le robó a los Beatles? —preguntó el Hueso —Todo el rock nacional le sacó algo.

—Y los Beatles se copiaron de Dylan y de Chuk Berry —dijo el Vasco.

—Y Dylan se copió de Woody Guthrie —agregó el Hueso —. Ya está todo inventado, difícil hacer algo original...

—La originalidad también es deformar algo ya hecho: todo puede reinventarse —concluyó el Vasco —. Che, los martes me junto a tocar con los amigos de mi primo. Si querés, sumate.

—Gracias loco, me encantaría. Tu primo toca hace bocha, no sé si estoy a la altura.

—Sí, boludo, re estás. Mi primo sabe, pero tampoco es una bestia.

—Antes necesito otro laburo, sino voy a tener que vender mi guitarra para bancar el alquiler.

—Vos fumá, algún culo va a sangrar decía un tío que tenía hemorroides. Toquemos una canción que armamos con mi primo y vemos que sale. Está en La mayor.

Al rato volvieron Pomelo y el Comandante con malas nuevas: algunas cosas podían arreglarse para mañana, como la óptica, pero otras no y el posible presupuesto era también bastante caro.

—Yo no tengo un peso. Alguien que ponga mi parte y se la devuelvo cuando pueda —avisó el Hueso.

—Juntemos lo que podamos entre todos, para darle algo a mi amigo, y después le transferimos lo que falte desde La Plata —propuso Pomelo—. Y vamos a caminar bastante porque lo de mi amigo y el predio del recital quedan lejos.

Las perras ladraron y se escuchó la puerta de calle que se abría. Apareció Mario con alpargatas, pañuelo en el cuello y boina. Entró con cara de enojado y una bolsa con bosta en una mano.

—No saben el quilombo que es afuera. Me cago en todos esos rockeros apestosos. Vení Fabián un segundo, ayudame a poner esto en la huerta.

Pomelo aceptó sin ganas porque sabía que la mano venía fulera.

La huerta estaba separada del patio por una barrera de maderas para que las perras no la estropearan. Había tomates, anquitos, rábanos, papines, albahaca, perejil, ciboulette, menta y orégano. Mario tenía un balde grande con un compost. Abrió la bolsa de bosta y le dijo a su hijo que la tire dentro mientras él removía la tierra y la aireaba con una cuchara de albañil.

—A la tarde juega Racing acá en el club —informó Mario —
¿Querés sumarte? Vamos con Mili después de la siesta.

—Me gustaría, pero quedé con el Willy para ir a almorzar a su casa

—¿Hace cuánto no vas a ver un partido? —preguntó serio Mario.

—Qué se yo, un montón. Otra vuelta, que venga con más tiempo, voy. No te ofendas.

—No me ofendo. Pero te aviso: no confundas rábanos con nabos.

—¿A qué vas con eso? —Pomelo frunció la cara.

—Digo que no te quedes en la superficie, en lo profundo están los frutos. Si te juntas con vagos y mediocres, vas a ser como ellos. Tenés que rodearte de gente con aspiraciones. ¿Te crees

que soy boludo? Estos pibes vienen acá para ahorrarse el hotel y la comida.

—¿Qué? Estás tirando cualquiera. Ellos vinieron acá porque yo los invité. En La Plata, ellos son mi familia. Un montón de veces me ayudaron en la facultad y con guita.

—Tenés que estar con gente que tenga proyectos, con ambiciones de desarrollo profesional.

—Todavía no me recibí y ya trabajo en un estudio de arquitectos. Eso creo que es algo, ¿no? No te preocupes por mí, estoy muy bien. Mejor ocupate de mamá. ¿O no te das cuenta que está en pedo todo el día? Cada vez que llamo está chupando y desde que llegamos que no para.

—Tu vieja siempre fue de tomar, ya no sé qué más decirle.

—Buscá otras opciones, que empiece terapia o que vuelva a bailar.

—No me caliento más. Probá vos, a ver si te escucha. A vos que sos tan capo y la tenés tan clara en todo —dijo Mario alejándose de la huerta y se metió en la casa.

Pomelo se quedó mirando la espalda del padre. Lo puteó y negó con la cabeza. Tiró la bolsa de bosta sobre la huerta y las perras se acercaron a olfatearla.

Volvió con los amigos que tomaban mate en la cocina y veían en la tele el canal de Olavarría. Un periodista estaba en la calle, rodeado de ricoteros que mandaban saludos, cantaban y mostraban sus tatuajes delante de la cámara.

—Qué líder ese Solari eh, para convocar a tanto público —dijo Mora.

—Es increíble todo lo que moviliza —comentó Pomelo —. Lo sigue gente de todas las edades, de todas las clases sociales y

de otros países. Ningún partido político convoca tanto.

—En eso se parece: moviliza masas, les promete cualquier cosa y les roba la guita —acotó Mario.

—El Indio no promete nada ni le roba a nadie —argumentó Pomelo con un tono seco —. Cada persona es libre de escuchar o no sus canciones, de comprar sus discos y de ir a sus recitales.

—¿Cómo qué no? Se la da de zurdo, hace su show, no paga ni un impuesto y se fuga toda la guita a sus bancos en el extranjero.

—Mejor no hablemos de política —sugirió Mora.

—¿Qué? Nada que ver. El loco se fue porque no podía vivir en paz acá. Salía al kiosco y se le tiraban encima.

—Como a Maradona —agregó el Vasco.

—Otro drogadicto —dijo Mario.

—Los medios y las discográficas quieren ensuciarlo porque representa un problema para ellos: el camino alternativo —interrumpió el Comandante harto de los dardos del patriarca de la casa —. El tipo tiene guita, pero la hizo por fuera del circuito, sin venderse a las grandes compañías ni perder los derechos de sus canciones en contratos hechos por los verdaderos ladrones. Eso es lo que el público le reconoce y le valora. Su resistencia contra lo hegemónico.

Hubo un silencio incómodo. Milagros miró al Comandante y después a su papá.

—¿Terminaste con tu discursito panfletero? No me rompan más las bolas con el pelado ese que ni siquiera canta bien. ¿Por qué no ponen un poco de fulbo?

El Comandante abrió los ojos y levantó las cejas. El Hueso se tentó.

—Ni te gastes, hermano —dijo Pomelo al Comandante y le

pasó el control remoto a Mario —. Tomá, poné lo que quieras. Nos vamos a lo del Willy.

Prepararon todas sus cosas para ir al recital. Llevaron plata, entradas, celulares, flores, lillos y encendedores. El Vasco se guardó sus bolsitas en el jean.

—Vamos a patear mi amor —cantó el Hueso.

En otro sábado cualquiera durante la siesta olavarriense se hubiesen encontrado con un paisaje de calles vacías y persianas bajas. Pero este sábado nadie dormía. Todo era una gran olla a presión, rebalsada de cabezas que iban y venían. Carpas en cada metro cuadrado de pasto. Parrillas en cualquier lado que despedían señales de humo. La música del Indio explotaba en cada parlante encendido. Caminaron kilómetros y, cerca de lo del Willy, pararon en un supermercado chino a comprar fernet, coca y hielo. El local rebalsaba de clientes y los asiáticos se gritaban entre ellos en su idioma. El Vasco empezó a mirar qué podía robarse. Pomelo le advirtió sobre las cámaras.

—Esto no es como en la YPF que a los empleados les chupa un huevo si te afanás algo. Acá si te ven por una cámara te atraviesan con un sable chino.

Fueron al sector de las bebidas. El Hueso giró la cabeza para sonarse el cuello y se quedó duro. Los ojos se le abrieron, la pupila enfocó un cuerpo distante.

—¿Te tiró? Yo también tengo una contractura, debe ser por el viaje —dijo el Comandante.

—¿Qué? No, no —dijo absorto el Hueso—. Es la mina. La de anoche. No miren.

Dijo eso y sus amigos se giraron inmediatamente. La morocha de ojos claros y arito en la nariz pasó caminando junto a su

amiga. Charlaban entre ellas y ni se percataron de los ojos que las miraban. Fueron hasta el sector de la verdulería.

—Está para revolverle el estofado —dijo Pomelo.

El Hueso la siguió con la mirada. Pensó en alguna estrategia para acercarse, sin quedar pesado, sin incomodarlas, decir algo con onda, caerles simpático, decir la frase perfecta que le habilite el ingreso al cielo de sus ojos. Pero no existía tal frase. Era un enigma imposible de descifrar. Decidió qué le diría algo, aunque no supiera qué ni cómo.

—Vayan pagando, ahí voy —les dijo a sus amigos y se acercó a ellas. Respiró profundo y habló:

—Hola chicas, ¿qué tal? ¿Cómo terminaron anoche?

Lo escanearon de arriba abajo. La de ojos claros lo miró con curiosidad. La otra con desprecio.

—Hola, ¿cómo va? Disculpá, ¿quién sos? —dijo la supuesta Ketí.

—*El blues de la libertad*.

—¿Qué?

—Esa es mi canción favorita.

—Ah, me alegro.

—Ustedes anoche me preguntaron cuál era mi tema favorito del Indio.

—¿Nosotras? No, ni ahí —dijo la morocha de pelo corto.

—Sí, me acuerdo. Eran ustedes. Anoche no supe cuál decir.

Hoy me desperté y se me vino a la cabeza la respuesta. ¿Y la de ustedes saben cuál es?

—A mí no me gustan Los Redondos y no me gusta que me jodan cuando hago mandados.

El Hueso recibió el palo de la petisa y estuvo a punto de retirarse, pero justo la otra habló:

—Mi favorita es *El infierno está encantador esta noche*.

El Hueso giró el torso de nuevo hacia ellas y se plantó firme.

—Está muy buena esa. Un rock zarpado elegiste. ¿Cómo te llamás?

Inclinó el cuerpo y la mano hacia adelante.

—Nayla.

—Ah, mucho gusto Nayla. Un nombre con una música muy linda.

—Gracias. ¿Y vos?

—Mi nombre es Hueso, pero mis amigos me dicen Gastón.

Se dio cuenta al toque del fallido y se puso rojo. Nayla lo miró raro y se sonrió.

—Hablando de amigos, creo que te están esperando —señaló al trío que miraba desde la entrada.

—No hay apuro. Vamos a la casa de un amigo a comer un asado. ¿Ustedes van al recital?

—No, vinimos a una misa evangelista —dijo la amiga y se tentaron las dos.

El Hueso quedó pintado y se rio para aliviar la tensión.

—Ella es Pato. Si, obvio que vinimos al recital.

—Si les interesa ir a comer y tomar algo, pueden sumarse, queda cerca.

—Ya tenemos planes —dijo Pato.

—Está bien. ¿Vinieron solas?

—Vinimos con un grupo de amigues en colectivo y estamos acampando. Queremos dormir una siestita para estar pila-pila a la noche —informó Nayla.

—Claro, me imagino. Bueno, un gusto, ojalá nos crucemos más tarde.

—Lo dudo, con todo el mundo de gente que hay —dijo Pato.

—Que la pasen lindo y disfruten del recital —les deseó el Hueso, que se inclinó en diagonal hacia Nayla con un brazo abierto. Ella aceptó el beso en el cachete y el abrazo.

—Vamos gorda que se nos están colando —dijo Pato.

El Hueso caminó hacia sus amigos algo mareado.

—¿Y? ¿Le sacaste teléfono? ¿Instagram? —preguntó Pomelo.

—Poco. Apenas el nombre.

—Siempre el mismo virgo —concluyó Pomelo.

—Igual no creo que te de bola porque le gusta la tijereta —dijo Pomelo.

El Hueso volteó hacia el super y vio a Nayla y Pato besándose y abrazadas de la cintura.

—Ya me parecía que esas dos eran más que amigas —dijo el Comandante.

—Hubieses avisado y me ahorra el papelón.

—No sabía que le ibas a hablar.

—La más hermosa niña del mundo puede dar solo lo que tiene para dar —cantó el Vasco.

10.

Llegaron a lo del Willy con hambre y sed. Tocaron timbre y golpearon la puerta hasta que la hermana del Willy giró el picaporte.

—Hola querido, ¿cómo andas tanto tiempo? Pasen, bienvenidos.

Los cuatro pasaron y atravesaron la casa. Pomelo giraba la cabeza para todos lados y recordaba viejos momentos en ese lugar. Habían cambiado algunos adornos y el sillón. El patio era una fiesta: música, tablonos largos con gente de sobremesa, otros parados hablando y tomando algo. El Willy apoyó una tabla apenas vio a Pomelo y lo fue a abrazar.

—¿Qué haces hijo de puta? ¿Hace cuánto no te veía? Estás igual, chabón.

—¿Qué haces Willy Crook? ¿Viste? En cambio, vos estas hecho mierda.

—El mismo culeado de siempre vos. Qué bueno que viniste. Pasen chicos, mucho gusto, como en su casa eh: tomen lo que quieran, dame el hielo que lo pongo en el freezer. Acomodensé nomas. Ahora les sirvo algo de asado. Voy a dejar esto y vengo.

Un grupo de varones que estaba próximo a la parrilla recibió

con entusiasmo a Pomelo. Lo abrazaron, le hicieron una ronda, uno le agarró los huevos y otro le dio un chirlo en la nuca. Pomelo hizo fuerza y se los sacó de encima a todos.

El Hueso y el Comandante cortaron por la mitad una botella de Coca vacía, le quemaron los bordes con el encendedor, tiraron varios hielos dentro, dejaron que fluya el fernet y le pusieron la Coca inclinando la botella. El Comandante agarró el copón como un trofeo, lo sacudió un par de veces cual barman y le dio un buen trago. Se lo pasó al Hueso que tomó varios tragos y largó un aaahh con espuma sobre el labio.

Pomelo vio a un grupo de chicas que hablaba en un rincón del patio. Había una de espaldas que le resultó familiar. Metro setenta, pelo rubio y un jean que le calzaba justo. Cuando se dio vuelta, la reconoció: era Josefina. Con otro corte y pelo más claro, pero era ella. Pomelo tomó un trago de fernet para sacarse el ahogo y fue hacia el sector femenino. Le tocó el hombro a Josefina y ella se giró con naturalidad. Casi se desmaya al ver la cara de su ex. Se abrazaron y se preguntaron cómo andaban sus cosas. Respondieron cosas banales del trabajo y las familias, mientras las amigas cruzaban miradas y cuchicheaban entre ellas.

—¿Cambiaste el número del celular? —preguntó Pomelo.

Josefina hizo una risita y se acomodó el pelo.

—No, tengo el mismo de siempre. Vi tu mensaje, pero estaba ocupada y se me pasó responderte.

—Está bien. ¿Y estás saliendo con alguien o...?

—Sí, estoy de novia. ¿No sabías? Pensé que ya te habían puesto al tanto.

Pomelo apretó la mandíbula hasta que le cayó la ficha de que tenía que decir algo.

—No, ¿por qué? Nadie me dijo nada. ¿El afortunado está acá?

—Está comiendo con unos amigos. En un rato viene a buscarme y vas a poder saludarlo.

—Con mucho gusto, así sacamos las espadas y hacemos competencia —dijo Pomelo medio en broma, medio verdad—. Bueno, vuelvo a comer sino mis amigos se morfan todo. Un gusto verte.

—Igualmente, comé tranquilo, más tarde charlamos.

Pomelo y sus amigos se acomodaron en una esquina de la mesa y aceptaron la carne que el asador les ofreció. El Hueso le preguntó en voz baja:

—Che, ¿quién es ese caramelo?

—Josefina.

—¿Tu ex? No me digas. Ya entiendo por qué tanto interés en venir acá.

—No soy tan pajero, no sabía que iba a estar. Y confirmó mis sospechas: está de novia.

—Bueno, era lógico, después de tanto tiempo. ¿Cómo estás?

—Caliente como una pava.

—Ya fue, no te enrosques. Hagamos la nuestra y nos vamos a otro lugar si querés.

Terminaron de comer y el Vasco armó un faso. Lo prendió, fumó, lo pasó a Pomelo y se armó la comunión entre locales y visitantes. El Willy contaba anécdotas a los amigos de la facultad.

—A Pomelo le decíamos tapita: siempre pegado a la botella.

—Y a vos te decían el Genio de la birra: destapabas una y se te aparecía.

—Una muy buena de éste es de un verano que nos fuimos a Gessell. Doce monos en una casa para cinco. El menú era muy

variado: fideos y arroz, arroz y fideos. Justo en esas vacaciones fueron los viejos de él a Gesell y una noche se fue a cenar con ellos. Cuando volvió de comer, estábamos meta arroz y galletas de agua y nos contó que había morfado un asado, con achuras y helado de postre. De la envidia, lo queríamos abrir y comerle las tripas. Más tarde, fuimos a un boliche...

—Kilómetro 40 —dijo Pomelo.

—Ah, sí, a ese, te acordás de esa noche, ¿no?

—Cómo olvidarla si vos la contás siempre.

—Es que fue mundial. Nos pusimos en pedo, bailamos, encaramos minas, nos rebotaron todas y, antes de irnos, se sentó en una silla y empezó a vomitar. Parecía el exorcista. Revoleaba la cabeza y lanzaba para todos lados. Lo raro era que vomitaba arroz. Alguno dijo que podía ser el arroz del mediodía, que tuviera metabolismo lento. Pero ni una molleja, ni un pedazo de vacío, ni un chinchulín, nada de eso. Quedó noqueado y lo tuvimos que llevar en andas hasta la casa. ¿Se imaginan llevar a este yeti? un flete necesitábamos. Al otro día, cuando reaccionó, le contamos que había vomitado arroz. Nos miraba entre dormido y sorprendido. Al principio lo negó el caradura, hasta que confesó: la noche anterior con los padres había comido una ensalada de arroz con verduras y dijo lo del asado para que no lo boludeemos.

Todos se rieron. Pomelo también. Aunque una parte de él estaba en otro lado. De reojo, seguía los movimientos de Josefina. Se había ido a la cocina a lavar los platos con amigas y la veía a través de una ventana. Un tipo con bombacha de campo, alpargatas, buzo GAP negro con letras blancas, abrazó a Josefina por atrás y la besó en el cuello. Pomelo abrió los ojos como dos

monedas. El mismo tipo después la besó en la boca y saludó a las demás chicas con gestos exagerados. Se preparó un gin tonic con rodajas de pepino y salió al patio. Cuando lo vio acercarse, se acomodó los anteojos, lo reconoció y casi se infarta de la calentura: era su primo Hernán.

II.

Hernán era hijo de un hermano de Mario. Ellos eran los dueños del campo en donde trabajaba el papá de Pomelo. La relación siempre había sido tensa y asimétrica, pero el negocio le era funcional a las dos familias.

—¡Hola, primo! ¿Cómo andás?

—¿Qué hacés, catador de supositorios?

—Acá estoy, más puesto que un sombrero. Me junté a comer con la banda y creo que brindé demás. No me digas que viajaste para ver al pelado ese.

—No, vine para ver a tu vieja.

El otro se rio tanto que volcó un poco de gin sobre la ropa de Pomelo.

—Pará que me mojás, maldito ebrio.

—¿Cómo andás tanto tiempo? Te ves flaco. ¿Mucha hambre en la ciudad de las diagonales?

—No, me estoy cuidando nomás, salgo a correr, volví a jugar al básquet en un club de allá.

—Mirá que bien. Sí, hay que mover el esqueleto. ¿La carrera bien?

—Sí, ya cerca de terminarla. Laburando también en un estudio, así que no puedo quejarme. ¿Cómo andan ustedes? Brillando con la soja, ¿no?

—Brillaríamos si viviéramos en otro país. En Peronia no se puede progresar. Demasiada inversión y después te rompen el culo con los impuestos y las retenciones.

—Tampoco creo que estén pasando hambre...

—No, para nada, tengo una Amarok nueva, flama, es una nave.

Pomelo pidió que le pasen el fernet con la intención de sumarse a otra conversación y despegarse de su primo. Hizo un enlace mental entre la palabra Amarok y la foto de perfil de Josefina sobre la caja de una camioneta y le cerró la idea de ellos juntos. Miró de nuevo a su ex y colgó la mirada en ella. Hernán siguió la flecha de sus ojos y descubrió quién era el blanco.

—Ah, veo que ya viste a la Jose.

—Me sorprendió verla acá.

—Sí, vino con unas amigas.

—No sabía que están saliendo, nadie se molestó en avisarme.

Lo que son las vueltas de la vida, ¿no?

—Así es, queda todo en familia —dijo en chiste Hernán, pero Pomelo no se rio.

—Te felicito: es buena chica y siempre le tuviste ganas.

—Pasado pisado, primo. Alguien tan urbano como vos, tan progre, que venga a tener celos.

—¿Celos? No, ni un poco. Solo que me sorprende la noticia.

—Si querés la llamo.

—No, no hace falta.

—¡Jose! ¡Jose! Vení amor, mirá quién está acá.

Josefina se dio vuelta, rastreó la voz con la mirada y se acercó.

Pomelo dio un trago al copón de fernet y vio la figura de ella agrandándose a través del plástico.

—Hola, ¿cómo andan? Sí, amor, ya lo vi, ya nos saludamos.

Cada vez que Pomelo escuchaba la palabra amor entre ellos se le retorcían los intestinos.

—¿Vamos? Porque tengo que ir a abrir el local —dijo ella.

—¿Querés abrirlo hoy? Mirá que afuera está imposible.

—Sí, unas horas, aunque sea. Hay mucha gente de paseo también y pueden comprar algo.

—Pusimos un local de ropa en el centro, primo, si querés pegate una vuelta más tarde u otro día.

—Ah, muy bien, me alegro, ojalá vendan mucho —Pomelo dio otro trago y desvió la mirada detrás de sus anteojos.

—Bueno, voy a despedirme de las chicas. Un gusto verte, espero que te vaya de maravilla en La Plata. ¿Vamos, amor?

—Donde manda capitán... de la que te salvaste —dijo Hernán abriendo los brazos.

—Vaya nomás y cumpla con su noble tarea de gobernado —respondió Pomelo y saludó alzando el copón de fernet. Se dio vuelta y no quiso verlos irse de la mano. Pidió lo que quedaba del faso, dio una seca larga con los ojos cerrados, retuvo el humo y lo exhaló tirando la cabeza para atrás. No quería pensar. No era el momento de analizar. Algo en él hervía. Hervía y se derramaba. Abrió los ojos y vio a su primo hablando con otro tipo y a Josefina que iba adentro.

—Ahí vengo, voy a mear —le dijo al Hueso y le dio el fernet y el faso.

Pomelo caminó hasta la cocina y se encontró con Josefina que tiraba unas latas en el basurero.

—Ey, Jose, me quedó una duda: ¿qué pasó con la carrera de contadora? ¿Terminaste?

—Al final, no. Pero estoy bien, estoy contenta. El local de ropa va bárbaro, aunque demanda mucho tiempo, hay que acomodar todo, organizar las empleadas, hablar con los proveedores. Por suerte Herni me da una mano grande con eso.

—Sí, claro. Vos y «Herni»: ¡Qué sorpresa! Jamás lo hubiese imaginado.

—Si no me hubieses bloqueado, ya lo sabrías.

—Yo no quería. Eran celos de mi ex.

—Ah, ¿es tu ex ahora? No sabía que te habías peleado.

—Hace poco. Si me siguieras en las redes, lo sabrías.

Josefina hizo una risita y negó con la cabeza.

—¿Vos me pasás factura a mí?

—No, tranquila. Quería saber qué era de tu vida.

—¿De verdad te jode tanto que salga con Hernán?

—¿Qué? No, vos podés salir con quien quieras. Todavía me acuerdo cuando tus amigas lo histeriqueaban para sacarle entradas y tragos en el boliche.

Josefina se acomodó el pelo detrás de la oreja.

—No me acordaba de eso. Parece que fue en otra vida —dijo ella.

—Cuántas vidas hay en una vida, ¿no? Espero haber sido una buena para vos —dijo Pomelo.

—Sí, una muy importante.

Apareció Hernán y los abrazó a los dos por detrás.

—¿Qué pasa acá? ¿Me están sacando el cuero?

Cuando abrazó a Josefina, le volcó un poco de gin sobre el hombro.

—Ay, Herni. Guarda, me mojaste toda.

—¿Viste primo? Apenas la toco, se moja toda.

—¿Qué decís, gordo? Ubicate. Andá a lavarte la cara y nos vamos al local.

—Como me tiene cagando, ¿no?

—Mejor hacele caso a tu señora —dijo serio Pomelo.

—¿Te gustaría que te dé órdenes a vos? —le preguntó el primo.

—No. Ni ella ni nadie. Aunque me hubiese gustado que alguno me cuente de su relación y no tener que enterarme así, ahora.

—Pensé que tu mamá te había contado —dijo Josefina.

—No me contó nada. Alguno de ustedes me podría haber mandado un mensaje, aunque sea.

—Todo bien, pero no tengo porque mandarte ningún mensaje. Y ella menos.

—No sé si no les dio los huevos o prefirieron hacerse los boludos —dijo Pomelo.

—Dejate de joder, loco, no seas perro viejo —dijo Hernán subiendo el tono de voz.

—Por mí que ella ande con quien quiera. Me hubiese gustado que sea con alguien mejor.

—La comparación no te conviene porque te pinto la cara en todo.

—Cortenlá che, parecen dos pelotudos. Vamos, Hernán —dijo Josefina.

—¿Qué vas a comparar? ¿Guita? ¿Chatas? Quisiera verla con alguien que la cuide, que la valore, no con un careta narcisista como vos.

—Ah, y vos si la valoraste y la cuidaste, ¿no?

—Lo mío fue diferente, tuve que irme a estudiar a La Plata.

—¿Pueden terminarla? Yo decido con quién estar y con quién

no —dijo Josefina metiendo su cuerpo entre el de ellos.

—Y bueno primito, el que se fue a Sevilla...

—Sos el mismo cuervo de siempre. Cuando hablábamos con una mina, caías vos, nos hacías quedar mal y te robabas la oportunidad.

—Qué le voy a hacer si nací visionario.

—¿Visionario vos? Si no ves más allá de tu ombligo.

—Veo mi ombligo —dijo levantando el buzo —y me dice que cierres el orto.

—¿Ves lo que te digo? No te aguantas las ganas de mostrar tus abdominales trabajados. Sos un gil y lo vas a ser toda tu vida.

—Te daría un correctivo, pero no me gusta pegarle a los nerds con anteojos.

—Quedate tranquilo que con esos brazos de gordo enano no llegas ni a tocarme un pelo.

—Sí, gorda tengo la chota y se la meto en la boca a ella y a quien se me cante el orto.

—¿Qué dijiste, salame? —le gritó Pomelo.

—Basta, cortenlá. Alguien que llame al Willy, por favor —rogó Josefina a sus amigas.

—No ves que sos un desubicado —le dijo Pomelo a Hernán.

—Sos vos el que viene acá a reclamar algo como si fuera tu propiedad.

—Yo no reclamo nada, es que me da lástima ver a una chica tan linda con un deforme como vos.

—Más deforme será tu hermana, resentido.

Pomelo se rio y, después, empujó a su primo contra la mesada. El vaso de gin se cayó y explotó. La gente se volteó hacia ellos. Había líquido y vidrios por todo el piso. Los chicos en

el patio cortaron la conversación y corrieron hacia la cocina. Hernán revoleó un brazo y le pegó a Pomelo arriba del ojo. Los anteojos se astillaron y la ceja le sangró. Pomelo se enloqueció y le tiró trompadas a la cabeza y al cuerpo de su primo, que se cubrió como pudo hasta que un manotazo le entró de lleno en una oreja y lo dejó aturdido. Le impactó un último zurdazo y cayó desmayado. Pomelo quedó rebotando, con los brazos en el aire y se limpió con el buzo la sangre que le caía de la ceja.

—Dale, forro, levántate, vení. ¿Quién es el mogólico ahora? La puta madre que te re mil parió.

Hernán apenas si respiraba con la cara contra el piso mojado y se abrió un hueco para que el caído se oxigene.

Josefina lloraba contra el hombro de una amiga. El Willy llegó y se agarró la cabeza.

—¿Qué pasó boludo? ¿qué hiciste? Te invito a mi casa y mirá el bardo que armás.

—No es mi culpa. Este gil arrancó a bardear. Se zarpó mal.

—Andate, loco.

—Pero Willy, te digo que empezó él, yo me defendí nomás.

—Vamos, ya fue, dale —dijo el Comandante abrazándolo.

—No, yo me quedo. Y si se levanta, lo vuelvo a cagar bien a trompadas.

—Escuchá a tu amigo, pajero. Andate de una vez —le dijo el dueño de casa mientras controlaba la respiración del noqueado.

El Hueso encontró los anteojos rotos de Pomelo y se los pasó. Hernán reaccionó de a poco. Abrió los ojos y miró para todos lados, sin hacer foco en nada.

—Alguien llame a una ambulancia —suplicó la hermana del Willy.

Lograron convencer a Pomelo y lo llevaron hacia la calle. Les cerraron la puerta en la cara y los cuatro se quedaron en la vereda, sin el fernet ni el faso.

—Que se vayan a la mierda toda esa manga de forros.

—¿Qué pasó, boludo? ¿Por qué no avisaste?

—No sabía que me iba a pelear, ni sabía que me iba a encontrar con cierta gente.

Caminaron y Pomelo seguía a las puteadas. Les contó el rollo con Josefina y su primo. Se metieron de nuevo en la misa ricotera. Muchos los miraban y comentaban cuando veían a Pomelo con la ceja lastimada, los anteojos estallados, el buzo roto en el cuello y manchado con sangre.

—¿Querés ir a una guardia para que te cosan? —dijo el Hueso.

—No, ya fue.

—Podemos comprar La gotita y probar con eso —propuso el Comandante.

—Mis viejos deben tener.

—¿De nuevo caminar hasta lo de tus viejos? —preguntó el Vasco.

—Como quieran, o nos quedamos girando por acá.

—Vayamos de tus viejos: te curamos eso y hablo con mi hermano porque acá no tengo señal.

—Bueno, al menos compremos otra birra para el camino —pidió el Vasco.

Pablo consiguió entrar a Olavarría y llamó al Comandante varias veces. La operadora decía siempre lo mismo: usuario fuera de servicio. A paso de hombre, evitó como pudo las calles atestadas de colectivos y de personas. Prendió lo que le quedaba del faso, puso la ubicación que le mandó su hermano por mensaje y encaró para ahí. Estacionó el Gol en la vereda frente a la casa de Pomelo. Tomó el último trago de gaseosa, se cambió la remera, se puso desodorante y bajó del auto. Tocó timbre y las perras ladraron. Una señora con el pelo atado, en calzas y pantuflas abrió la puerta.

—Hola, buenas tardes —dijo Mora, despertándose de una siesta.

Pablo se presentó. Ella recordó algo de un hermano que estaba en viaje y lo dejó entrar. Se parecía a uno de los amigos de su hijo, pero sin barba, con ojeras y más flaco. Mora prendió un pucho y abrió una ventana que daba al patio. Las perras dejaron de ladrar, pararon las orejas y olfatearon. Se sirvió un poco del Malbec que sobró del mediodía y le ofreció una copa al desconocido.

—Bueno, sí. Muchas gracias.

—De nada. ¿Querés algo para comer?

—No, comí en el viaje. Igual no sé preocupe por mí, siga con lo suyo.

—Epa, no. A mí me tuteás eh.

—Está bien, ¿sabés a dónde fueron los chicos?

—Se fueron a lo de un amigo de mi hijo. Lo llamo a ver qué hacen.

—Ni lo intentes. Lo llamé mil veces a mi hermano y nada.

Está todo colapsado —Pablo tomó un trago—. Rico vino este.

¿Cuál es?

—La verdad que ni idea. Estoy media chicata sin los lentes —dijo y le pasó la botella al recién llegado. Se rozaron las manos y se dieron corriente. Pablo leyó la etiqueta en voz alta: Alma Mora.

—Qué coincidencia. Mi nombre es Mora.

—Mirá vos, reclamales algún viñedo.

—Con todos los vinos que tomé, ya me chupé más de un viñedo. Che, nene, rico perfume tenés.

—Es desodorante. Igual me alegro que se note porque con tantas horas de viaje...

Mora acercó y alejó el celular de la cara buscando el contacto de su hijo y lo llamó.

—Me dice usuario fuera de servicio.

—Bueno, tendremos que esperar nomás.

—Si no, cuando vuelva mi marido, te lleva hasta lo del amigo. Debe estar puteando en todos los idiomas. Te doy un quesito con pan. Si no el vino solo, te va a caer pesado.

Mora abrió la heladera y sacó un tupper con un pedazo de queso con agujeros. Lo dejó sobre la mesa con una tabla y una cuchilla.

—Tomá, cortá lo que quieras. Yo voy a probar un poco también. Ahí traigo pan.

Mora buscó la panera en una alacena alta. Se puso en puntas de pie y el contorno del culo se le dibujó en la calza. Se giró rápido y vio a Pablo mirándola atento.

—¿Se te perdió algo?

—No, estaba por ayudarte por si no llegabas.

—No hace falta que mientas. Reconozco la mirada de los hombres. Aunque confieso que hacía mucho no la sentía. Yo hacía patín y era bailarina, ¿sabes? Daba clases de tango y de folclore.

—Se nota que entrenaste muchos años.

—No me hagas reír. Lo único que entreno ahora es el codo. La vida complica un poco las cosas: los hijos, los trabajos, la casa... tenemos una nena discapacitada. Es un amor, pero es como una chiquita que no crece. Hace poco tuve un dolor en una pierna, una puntada en este gemelo. Fui al clínico y me dijo que era un trombo. Me quería matar.

—¿Pensaste en volver a hacer algo? El baile es bárbaro para la circulación.

—Lo intenté, pero no pude mantenerlo. A mi marido no le gustaba quedarse solo con los chicos y dejé de intentarlo... —dijo y tomó un trago.

—A mí también me gusta el tango. Salí un tiempo con una chica que bailaba. Íbamos a las milongas y nos pasábamos las noches meta baile y vino.

—Uh, no me digas, qué belleza. ¿Y seguís yendo a las milongas?

—No, hace años que no voy a una.

—Qué lástima, con lo bien que hace bailar un rato.

Pablo hizo una torre de pan con quesos y se la mandó a la

boca. Mora fumaba sentada de costado en la silla, con las piernas cruzadas, un brazo sobre el respaldo y con el cigarro en la otra mano. Pitó y largó el humo en dirección a Pablo.

—¿Sabés qué? Me diste ganas de ir a una milonga.

—Qué bueno, me alegro, ojalá puedas ir.

—Sí, la vida es una sola, ¿verdad?

Mora aplastó el cigarro contra el cenicero y se paró. Puso el brazo derecho en alto al costado del cuerpo y el brazo izquierdo como si abrazara a un fantasma. Empezó a tararear, hizo unos pasos hacia adelante y empujó la silla. Se movió en lateral, arrasando la punta de la pantufla y dibujó firuletes por el comedor con los ojos cerrados, el pecho inflado, inclinada hacia adelante y la pose firme pero flexible. Pablo la miraba con admiración y celebró su arranque.

—Muy bien, ese cuerpo sabe —dijo Pablo y buscó en Spotify una canción: puso Los Mareados.

Mora la reconoció y abrió los ojos como quien escucha la voz de un viejo amor. Corrió la mesa y las sillas contra la pared y la cocina se hizo enorme. Se acercó a la visita y lo enganchó del brazo. Pablo dudó un momento, pero se sumó a la pista. Se agarraron de las manos. Pablo dio un paso hacia la izquierda y Mora lo hizo hacia la derecha. Él avanzó con el pie derecho y ella retrocedió con el pie izquierdo y después giraron por la cocina al ritmo de la música. Las piernas de uno se metían entre las del otro. Avanzaban despacio y sus cuerpos entendían los guiños de los gestos. La mano de Pablo se hundía en la cintura movediza de Mora. Y el brazo de ella se enredaba en el cuello de él como una bufanda. Las perras ladraban en el patio. Mora estiró una pierna y arrastró la otra hasta juntar las dos. Tiraba

ochos y boleos y se dejaba llevar por su compañero y por la música. Dibujó un gancho con su pierna. Los muslos se rozaron. Se miraron de costado y se les escapó una risita nerviosa. Pablo sintió un cosquilleo en la panza y un latido creció debajo de su pantalón. Ella se soltó el pelo y sacudió la cabeza. Bailaron hasta que se pisaron y se fueron contra la mesa. Pablo quedó con el cuerpo encima de Mora. Se rieron por la caída y quedaron cara a cara, a una distancia peligrosa y prudente al mismo tiempo. Pablo le corrió un mechón de pelo que le tapaba la cara, ella puso una mano entre los omoplatos de él. Se acercaron cada vez más hasta chocarse los labios. Mora lo agarró de la nuca y revolvió su lengua dentro de la boca ajena. Después largó una carcajada, tomó un sorbo de vino y volvieron a bailar cada vez más pegados.

Una llave giró en la cerradura. La puerta de calle se abrió y entraron Mario y Milagros con camperas y bandera del club Racing de Olavarría. Siguieron la música hasta la cocina y se encontraron con la pareja de baile en pleno trance.

—¿Qué carajo pasa acá? —gritó Mario con los ojos desorbitados. Milagros miraba en silencio. Una burbuja invisible y gigante hizo plop alrededor de los bailarines.

—Nada, bailamos un poco de tango. ¿Acaso está prohibido? —respondió Mora acomodándose el pelo y restando dramatismo a la situación.

Pablo se sentó en una silla para disimular su bulto y detuvo la música del celular.

—¿Y éste quién es? —preguntó el marido arremangándose la campera y bufando como un toro.

—Es el hermano de uno de los amigos de Fabián.

—Soy Pablo, hola, buenas tardes.

—¿Y desde cuándo bailas tango con extraños en casa?

—Cada vez que te vas a tus partidos de básquet.

—¿Cómo?

—Nunca Mario, nunca, hace años que no bailaba ni una canción.

Estoy todo el día encerrada acá, mientras vos salís a trabajar, te juntás con amigos, vas al básquet y te garchás a tu amante. Así que no me vengas con planteos por bailar un rato en mi propia cocina.

Mora tomó un trago de vino y apoyó tan rápido la copa en la mesada que se quebró y el tallo de vidrio le hizo un corte en la mano.

—Ay, qué boluda.

—¿Qué hiciste, estás loca? Típico de vos —dijo Mario —: primero te mandás la cagada y después te hacés la víctima.

—No me hago nada, fue un accidente. Y mejor no hablemos de cagadas porque vas a salir perdiendo.

Mora abrió la canilla y puso la mano debajo. El agua diluía la sangre. Mario se fue hasta el baño a buscar el botiquín de emergencias.

—Si tienen diarios, junto los pedazos de la copa —dijo Pablo.

—Gracias querido. Fijate en ese gabinete, ahí debe haber alguno — respondió Mora fumando.

Pablo sacó un ejemplar del diario El Popular, lo extendió sobre la mesada y agarró los vidrios.

Milagros le decía sana, sana, colita de rana a su mamá y le acariciaba el brazo.

Mario volvió con gasas, algodón y agua oxigenada.

—¿Te quedó clavado algún vidrio? ¿Podés abrir y cerrar bien la mano? —le preguntó a Mora.

—Estoy bien, es un corte superficial. Me lo aprieto un rato y para.

La puerta de calle volvió a abrirse y, esta vez, entraron los cuatro amigos. Pomelo se frenó al ver la escena: un huracán había pasado por la cocina y su mamá tenía una mano cortada.

—¿Qué pasó?

Mora vio a Pomelo con el corte en la cara y se llevó su mano sana a la frente.

—Ay, Fabián. ¿Qué te hicieron en la cara?

—Nada, vieja, ¿qué te pasó a vos? ¿Y por qué está así la mesa y las sillas?

—Ey, qué bueno que ya llegaste —dijo el Comandante abrazando a su hermano.

—¿Cómo que nada? ¿Te peleaste con alguien? Vení, sentate acá —intervino Mario.

—No es nada, me doy una ducha y me limpio —dijo Pomelo

—¿Fabi por qué tenés sangre ahí? —preguntó Mili.

—Me corté sin querer, no te preocupes.

La hermana lo abrazó y le sopló en la herida.

Mario apoyó algodón con agua oxigenada sobre la herida de su hijo. La piel sobre la ceja burbujeó.

—Hay que limpiar bien sino se infecta. Tené ahí. ¿Qué pasó? ¿Les robaron? —preguntó Mario analizando la herida.

—No.

—¿Se pelearon? ¿Problemas con la policía? Dale Fabián, no me hagas perder el tiempo.

—Discutí con alguien en lo del Willy.

—Decime quién te pegó, que agarro la carabina y lo salgo a buscar.

—Calmate, no pasó nada. Es una boludez.

—¿No pasó nada? Mirá como tenés la cara. Decime quién fue. Sabes que acá se sabe todo. ¿Alguno de ustedes sabe quién fue?

—Mario miró inquisidor a los demás. Los otros alzaron los hombros y negaron con las cabezas —. Bueno, son todos mudos ahora.

—Ah ya sé —dijo Mora y levantó el índice de la mano envuelta en el repasador —: te peleaste con tu primo Hernán.

Pomelo abrió los ojos y preguntó:

—¿Vos sabías que andaba con la Josefina? ¿Por qué no me dijiste?

—Qué se yo, pensé que ya no te interesaba.

—¿Justo con tu primo Hernán te venís a pelear? —dijo Mario agarrándose la cabeza —. Mirá que hay gente para pelearse, eh. Qué pendejo maleducado. Voy a ir a hablar con ese pajero.

—No te metas, viejo. No tienen nada que hablar. Es un tema entre Hernán y yo. Y Josefina.

—Le voy a acomodar los patitos a ese pendejo. Ahora vamos al hospital a que te revisen.

—No, no voy a ir. Les pido La gotita, por favor.

—¿Para qué?

—Para que él me pegue la herida —dijo señalando al Comandante.

—¿Qué? Vamos para que te vea un médico.

—Estoy bien, de verdad. No se preocupen. La guardia ahora debe ser un bardo. Me baño y nos volvemos a ir porque no quiero llegar tarde al recital.

—Como siempre tu hijo haciendo cagadas... —le dijo Mario a Mora.

—¿Qué tengo que ver yo, querido? El señorito ya es un pelotudo grande, que se haga cargo de sus actos. Si se le abre la herida y le queda una cicatriz horrible, problema suyo.

—¿Y vos no tenés que ir a la guardia también a que te vean la mano?

—Yo no, es mínimo esto. Con una curita estoy.

—De tal palo, tal astilla —dijo Mario y se fue hacia el baño refunfuñando.

El Comandante le puso La gotita a Pomelo. Con una mano mantuvo juntos los bordes y con la otra volcó las gotas de pegamento a todo lo largo del surco. Después presionó la herida con las dos manos durante más de un minuto. Soltó y la herida quedó sellada.

Pomelo se fue a bañar y los demás se encerraron en la pieza. El Hueso tocaba la guitarra y el Vasco sacó un cuaderno de su mochila, prendió un cigarro y empezó a dibujar perros parecidos a su Pelusa. Los hermanos se apoyaron contra el marco de la ventana y Pablo le pidió un cigarro al Vasco.

—¿Cómo anda todo por allá?

—En la lucha, siempre hay un bardo en el negocio. Busqué una empleada para que nos dé una mano, pero piden mucha guita y a mamá no le convence ninguna —comentó Pablo.

—¿Y mamá cómo está?

—Tiene sus días, a veces se hace mucho drama por boludeces. Algunas noches le cuesta dormirse, todavía no puede desprenderse de las cosas de papá.

—Sí, no debe ser fácil, pasaron toda una vida juntos.

—Le dije que viaje, que salga de joda y ella insiste en ir y estar ahí todo el día. Me ceba mates, charla con las viejas del barrio.

—Igual te viene bien un poco de ayuda...

—Depende del día. Creo que le vendría bien un novio.

—¿Un novio? ¿Te parece? Todavía es reciente lo de papá, dejala que haga el duelo.

—Con un chongo lo va a hacer más rápido y mejor. Hay un par de viejos en el barrio que le tiran onda. El otro día hablaba con una vecina de hacerse las gomas.

—Callate, no me jodas. Lo diría la vecina.

—No, de verdad. Está bueno eso, que empiece a pensar un poco en ella, en su imagen.

—Sí, ya sé, pero me sería raro ver a mamá con otro tipo...

Pomelo entró a la pieza con un calzón agujereado y secándose la cabeza con la toalla.

—Bueno, vamos a ver si cortan la charla los hermanos y se ponen a estirar las piernas que se viene el pogo más grande del mundo.

Se repartieron cogollos y sedas. Pablo aportó flores de su planta.

—Necesito algo de guita, ¿me habilitan algo a cuenta de la coima de los milicos?

Entre todos le dieron algo de plata al Hueso y el Comandante lo anotó en el fondo de los gastos.

Saludaron a la familia antes de irse. Mora ya tenía una curita en la mano. Caminaron unas cuadras y la misa ricotera los tragó.

El sol caía detrás de las sierras de Olavarría. La entrada al predio estaba a más de dos kilómetros y las calles rebalsaban de gente como si fueran el campo del recital.

Una vieja vendía copones de birra desde el patio de su casa y le compraron dos. Fumaron uno entre todos, menos el Comandante, y el humo los puso hilarantes y eufóricos. Saltaban con los brazos en alto, se reían de cualquier cosa y cantaban canciones como si fueran himnos sagrados.

—Esto pega más que padrastro alcohólico —dijo Pomelo tentado.

—Tengo ganas de tirarme sobre el pogo onda Sid Vicius —imaginó el Hueso saltando en la calle—. No sé ustedes, yo siento que estamos en un terremoto. Parece que el suelo late o vibra y camino como un astronauta en la luna. Me encanta sentirme así de liviano.

—Uh, ya arrancó a hablar boludeces —acotó el Vasco y todos se rieron. Inclusive el Hueso.

El Comandante se le colgó a Pablo y lo abrazó.

—¡Qué bueno que viniste! Pensé que no ibas a llegar a tiempo.

—Me extraña, araña. Llego tarde pero siempre llego —aclaró Pablo.

—Sí, la vieja me dijo algo parecido.

—¿Qué te dijo?

—Que los clientes no saben cuándo abre ni cuando cierra la fábrica de pastas.

—Bueno, el lugar es mío y lo laburo como quiero.

—La fábrica no es solo tuya, es de toda la familia. Tiene nuestro apellido.

—¿Quién es toda la familia? Antes estaba el viejo, ahora soy yo el que la rema ahí todos los días. Yo le meto todas las horas que puedo. También necesito vivir, hacer otras cosas.

—Basta de hablar de laburo —interrumpió el Hueso—. Miren qué locura es todo esto.

—El lugar va a explotar mal —dijo Pomelo oteando todo desde su altura privilegiada.

Pasaron por la plaza Belgrano. Estaba repleta de ricoteros que bebían alrededor de carpas y parrillas, rodeados de parlantes y guitarristas que juntaban en un solo cuerpo la voz del Indio y las melodías de Skay.

El Vasco abrió su bolsita, metió la tarjeta de débito, inclinó la cabeza entre sus piernas y se dio un raquetazo. Guardó sus pertenencias y dio unos saltitos como un futbolista entrando en calor. —¡Vasco puto! —gritó un petizo prepotente y se acercó a saludar.

El Vasco lo reconoció enseguida, era el Chupa, un amigo de La Plata. Una especie de Chuk Norris con campera de jean, botas de gamuza y panza birrera. El Chupa los invitó a sumarse con su gente y fueron bien recibidos por los demás. El Vasco y

el Hueso ya conocían a varios de la banda del Chupa de la noche y de partidos de fútbol. También se les habían acoplado algunos grupos de chicas de otros lugares.

—Tengo una sorpresa para vos, Vasquito, te va a gustar, ahí vengo.

El Chupa fue hasta una conservadora y trajo un Chivas Regal. Lo abrió y le dio un trago largo.

—A ver quién es el más poronga acá —dijo y se lo pasó al Vasco, que agarró la botella y aceptó el desafío. Duró todavía más segundos que el Chupa. El whisky pasó por otras bocas y ninguno tomó tanto como el Vasco, que en la segunda ronda mejoró todavía su marca. Le levantaron un brazo como a un boxeador que acaba de noquear a su rival. El Chupa se le acercó con el puño como un simulacro de entrevista.

—¿A quién le dedicas este triunfo?

—Ehhh... al Indio —respondió y eructó.

—Muy bien, ¿crees que estaría orgulloso de vos?

—No, me diría que soy un estúpido. Quizás me cantaría la canción *Héroe del whisky*.

—Sí, temón. Alguien que la ponga o la toque, por favor. Traigan a aquel que está con la guitarrita.

La ronda se abrió, invitaron al instrumentista con la oferta de faso y bebidas gratis. Entre el grupo de oyentes había dos chicas abrazadas. Eran Pato y Nayla. Al Hueso lo recorrió un espasmo por todo el cuerpo. Las saludó con un cabeceo y levantó la birra. Pato le dio la espalda sin ocultar su desencanto y su borrachera. El guitarrista acomodó los dedos en los trastes y cumplió con el pedido de su público. Se sabía el punteo al detalle. Empezaron a hacer pogo, se armaron parejas de baile y otros lo paseaban en alzas al Vasco.

El Hueso se acercó a Nayla, le ofreció un trago de birra y le preguntó:

—¿Sabés qué le dijo el betún al zapato? —Nayla torció la cabeza y lo miró sin entender —. Vamos a brillar mi amor.

Ella se tentó y le salió un poco de cerveza por la nariz, que se limpió con la manga del buzo.

—Muy malo.

—Pero te hice reír.

—Prefiero otro tipo de humor.

—Entonces, pruebo con esa frase que dice «andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos».

—Esa está mejor, me gusta Cortázar. Te hago una pregunta, hay una respuesta correcta y otra incorrecta, que lo cambia todo.

¿Sos un cronopio o un fama?

—Soy un cronopio en búsqueda de su flor.

—Bien, aprobado. Podemos seguir hablando entonces. ¿Ese que llevan en andas es tu amigo?

—Sí, el Vasco. Creo que acaba de batir el récord de litros de whisky por segundo.

—Tiene una cara de limón.

—Esas ojeras no se hacen en una noche. Che, este nuevo encuentro ya es algo más que casualidad, ¿no te parece?

—La verdad que sí. Mucha casualidad o mucha mala leche.

Depende —dijo Nayla.

—¿Depende de qué?

—Si nos despedimos bien o termino denunciándote.

—Sería incapaz de hacerte algo malo.

—Nunca se sabe lo que uno es capaz de hacer por amor o por despecho.

En la plaza Belgrano todos eran parte de una gran tribu. Bailaban, cantaban y sacaban a relucir anécdotas ricoterías y hazañas de otros recitales. Armaron otro fernet y se lo pasaban de mano en mano. El Vasco pisó la botella de plástico de la Coca y se puso a hacer jueguitos. Hizo varios sin que se le caiga. La pateó un par de veces y corrió detrás de la botella gritando como un relator: —Arranca por la derecha el genio del fútbol mundial. Deja ingleses en el camino, siempre con la pelota pegada al pie, la lleva, sigue, se mete en el área, tatatataa —perfiló su cuerpo, pateó y la botella pasó por debajo de un banco de cemento —, goool, goool, Dieegooool —saltó y festejó con el brazo en alto. Después puso las rodillas en la tierra y se besó el buzo —. Gracias Dios por el fútbol, por Maradona, por estas lágrimas, por este Argentina 2 – Inglaterra 0 —dijo con voz sentida.

Todos le festejaron el relato. Se armó un coro espontáneo que repetía Dieegoooo, Dieegoooo.

—No sé cómo pueden bancar a ese gordo abusador —dijo una de las chicas —. Le pega a la novia y tiene un montón de hijos sin reconocer.

El Vasco interrumpió su acto y giró la cabeza en dirección a la voz. Se acercó a la denunciante y le respondió:

—Ese gordito nos sacó campeón del mundo y es la persona que más alegrías le dio al pueblo argentino.

—Habría sido bueno como deportista, como persona un desastre. Muy mal ejemplo.

—Él nunca quiso ser ejemplo de nada —aclaró el Vasco.

—Si sos alguien tan famoso, sos un modelo para millones de pibes. Y ese mundial lo ganamos porque estaba drogado —agregó la amiga.

El Vasco se rio exageradamente.

—¿Qué diario leíste, nena? No se drogó en ese mundial. Y si lo hacía, no sacaba ventaja, al contrario. Imaginate si hubiese dormido y comido bien toda su vida desde chico en la villa.

—Muchos salieron de las villas y no por eso hicieron lo mismo que él.

—No lo digo como excusa, digo que es una realidad, es parte de su historia personal.

—¿Por eso le justifican que maltrate a su pareja? Si fuera otro jugador, le harían un escrache, pero como es Maradona, nadie dice nada.

—¿Nadie dice nada? Vos estás diciendo algo ahora, acá. Tirando mierda en el medio de esta misa ricotera a nuestro máximo ídolo. El Diego es humano, y una persona con una adicción, pero nunca fue mala leche. Siempre tuvo los pies en el barro, y en todos lados nos conocen gracias a él. No hay un momento más perfecto para los argentinos que el partido del Diego contra los ingleses.

—Yo no le debo nada —dijo la chica.

—Él tampoco te debe nada a vos —retrucó el Vasco.

Pomelo se reía, tomaba fernet y acotaba:

—Y Pelé debutó con un pibe.

—Bueno, calmate loco, seguro sos igual de machirulo que él —dijo una de las chicas al Vasco.

—No me rompan las bolas y al Diego dejenlo tranquilo que ya bastante hizo por este país.

—¿Ves cómo te sale el violento? Mientras esos personajes nefastos sean tus ídolos, no podés deconstruir nada.

El Vasco y Pomelo se tentaron mientras se pasaban el fernet.

—¿A quién te comiste? Ojo con tanto panfleto, a ver si se les da vuelta la tortilla.

—Qué decís gil, rajá de acá y andá acostumbrándote a nosotras, porque el futuro es nuestro.

El Vasco la aplaudió y asintió con la cabeza.

—Toda moneda tiene sus dos caras. Te aviso algo: el feminismo nació de una mente masculina.

Las amigas se miraron y se rieron.

—No se puede hablar con gorilas. Por suerte cada vez hay menos como vos.

El Vasco se agachó y empezó a imitar los gestos de un mono y a golpearse el pecho. Pomelo se ríó y el Comandante le pidió que la corte. El grupo de chicas juntó sus cosas y se fue.

—¡Háganse culear! —les gritó el Vasco.

—Qué pajero que sos —le dijo el Comandante.

—Corrección: si fuera pajero, les diría que sí a todo. Como me chupan bien un huevo, les digo lo que se me canta. Y si me bardean al Diego, las recontra bardeo.

—Pero nosotros estamos acá con vos y nos haces quedar como el culo.

—¿Qué te calientan esas minas? si estás re casado.

—Qué importa, me gusta hablar con ellas, se dan otras charlas, se aprenden otras cosas.

—Sí, recetas de cocina y cómo limpiar un baño —dijo el Vasco y se tentó.

—Qué básico que sos. Te pegó mal el whisky —dijo el Comandante negando con la cabeza.

—No lo nombrés que me duele el hígado. Estoy jodiendo nomás, relajá. La mediocridad para algunos es normal, la locura es poder ver más allá —cantó el Vasco.

—¿Crees que vos ves más que nosotros?

—No sé, algunos árboles no nacen para ser bonsái. Y canto porque me dieron ganas de cantar. Porque soy un hombre blanco y con plata en una sociedad machista, racista y capitalista. El que tenga problemas con eso, que se siente a esperar.

—Me parece que tanta frula te está cagando las neuronas.

—No, según la chica me hace mejor deportista —se rio y se puso a hacer equilibrio entre los bancos como Jim Morrison sobre el cordón —. Hablaste de frula y me diste ganas de tirotearme con la Ricarda —sacó del jean la bolsita y una tarjeta del banco Provincia. Metió de forma oblicua la tarjeta, cargó lo que quedaba, aspiró varias veces y después tosió —. ¿Por qué será tan rica? ¿Ninguno tiene una punta por acá para peinar un poco más? — Los demás negaron — Qué manga de inservibles, no sé qué hago con ustedes. Tendría que tener mi propio ejército de gorilas — guardó la tarjeta, tiró la bolsita y volvió a saltar entre los bancos. —Baja de ahí Vasco, te vas a romper la cabeza —le advirtió el Comandante.

El Vasco volvió sobre el nivel del mar y pateó otra botella hacia

donde estaba el Chupa.

—Cada día está más boludo este —dijo el Comandante.

—No le des bola. Mañana se le pasa —respondió Pomelo —.

Che, ¿y si arrancamos para el recital? Tenemos una caminata larga todavía, las calles cada vez están más explotadas y ya casi es la hora.

Al rato, toda la gente empezó a despejar la plaza y se encaminaron en dirección al Predio de La Colmena. Los cuatro amigos se acoplaron a la banda del Chupa y el Hueso seguía de cerca los pasos de Nayla. Por momentos, cruzaban miradas y sonrisas, le sacaba tema y charlaban hasta que Pato le reclamaba atención.

Un cartel indicaba el ingreso al predio. El acceso a la Meca de los fieles ricotereros era un embudo humano. Aparecieron personas de la organización con chalecos naranjas.

—Con la entradita en la mano, por favor, y no se puede entrar con botellas —gritaban en loop.

Se liquidaron rápido el último copón de birra y encararon hacia los molinetes de la entrada. No había cacheo policial. Todos pasaron sin inconvenientes. Pero al Vasco lo frenaron.

—Sin entrada no te puedo dejar pasar.

—La compré, te lo juro. Pero no la encuentro.

—Mostrame el mail aunque sea de la compra.

—No tengo señal acá.

—No te puedo dejar pasar sin entrada. Andá para afuera que hay muchos esperando.

—Dale loco, no te ortivés.

—Sin peros. No hagas quilombo. Andá para atrás.

El Comandante escuchó la situación e intervino.

—Che maestro, la compró con nosotros la entrada, vinimos todos juntos desde lejos, dale.

—Sin ticket no pasa. Correte. Siguiente, por favor.

Los amigos miraron al Vasco desde el otro lado de los molinetes.

—Vayan, no se preocupen, ahora entro de alguna forma —les gritó el Vasco.

Los otros se alejaron del lugar y se pusieron a cranear un plan.

El Hueso avanzó unos metros, abstraído por el paisaje de la espalda de Nayla, sin notar que los demás no lo seguían.

El Vasco se metió entre la multitud y se quedó mirando los molinetes. Prendió un faso y encaró para el otro extremo. Dio unas pitadas y se mandó en otra cola.

—¿Entrada?

—Me la dejé en la guantera del auto hermano, me quiero matar. Recién me di cuenta. Mirá, ahí están mis amigos que compraron la entrada conmigo.

El Vasco saludó y los demás le respondieron desde adentro del predio.

—Tenés que ir a buscarla.

—No me digas, dejamos el auto por la ruta. Hasta que vaya y vuelva, me pierdo el recital. Te regalo el faso.

—Necesito la entrada sí o sí.

El Vasco insistió, pero no tuvo éxitos por ningún carril.

Los otros tres lo miraron resignados entre los cuerpos que

entraban al campo y los evitaban para no chocarlos. El Comandante tuvo una idea.

—Si conseguís entrar, andá para la primera torre de la izquierda —le gritó señalando una megaestructura de hierro con parlantes—. Si no entrás, bancá cerca del cartel de entrada al predio y nos encontramos ahí.

El Vasco levantó el pulgar de su mano izquierda y se fue para atrás en la fila, desapareciendo entre la masa de cuerpos.

El Comandante, Pablo y Pomelo avanzaron hacia el campo. No vieron al Hueso ni al Chupa. Las torres de iluminación con pantallas gigantes se alzaban como monstruos quiijotescos. El escenario era una montaña lejana. Los laterales del predio no se veían por la gente y por la inmensidad del lugar. Las personas entraban revoleando buzos y banderas, sacaban selfies, se abrazaban, se arrodillaban y besaban el pasto como quien llega a la tierra prometida. No había otra cosa por fuera de ese momento y ese lugar. Pablo propuso sacarse una foto con el escenario de fondo y le pidieron a una chica que les saque. Los tres posaron y sonrieron.

—Cuando tenga señal, te la mando. La vieja se muere cuando vea la foto. Te extraña una banda —le dijo Pablo.

—Se me complica ir, estoy a las corridas con las cursadas, los finales y las reuniones del partido.

—Sí, ya sé boludo, no hace falta que me expliques nada. Te digo nomás.

—¿La vieja te dijo que me dijeras?

—A ella le gustaría que viajes más.

—Mirá vos. Ustedes también podrían viajar a La Plata a visitarme, ¿o no?

—No es lo mismo. Nosotros tenemos que laburar los fines de semana, es cuando más vendemos. Y a la vieja le da cosa viajar sola en colectivo. Si estuviera papá le hincharía las bolas para que salga a la ruta con el auto.

—Pero papá ya no está, ya no es una opción...

—Ni me lo digas. Lo sé más que nadie. Me paso los días laburando en un negocio que no elegí.

—Los dos sabemos lo que es para mamá ese lugar. Es su vida, su segundo hogar.

—Mambos de ella. Que lo resuelva con su psicóloga y no me rompa las bolas.

—Che, ¿alguno lo ve al Hueso? —preguntó Pomelo.

Revolvieron las cabezas y ninguno lo ubicó.

El Hueso estaba en otro mundo, en un mundo redondo y de ricota. Al no ver a sus amigos, decidió quedarse cerca de Nayla, Pato y algunos amigos de su colectivo. Propusieron comprar unas birras antes de que empiece el show y fueron en grupo hacia el sector de bebidas. Compraron cervezas en la caja y pasaron hacia la barra donde casi una docena de personas con la remera del Indio destapaban botellas a las corridas y las servían en copones de plástico. El Hueso agarró el suyo, le dio un buen trago y se lo pasó a Nayla.

—Quiero que arranque ya el recital —dijo el Hueso.

—Es increíble toda esta movida. Debe ser difícil estar arriba del escenario y manejar toda esa energía, tanto poder, miles de ojos enfocados en tu cuerpo —analizó Nayla.

—El Indio tiene muchos recitales encima, ya está acostumbrado.

—Igual, debe ser algo zarpado. No hay forma de acostumbrarse a esto.

—Sería genial ser un músico de la banda. O un plomo, aunque sea, y ver todo este mar de gente desde el escenario.

—Un mar de fueguitos —acotó Nayla.

—¿Te gusta Galeano? Pensé que eras solo una cara bonita.

—Soy mucho más que eso...

—No lo dudo. Y me gustaría averiguarlo —retrucó el Hueso.

Nayla se hizo la boluda y buscó a Pato con la mirada. No la encontró.

—Esto es un despelote. Si ves a Pato, avisá.

— Soy alto, pero no tengo largavistas.

—Qué lástima pensé que los altos venían equipados con vista de halcón.

—A mí creo que me tocaron ojos de hornero.

Mientras tanto, afuera del recital, el Vasco fumaba y veía pasar a la gente por los molinetes. Cada vez eran más los que se acumulaban cerca suyo, sin entradas y con ganas de ingresar. Aplaudían y cantaban como una horda de barrabruvas dispuestos a todo por conseguir su objetivo.

Pomelo armó un faso, dio una pitada y se lo compartió a Pablo. Aceptó y fumó. Le ofrecieron al Comandante y no quiso. Un pibe les pidió una seca y le convidaron. Aspiró con ganas, como si tuviera miedo de no volver a fumar nunca más en su vida. Retuvo el humo, inclinó la cabeza y juntó las manos en agradecimiento y siguió su viaje en dirección al escenario. A Pomelo le dieron ganas de mear y no anduvo con vueltas. Sacó la pija y se puso a mear.

—Hijo de yuta, alejate un poco, aunque sea —dijo el Comandante.

Pomelo meaba y se reía, se le cortaba el chorro por la risa.

Algunos vecinos se dieron cuenta y se alejaron unos pasos. La mayoría ni se percató del olor a amoníaco ni del charco que se armó. De repente, todas las luces del predio La Colmena se apagaron. El público explotó en una ovación.

El Hueso supo que tenía que apurarse y avanzó con menos diplomacia. Nayla iba unos metros detrás de él. La adrenalina corría por la sangre. Palpitaciones, gritos, sudor, rondas humanas espontáneas como remolinos en el mar de gente calentando las piernas y las gargantas para el pogo más grande del mundo.

En todos los parlantes empezó a sonar un ritual indígena con gritos de mujeres, acompañadas por golpes rítmicos de tambores. El latido se repetía una y otra vez con fuerza. El cuero tenso vibraba y se sentía el rebote en el pecho de las personas. El predio parecía una vía láctea con tantos celulares prendidos, grabando con sus cámaras el inicio de la fiesta. El Hueso vio que la cerveza temblaba en su vaso. El coro de voces chamánicas se detuvo y se escuchó la voz del Indio por primera vez:

—Damas y caballeros, Los Fundamentalistas del Aire Acondicionado.

Los reflectores del escenario estallaron en luces y la banda arrancó con *Barbazul versus el amor letal*. Exaltación generalizada. Cientos de miles de personas gritaban y saltaban como un único cuerpo. Un terremoto humano, un sismo de corazones sincronizados al tempo de un clásico de Los Redondos. No había más preocupaciones ni nada más importante que ese ahí y ahora. La hostia hecha letra y el vino hecho música. El Indio se presentó con una gorra negra, campera, un overol de jean y sus infaltables anteojos negros. En las pantallas se lo veía pasear por

el escenario con una mano en el micrófono y la otra en el bolsillo.

Toda la gente que estaba afuera del predio, se abalanzó sobre los molinetes. Los de pechera naranja se corrieron para no morir aplastados. El Vasco avanzó con la ola ricotera hacia el campo y, después de muchos empujones, adelantó varias torres de sonido.

El Hueso miraba el escenario cuando un tsunami de gente lo impactó. Se le cayó la cerveza y la estampida lo arrastró hacia adelante. Vio a Nayla que pedía ayuda con una zapatilla en la mano. Los que estaban alrededor se hicieron para atrás y abrieron los brazos. Se hizo un escudo humano que bancó el agite de los pogos que explotaban por todos lados. El Hueso sostuvo a Nayla mientras se enganchaba la Topper al talón. Nayla le gritó gracias. Todos volvieron a su lugar, de nuevo el agite fuerte. El Hueso estaba casi dos columnas de sonido más adelante que sus amigos. Pero no se sentía solo. Estaba con Nayla y con todos los ricoteros de su alrededor. Gritando las mismas letras y compartiendo la misma pasión. Como cuando se va a la cancha y cualquier desconocido se vuelve un amigo, o un hermano, en un abrazo de gol.

El segundo tema fue *Porco Rex* y en las pantallas ya se veía al Indio sin la gorra.

—Disfruta los placeres que te quedan sin dañar —cantó el Indio y toda la indiada respondió con tres: ¡Dale! en los que el Hueso y Nayla compartieron miradas y brazos en alto.

Después siguieron con *Arca Monster* y *Chau Mobicano*. El Hueso y Nayla hacían las mímicas de las letras y se desafiaban a ver quién sabía más canciones mientras las correntadas de la

marea humana los mecía, acercándolos o alejándolos.

—Bueno, el fresquete que hay acá no creo que me haga bien a la gola, así que denme una mano para cantar —dijo el Indio antes de que arranquen los acordes de *Ropa sucia*.

Cada vez que sonaba un tema de Los Redondos había una conmoción mayor en el público. Nayla le preguntó al Hueso si podía subirla a sus hombros. El Hueso se puso en cuclillas detrás de ella, metió la cabeza entre sus piernas y se levantó despacio. Nayla enganchó sus pies debajo de los omoplatos del Hueso y el paisaje del predio de La Colmena se magnificó desde su nuevo punto de vista. Miraba hacia los cuatro puntos cardinales fascinada mientras revoleaba el buzo y cantaba a los gritos vivir solo cuesta vida. Terminó la canción y el Indio hizo un pedido:

—Prendé la luz, por favor. ¿Qué es lo que pasa ahí? ¿Hay alguien desmayado? A ver, la gente de seguridad si puede acercarse. Levántenlos, por favor. Defensa Civil: ¿dónde está?

Las luces del escenario iluminaron el predio y la voz del micrófono se perdió entre los coros del público que repetía olé, olé, olé, Indioooo, Indioooo.

—Hay mucha gente, hay que tener mucho cuidado. Habíamos quedado en que íbamos a cuidarnos entre todos —dijo el líder de los Fundamentalistas y la gente lo ovacionó.

La música se detuvo por unos minutos y el Hueso bajó de sus hombros a Nayla. La gente chiflaba. Los tipos con pecheras amarillas sacaban a varios reventados contra las vallas de contención. Nayla no llegaba a ver y el Hueso le narraba lo que veía. —Si se siguen empujando así no vamos a poder terminar el show —dijo el Indio—. Los que están borrachos que se vayan

para atrás, déjense de joder. Se van a lastimar, no tienen que estar acá adelante, tienen que estar en un lugar donde puedan respirar.

El murmullo de disgusto mutó a gritos de guerra e insultos. —¿Qué mierda pasa allá adelante? —le preguntó el Comandante a Pomelo.

—Están probando la teoría de Darwin —respondió Pomelo y se rio.

El Vasco se acercaba cada vez más al escenario, chocaba a las personas y seguía a otros que querían ir lo más adelante posible.

—Menos sermón y más rock la concha de tu madre —gritó el Vasco.

—Para, flaco. ¿No ves que hay un bardo terrible allá adelante? —le dijo alguien a su lado.

—Que se jodan por meterse ahí.

En el escenario aparecieron otros viejos con más pelo que el Indio y le cedió el micrófono a uno de ellos. Repitió un pedido similar al del cantante. El otro viejo gritaba y gesticulaba como si fuera Gasalla en medio de su escena de empleada pública. Los abucheos de cientos de miles de personas fueron automáticos.

—Qué cagada, están cortando toda la onda —dijo el Hueso.

—Está chiflado el viejo: quiere el pogo más grande del mundo, pero frena el recital si se empujan.

—Empezá, porque si no empezás va a ser peor —le dijo el viejo al Indio casi al oído y el micrófono reprodujo el mensaje por todos los parlantes. La gente aplaudió la propuesta. El líder de la banda se fue del escenario.

Pasaron minutos de misterio y silencio. Hasta que volvió el cantante y habló:

—Bueno, vamos a seguir. Por favor, cuidense y cuiden al de al lado.

Las pantallas volvieron a prenderse, los de la banda se miraron y pusieron las manos sobre sus instrumentos. El fuego volvió a prenderse con los vientos de *Héroe del whisky*. Terminó la canción con el rock atravesando las gargantas del público. Llegó el turno de corear la letra de *Etiqueta negra* y el Hueso se la cantó a Nayla:

—Su corazón no era un hotel, aunque corría ese rumor...

Siguieron con *Babas del Diablo*. Casi sin pausa, largaron con ese órgano de misa diabólica que da inicio *A los pájaros que cantan sobre las selvas de internet*. Con el arranque de los acordes de *Había una vez* hubo cierta explosión del público, un reconocimiento masivo a un tema de Los Fundamentalistas que alcanzaba una vibra cercana a una canción de Los Redondos. Las banderas flameaban en la noche de Olavarría. El frío no entraba a La Colmena. No podía alcanzar a tanta humanidad conectada con el mismo ritmo:

—...hay tantas partes tan lindas sin tu traición y el mundo sigue girando aún sin tu amor... con los puños en alto, deseando al final hacer la revolución con una canción de amor.

El Hueso sacó un faso del jean. Lo prendió, aspiró y se lo ofreció a Nayla que aceptó gustosa la oferta. Aspiró varias veces, se rio, apoyó una mano en el hombro del Hueso y bailaron cara a cara, ciegos por los flashes de los celulares, como dos náufra-gos en ese mar de gente.

Con los rasguídos de la viola de *A la luz de la Luna*, el Indio hizo su gesto típico de jinete y cantó:

—Juega intacta, es un diamante, vuelve a casa arrastrando sus

tesoros. Ella sabe mostrarme el mundo y eso no la hace una creída...

El recital continuó con *Pedía siempre temas en la radio*. Después sonó *Las increíbles andanzas del Capitán Buscapina*, y el público se encendió con la chispa del primer acorde. Siguieron con *Esa estrella era mi lujo* y el Hueso se la cantó a Nayla cerca de la cara:

—...mordí el anzuelo, una vez más (siempre un iluso) ... ella fue por esa vez mi héroe vivo, bah, fue mi único héroe en este lío... la más linda del amor que un tonto ha visto soñar metió, metió mi rock and roll bajo este pulso.

En el lapsus entre una canción y otra, el Indio hizo una confesión:

—Quizás sea apresurado decir, pero ya no me quedan más ganas de esto, macho. Porque no puede ser, así no se puede — hubo un silencio abismal y después la lluvia de silbidos —. No vengán a joder con banderazos, ni nada de eso. Si no se puede, no se puede.

Las cejas del Hueso se arrugaron y miró a su compañera de recital.

—¿Qué le pasa a este? ¿Por qué está tan ortiva?

Muchos metros detrás, sus amigos se hacían la misma pregunta.

—Este viejo ya está gaga —opinó Pablo.

—No sé qué onda, está re bajonero —acotó su hermano.

Las luces se apagaron unos momentos. De nuevo incertidumbre. Unos minutos más tarde, la banda arrancó a pleno con *Todo preso es político*. El Vasco había avanzado y ahora estaba entre el escenario y la primera torre de sonido. Los sonidos de

los golpes de la batería le hacían temblar el pecho. Terminó la canción y mientras los guitarristas cambiaban sus armas, el Indio habló:

—Hace cuarenta años Las Abuelas están buscando a sus nietos desaparecidos. Si alguno de ustedes tiene dudas sobre su identidad, acérquense a Las Abuelas que ellas les van a tratar de averiguar su pasado. Es bueno saber la vida que uno tuvo, los padres que uno tuvo, la verdadera sanguinidad... por otro lado, pensemos bien lo que está pasando con los menores. Están buscando bajar la punibilidad a catorce años. Lo que están haciendo es una locura. Les pido a los diputados y a los senadores que piensen antes de hacer esas cosas. Los muchachos no nacen malos. El Estado no puede ser penal antes que social. Tiene que socializar primero y luego pensar penalmente.

Los aplausos se mezclaron con el riff de *Flight 956* y el Indio empezó a girar sobre el escenario saltando y con los brazos en alto.

—Parece que en el final no me saldré con la mía, mi amor... tu belleza es como un resplandor... —el Hueso agarró la mano de Nayla y la invitó a bailar. Ella giró en su lugar siguiendo el ritmo —. Siempre hay quilombito en un cielo de dos y nunca hay terreno sagrado, amor y es difícil no ser injusto con vos... — Nayla dio la vuelta y se encontró con la cara del Hueso en primer plano. Se quedaron así, mirándose el brillo de la sangre en los ojos, los dedos en un cinco contra cinco bien apretado —. Dios no está en los detalles de hoy... llorarás con un ojo y con el otro te reirás —el Hueso le tiró la boca y Nayla se corrió para atrás, se rio y sacudió su índice. El Hueso se mordió el labio inferior y se tragó los besos que se le amontonaron en la lengua.

Después de los aplausos, siguieron con *Todos a los botes, Te estás quedando sin balas de plata* y continuaron con *To beef or not to beef* y, apenas sonó la canción, demostró que era un himno Fundamentalista a pesar de la ambigüedad de la letra.

Con el *Charro chino* el rock se transformó en algo más disco y el pogo se volvió un baile de miles personas: ¡Para estar en Dios hay que bailar de amor!

De la onda bolichera pasaron a un rock más dark con *Una rata muerta entre los geranios*. Después sonó el riff de la viola de *Nuestro amo juega al esclavo* y la batería retumbó como disparos. Los dioses paganos y ricotereros celebraron en el altar de La Colmena:

—Mucha tropa riendo en las calles con sus muecas rotas cromadas y por las carreteras valladas escuchás caer tus lágrimas... violencia es mentir.

El Indio dedicó unas palabras de agradecimiento a toda la indiada y, acto seguido, arrancaron los últimos acordes del show, los que presagian el final del concierto. El panal ricotero empezó a agrietarse y las personas corrían y zumbaban de un lado para otro, preparándose para la miel más dulce, haciendo cráteres como si una piedra hubiese caído en esa marea y la onda expansiva los distanciara. Ni más ni menos que el prólogo al pogo más grande del mundo. Para muchos la mejor canción de Los Redondos. Para muchos otros el principio del fin de una odisea. Banderas flameando, puños en alto, corazones bombeando todas sus sangres. Entre los amigos se miraron. Sabían lo que pasaba y lo que tenían que hacer. El Hueso y Nayla también cruzaron miradas. Se agarraron de las manos mientras caminaban hacia atrás, ampliando el círculo humano.

El rumor de una fiera escondida crecía y crecía, los músculos de las piernas se inflamaban, listos para correr y saltar. Las bengalas se mezclaban con el humo de las últimas tucas del recital. Las guitarras y los platillos comenzaban su juego de persecución. —En este film velado en blanca noche. El hijo tenaz de tu enemigo. El muy verdugo cena distinguido. Una noche de cristal que se hace añicos... No lo soñeee, se enderezó y brindó a tu suerte. No lo soñeee y se ofreció mejor que nunca. No mires, por favor, y no prendas la luz. La imagen te desfiguroó... esos chicos son como bombas pequeñas. El peor camino a la cueva del perico para tipos que no duermen por la noche. No lo soñeee, ibas corriendo a la deriva. No lo soñeee, los ojos ciegos bien abiertos. No mires, por favor, y no prendas la luz, la imagen te desfiguroó.

El Vasco chocó contra varios cuerpos, perdió el equilibrio y cayó al piso. Muchos lo pisaron, hasta que alguien lo vio caído. Lo levantaron y lo pasaron por encima de las cabezas, desmayado, con un corte en la cabeza, en dirección a las vallas. Dos tipos de seguridad lo agarraron como si fuera un nene dormido y lo sacaron del público. Lo llevaron hasta la carpa blanca al costado del escenario, donde un paramédico lo recibió con guantes y le limpió la sangre.

Antes del final de la canción hubo un cambio de acordes y, a modo de bonus track, la banda se despachó con otro himno ricotero:

—¿Por qué, si es su rock'n roll? Yo no sé si a tu perro le gusta ladrar a lo bobo, mi perro ¡No! no quiere ¡No! con el hocico afiebrado ¡No! recuperando palitos, corriendo a lo bobo. ¿Por qué, si es su rock'n rooooooll?

La canción terminó y le bajó el telón al recital. La banda se juntó en el medio del escenario, fusionada en un gran abrazo y se inclinaron ante su público. Las luces del predio enfocaron a la gente. Los Fundamentalistas saludaron por última vez y desaparecieron detrás de la escenografía.

El show había terminado. Los corazones y las gargantas se decían hasta la próxima. Tic tac efímero. La marea humana se diluía debajo del gran arco que, unas horas atrás, había sido la entrada al paraíso.

El Vasco no reaccionaba y decidieron llevarlo en ambulancia al hospital.

El Hueso y Nayla se abrazaron como dos parientes en un velorio, conscientes del éxtasis de la cima y de que bajar es lo peor.

—Qué zarpado estuvo —dijo él.

—Más o menos, muy cortado. Sonó bien, pero el viejo estuvo re mala onda —opinó ella jugando con la lengua y el aro del labio inferior. El Hueso se colgó mirando ese gesto y después preguntó.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Quiero encontrarme con Pato y charlar del recital con ella. Pusimos como punto de encuentro la primera torre a la derecha de la entrada.

—Ah, muy bien organizadas. Yo no coordiné nada con mis amigos por que los perdí en la entrada. Va a estar difícil encontrarlos...

—Uh, ¿y ahora qué vas a hacer?

—No sé, cuando el celular recupere señal los llamo. Si querés, te acompaño hasta la torre. Por ahí con Pato, están mis amigos o, al menos, alguno de la banda del Chupa.

Nayla asintió y caminaron despacio hacia la torre.

Al llegar ahí, no encontraron a Pato ni a ninguna cara conocida. Esperaron un rato y nada.

—No ves a Pato, ¿no?

El Hueso giró la cabeza para todos lados como si fuera un periscopio.

—No hay Patos en la costa.

Esperaron unos minutos más, reiniciaron los celulares, pero seguían sin señal. Nayla estaba preocupada por Pato y le pidió al Hueso si podía acompañarla hasta el parque donde habían acampado. El Hueso aceptó.

—Gracias, sos buena onda. Y gracias por la ayuda con lo de la zapatilla.

—Nada que agradecer, un gusto haber compartido el recital con vos. Tengo más hambre que el Chavo, así que cuando salgamos te invito a comer algo.

Ella aceptó y avanzaron entre los miles de cuerpos que buscaban la salida de ese laberinto.

Pomelo, el Comandante y Pablo esperaron en vano por la aparición del Vasco en la primera torre de la izquierda. Cuando se cansaron, decidieron salir y buscarlo debajo del cartel de entrada al predio. Apenas pisaron la calle, el bloque de cuerpos amalgamados se empezó a desprender como partes de un todo fragmentándose. Los primeros puestos de comida estaban vacíos. Algunos vendedores con conservadoras gritaban sus ofertas. Compraron tres latas de cervezas y siguieron caminando.

—Estuve en muchos recitales, partidos de fútbol y marchas, pero nunca vi algo así. Era una locura lo que se sentía. Para mí había cerca de cuatrocientas mil personas —dijo el Comandante.

—Eh tanto no, flashero, doscientas mil capaz —dijo Pomelo.

—Yo tampoco nunca vi tanta gente junta —agregó Pablo —.
Vi a Soda Stereo en la 9 de Julio y esa noche hubo casi trescientas mil personas. Hoy me pareció que había más gente.
—¿Habrá sido el pogo más grande del mundo? —preguntó el Comandante.
—No sé, los Rolling metieron como un millón de personas en Rio —respondió su hermano.
—Bueno, al menos debe ser el pogo más grande del rock nacional.

Los negocios estaban dados vueltas como si hubiese pasado un tornado. Finalmente, encontraron un puesto donde vendían choris y hamburguesas. Compraron y se sentaron a comer en el cordón bajo el cartel del predio. Comieron casi sin hablar, mirando la gente que pasaba, mientras esperaban la aparición del Vasco.

La ambulancia llegó al Hospital de Olavarría. Bajaron al Vasco y lo pasearon en camilla hasta un consultorio de la guardia. Una enfermera con ojeras le ató un guante por arriba del codo y le buscó vena para ponerle un suero. Otra enfermera le revisó los bolsillos y encontró un encendedor y un atado de Marlboro con cigarros y una tuca. Después le controló la temperatura, la saturación de oxígeno y la presión arterial. A los minutos, entró un médico panzón con los pelos revueltos y los dientes color café. Se puso guantes y se acercó a constatar que tenía pulso y las pupilas reactivas. Evaluó el corte en la cabeza, limpió la herida con agua oxigenada y se quejó por tener que suturarlo. Le abrió la boca con un bajalenguas y miró con una linterna. El Vasco hizo una arcada y vomitó.
—La concha de la lora, borrachos de mierda —dijo el doctor y

revoleó el bajalenguas. Pidió una sonda nasogástrica para hacerle un lavado gástrico y le dijo a una enfermera que llame al de guardia de imágenes para hacerle una tomografía de cerebro —. No se puede trabajar así. Tendrían que haber puesto más refuerzos de personal sabiendo la locura que iba a ser hoy.

El médico metió la sonda por la nariz. El Vasco tuvo más arcadas y se levantó de golpe. Una enfermera puso la palangana justo a tiempo. Una mezcla de bilis con alcohol, sangre y carne en descomposición quedó flotando.

—Ey, ¿qué hacen? Sáquenme esto —dijo el Vasco y manoteó el brazo del médico.

—Tranquilízate pibe, quedate quieto porque si no es peor para vos. Te estamos ayudando.

—No, no, sacalo, sacalo.

Quiso arrancarse el suero, pero una enfermera se le tiró encima y lo frenó a tiempo. Otra enfermera llamó al de seguridad que se sumó y le agarró las rodillas y las piernas.

—Sueltenmé, hijos de puta. Matasanos de mierda.

Soltame, forro.

El médico pidió que le pasen medicación para los vómitos y ansiolíticos. Una de las enfermeras soltó al Vasco y corrió a buscar las ampollas. Las rompió con apuro, aspiró con una aguja y pasó el contenido por la vía. De a poco, el Vasco dejó de sacudirse y de gritar. Sus músculos perdieron tensión y quedó tan desmayado como cuando entró.

—Sigan con los lavados que yo lo suture. Llamen al de Imágenes para que venga a hacerle la tomografía. A ver si este rollinga tiene algo en la cabeza y nos comemos un garrón bárbaro.

Nayla y el Hueso compraron unos panes rellenos, dos latas de cerveza y caminaron entre fogones y carpas. Todos seguían eufóricos por el recital. Sonaban algunas cumbias y cuartetos. Algunos guitarristas tocaban cerca de los fuegos. El humo de los cigarros se confundía con el de los leños y las botellas pasaban de mano en mano. El arroyo Tapalqué bajaba tranquilo por su cauce a unos metros de la civilización. Caminaban en paralelo al arroyo hacia el Parque Bicentenario, donde Nayla y Pato habían acampado con sus amigos.

—Al final nunca me dijiste cuál es tu canción favorita.

—En el momento no, pero cuando te crucé esta tarde te la dije: *El blues de la libertad*.

—No me acordaba. Temazo. ¿Por qué ese?

—Porque me dijiste que elija una sola, aunque sabemos que eso es imposible. Y porque esa canción me parece fabulosa, tiene un teclado que suena bárbaro, los vientos, la letra es genial.

El tema arranca como un blues medio bajón y sube, se libera como un loco que se saca la camisa de fuerza. Algo va a pasar con la canción, pero no sabes bien qué ni cuándo. Llega a una

zona de máxima tensión y vuelve a bajar. Juega con las emociones del oyente. No es una oda a la libertad, es más bien una crítica. Te avisa que la libertad es un arma de doble filo. Dice que es fanática, que por ella hay mucho hermano muerto o amigo enloquecido. «Ese grito que no es todo el grito»: me parece una frase ambigua y hermosa, me suena a que el grito total no existe y que la libertad absoluta es un grito inalcanzable. Es una canción muy laburada, muy compleja.

—¿Te gusta lo complejo entonces?

—No. A veces, algo sencillo es mejor y más profundo. La clave está en que te conmueva.

—¿Qué te imaginas cuando la escuchas?

—Como una escena en un bar viejo o un cabaret descuidado. Luces tenues, un escenario de madera en un rincón, hay una barra, un tipo sirve bebidas, pocos clientes, ahogando penas y sueños. Una banda toca en ese escenario chiquito y oscuro. Son tipos rudos, desalineados. Y cuando despega la canción, arranca la onda de cabaret y se meten unas minas con plumas, tacos y portaligas negros, sacudiendo las cinturas y las piernas —el Hueso gesticulaba con todo el cuerpo—. Una se destaca por sobre el resto, es un cisne negro, hace bailes sensuales sobre los músicos, les pasa las plumas y una cola de zorro por los cuerpos y las caras.

—Guau, cuántas cosas se te ocurrieron con una canción.

—¿Viste? Es increíble, llevamos la música en la sangre. Hace poco vi un video en Youtube de unas células del oído, que se mueven al ritmo del sonido. Si querés te paso mi celular y te mando el link.

—Buena jugada, pero no va a pasar —dijo Nayla y negó con el índice en alto.

—¿No me vas a dar tu número?

—No, ni te voy a invitar a Avellaneda a dártela de enamorado.

El Hueso se rio, aunque le dolió el revés.

—No te preocupes, no voy a seguirte a ningún lado. Yo vivo en La Plata.

—¿Y qué hacés en La Plata?

—Estudio arquitectura.

—Te notaba un olor familiar. Mi viejo es maestro mayor de obra.

El Hueso abrió los ojos y confesó:

—El maestro mayor de obra es el cuco de los arquitectos. Sabe, opina y ejecuta los planos que uno diseña. Manejan la cuadrilla de albañiles y puede ponerte a los dueños de la casa en tu contra.

—No debería intimidarte. Tendrías que verlo como un socio, o como un colega.

—Eso trato, pero no siempre es tan ideal la relación. Muchas veces es algo más tensa.

—Qué lástima. Mi viejo es amigo de muchos arquitectos. Aunque suele decir que ni dios ni los arquitectos hicieron el mundo, sino que lo hicieron los albañiles.

—Buena frase —dijo el Hueso aplaudiendo—. Ya me cae bien el suegro.

Nayla se tentó.

—Ni en tus sueños, pibe.

—En mis sueños puedo soñar lo que quiera. ¿Y vos qué hacés de tu vida?

—Soy terapeuta ocupacional.

—Mirá vos. No tenías pinta de alguien que se preocupa por la salud de los demás.

—Me cago en tu prejuicio. Me gusta lo que hago y lo hago bien. ¿Vos ya estás recibido?

—Todavía no, me faltan unas materias.

—Tenías pinta de estudiante crónico —dijo ella y él se rio.

—En unos meses me recibo. Igual, ya participo de obras particulares y de viviendas sociales que es una gestión entre la muni y una cooperativa. Y de noche trabajo en una pizzería. Bah, en realidad, trabajaba: mi jefe no me quiso dar el finde para venir al recital y acá me ves.

—Uh, qué bajón. Ojalá tu jefe recapacite.

—No creo. Pero ya fue, no me importa. Solo necesito avanzar con unas obras, así llego a pagar el alquiler del departamento.

Subieron al cordón del Parque Bicentenario, se acercaron a la zona del acampe y Nayla vio a lo lejos a Pato y a sus amigas. Corrió hasta donde estaban ellas, las abrazó y se pusieron a saltar de la emoción. Pato bailaba y se balanceaba por la borrachera y la besó a Nayla varias veces en la boca.

El Hueso se acercó al grupo caminando despacio, sin saber bien qué hacer ni qué decir. Les mandó mensajes a los amigos avisando que estaba con la piba y les pidió que le manden la ubicación de la casa.

Nayla les contó a todos su experiencia del recital y remarcó la ayuda del Hueso. Pato lo miró y le compartió la botella de cerveza. El Hueso agradeció y le dio un trago largo.

—¿Hace mucho que salen? —le preguntó a Nayla.

—Hace más de un año. Pero no convivimos. Nos gusta la idea de que nadie es de nadie.

—¿Y tu viejo qué dice? El ambiente de la construcción suele ser bastante retrógrado.

—Al principio no le gustó nada. Al tiempo le cayó la ficha de que esa era mi elección y todo bien. Pero varias amigas y familiares dejaron de hablarme.

—No se le puede caer bien a todo el mundo. Charly dice que cada cual tiene un trip en el bocho, difícil que lleguemos a ponernos de acuerdo.

—Sabías palabras. Se nota que te gusta mucho la música.

—Sí, me encanta. El rock nacional es mi escuela.

—¿Tocas algún instrumento?

—Intento tocar la guitarra.

—¿Haces canciones o covers?

—Un poco de las dos. Prefiero crear música antes que descifrar lo que hizo otro. Al sacar una canción pierde la magia, es como cuando un mago devela sus trucos.

—Entonces tocá alguna de tus canciones.

—La gente quiere escuchar algo conocido. Además, me da vergüenza tocar algo mío delante de los demás.

—Porque estás pendiente del qué dirán. Hay otra vida después de animarse. Que el afuera se entere de tu adentro. Sino para qué hacen su arte los artistas.

—Puede ser, tiene algo de catarsis. Pero no me sale la típica música popular. Es una onda más espiritual. Siento que hacer una canción es como hacer una casa: los planos y las paredes son los acordes, el interior es la melodía. Lo que se genera en ese espacio es la atmósfera que se escucha.

—¿Tocas en alguna banda?

—No, me faltan muchas horas de práctica todavía.

—La mejor forma de aprender es con una banda, escuchando a los otros. Consigo una guitarra y te tocás algo, ¿dale?

—No, paso. Estoy muy loco ahora, no siento ni los dedos. Y no paro de temblar al lado tuyo.

—Ay, que cursi. ¿O te doy frío?

—No. Es una electricidad rara, linda.

—Hagamos un juego: traigo la guitarra y te inventás una canción. Si me gusta, te doy un premio.

—¿Qué? Estás flashando. ¿Qué premio?

—No puedo decirle señor. Hay un premio sorpresa para el que componga mi primera canción.

—¿Nadie te escribió nunca nada a vos? No te creo.

—Te lo juro —dijo Nayla y puso el índice en vertical y en horizontal sobre la boca varias veces.

—Qué desperdicio de musa.

—Si tu vida dependiera de que me hagas una canción: ¿qué acordes pondrías? ¿Qué género sería?

El Hueso colgó la mirada en las copas de los árboles.

—Capaz un bolero o una balada. Si fuera con ánimos de levantarte, sería con acordes mayores, son más alegres. Si fuera más nostálgica, usaría acordes menores. Si pienso en si me vas a dejar tocarte una teta o no, pondría acordes con séptimas para generar más tensión.

—¿Viste? Ya casi la tenés lista. Te traigo la guitarra, me voy al baño, hablo unas cosas con Pato y vuelvo a ver que te salió.

—No puedo escribir una canción en un mes, ¿y querés que haga una en un rato?

Nayla le pidió la guitarra a un amigo del colectivo y se la alcanzó al Hueso.

—Tomá tu compañera, cuidala. Te tengo fe. Y no te olvides del premio sorpresa.

El Hueso quedó como la estatua de un payador. Se alejó de la música fuerte, se sentó sobre un banco de cemento y abrió una aplicación para afinar la guitarra. Sentía calor a pesar del frío de la madrugada. Se puso a practicar acordes y a pensar frases.

Pomelo, el Comandante y Pablo terminaron sus sanguches y revisaron los celulares. No tenían ningún mensaje de sus amigos. Los llamaron, pero las líneas estaban muertas. Esperaron hasta que dejó de salir gente del campo del predio.

—Estos se fueron con la banda del Chupa para otro lado — pensó en voz alta Pomelo.

—¿Estarán en la misma plaza donde estuvimos antes? —preguntó el Comandante.

—No sé, podemos arrancar para ahí y vemos.

Caminaron hasta la plaza Belgrano. Había mucha menos gente que antes del recital. Recorrieron la plaza y no encontraron a sus amigos ni al Chupa.

—Volvamos a mi casa y vemos si con el wifi podemos comunicarnos con estos pajeros —propuso Pomelo. A los hermanos ya le pesaban las piernas por el cansancio y aceptaron la propuesta.

Cruzaron por un puente sobre el arroyo Tapalqué. Peces de plástico flotaban en la corriente. Había carpas en los márgenes del arroyo. Les volvió la señal y entraron mensajes en los celulares. El Hueso avisaba que estaba con la piba, uno de Josefina bardean-

do a Pomelo porque su novio estaba con el tabique fracturado y lo iban a denunciar, Belén le escribió al Comandante, mensajes de amigos y la mamá de los hermanos preguntaba cómo estaban. —Dicen que hubo un par de muertos en el recital —contó el Comandante.

—Capaz que alguno de los rotos de adelante la quedó —dijo Pomelo.

—Uh, alto bardo se le viene al Indio. Si se murió uno, no toca más —opinó el Comandante.

Pomelo le respondió a su ex con un audio:

—¿A quién va a denunciar ese cara de verga? Escuchame una cosa, decile que si le duele algo es porque es un bocón. La próxima vez que hable menos y no se desubique, si no quiere que le cierren la boca de una trompada. Y que no se haga el legalista, porque si alguien tiene que denunciar a alguien ese sería yo a él por tener a mi viejo laburando en negro tantos años.

El celular del Comandante volvió a sonar: esta vez era un audio del papá de Belén. Se había enterado de los problemas con el auto y le dijo de todo. Estuvo a punto de revolear el celular al arroyo.

—¡La concha de la lora! Qué viejo hijo de yuta —gritó y los otros dos lo miraron de costado. Le preguntaron qué pasaba y contó lo de los mensajes.

—Qué boluda, ¿para qué mierda abrió la boca? —dijo Pomelo.

—Nunca más aparezco por la casa de ese viejo facho. ¿Para qué vine en ese auto? Todavía no volví y ya tengo quilombos.

—Si necesitás guita para los arreglos, te transfiero. Me la devolvés cuando puedas —le dijo su hermano—. Y ya le respondí a la vieja, esta re pesada.

—No es tan pesada. Dejé de tirarle palos todo el tiempo.

—¿Quién sos? ¿Su abogado? Vos porque no te la fumás a diario.

—No la defiendo, pero al vivir en otra ciudad veo las cosas con cierta distancia.

—Desde lejos no se ve, dicen Los Piojos.

—¿Qué querés que haga? Hasta que me reciba, sigo en La Plata. Después no tengo nada asegurado. En cambio, vos tenés guita todos los meses con la fábrica de pastas.

—Si te parece tan bueno, andá a ensuciarte vos con harina. Te olvidás que yo también estudiaba en La Plata y me volví cuando se complicaron las cosas.

—Podés volver a estudiar. Si no te hace feliz, vendé todo.

—Si yo quisiera vender, mamá se opondría.

—Tampoco da laburar a medias o delirarse la guita del negocio.

—Quedate tranquilo que la fábrica no se va a fundir. Seré un cachivache, pero no soy boludo.

—Me alegro. A veces está bueno agradecer todo lo que nos dejó el viejo.

—No te hagas el moralista ahora porque nunca te importó ni la fábrica ni papá. El viejo tenía metástasis por todos lados y vos seguías con la militancia y dando exámenes como si nada.

—¿Como si nada? ¿Sabés lo difícil que era estudiar con esa angustia? No aflojaba porque papá me decía que estaba bien, que no fuera.

—El viejo se babeaba por su hijo arquitecto. A todo el mundo le decía que iba a ampliar la fábrica con unos planos tuyos. Pero también quería verte y despedirse de vos.

—Yo también me quedé con la espina de no poder despedirme de él. Cosas de la vida.

—Papá no tuvo un accidente. Estuvo internado varios días en la clínica. Te dijimos que estaba muy grave y no apareciste. Ni para despedirte ni para darnos una mano con todo el quilombo de trámites. Te fuiste a una marcha de la memoria.

—Es una marcha muy importante para todo el país.

—¿Más importante que la muerte de tu viejo? Vos te preocupas por guerras pasadas y te olvidas que en tu familia también hay batallas. El último día, el viejo no dejaba de preguntar por vos. Le dijimos que tenías un final y por eso no podías ir. ¿Sabes cuáles fueron sus últimas palabras?

—Sí, preguntó cómo me había ido en el examen.

—Eso es lo que te contó mamá. Lo que dijo fue ojalá hubiese rendido otro día así le daba un abrazo.

—¿Vos qué sabes? —dijo el Comandante haciendo un montoncito con la mano.

—Yo estaba ahí, pendejo —respondió su hermano y se golpeó el pecho con el índice —. Y le respondí no te preocupes, hoy rinde bien y mañana viene a festejar con vos.

—Pensé que papá estaba feliz por mis avances en la carrera.

—Claro que sí boludo, pero también quería verte.

No dijeron nada más y respondieron los mensajes en sus celulares. La mamá le mandó un audio a Pablo y lo reprodujo en altavoz:

—Hola, bueno, me alegro muchísimo que estén bien, estaba muy angustiada, en la tele están diciendo cualquier barbaridad. Avisenme cuando lleguen a la casa de su amigo. No discutan con nadie, por favor, que deben estar todos medios borrachos. Mañana los llamo para hablar. Ahora que sé que están bien, nos vamos a acostar más tranquilos. Besos para los dos, los quiero

mucho, cuidensé. (saludos, gritó una voz masculina más distante al micrófono del celular).

El audio terminó justo después de eso. El Comandante frunció el ceño y se giró hacia su hermano.

—¿Quién mandó saludos?

Pablo siguió caminando con la mirada en el piso y no respondió. El Comandante lo agarró del hombro y lo frenó.

—Eu, pará: ¿quién es el que mandó saludos?

Su hermano respiró profundo y respondió:

—Pensábamos contarte cuando fueras de visita y que lo conozcas personalmente. Se llama Eduardo, es el novio de mamá.

El Comandante se lo tomó en chiste, hasta que vio serio al otro y se le apagó la sonrisa.

—¿Vos me estás jodiendo? ¿Cómo que la vieja tiene novio?

¿Por qué no me dijeron? Pero el cuerpo de papá todavía está tibio.

—Cortala con eso. A la vieja le hace bien y listo, eso es lo que importa. Es un buen tipo, se conocen desde chicos. Mamá había salido un tiempo con él antes de juntarse con papá.

—¿Qué? No, no, creo que necesito sentarme, estoy mareado, son muchas trompadas juntas —dijo el Comandante apoyándose contra la pared de una casa y bajó de a poco a la vereda. Su hermano lo ayudó a aterrizar.

—Lo que vos necesitás es un buen faso —le propuso Pomelo.

—No me jodas con esa boludez ahora.

—De verdad, te va a relajar.

El Comandante lo miró de reojo. Pomelo sacó una tuca, la prendió, dio una pitada y se la pasó a su amigo. La agarró con la mano izquierda, la miró unos segundos.

—Son muchos meses sin fumar...

—La revolución puede esperar un día más —dijo Pomelo.

El Comandante se llevó el faso a la boca y aspiró profundo hasta que le dio un ataque de tos. Tosió varias veces. Empezó a reírse y no podía parar. Pomelo y Pablo se contagiaron de su risa.

—Así que la vieja tiene novio... la vieja tiene novio y se llama Eduardo —repitió riendo y procesó la imagen de su mamá con otro hombre—. Ahora quiero conocerlo. ¿Es un viejo facho?

—No. Es un laburante, es tranquilo, la cuida a mamá y a ella se la ve feliz, renovada.

—Más le vale que la cuide —dijo serio el Comandante y después se volvió a tentar.

Reía apoyado contra la pared y, de repente, la cara se le cayó y pasó de la carcajada al llanto. Pateó el suelo y se tapó la cara. Pomelo miró a Pablo y éste le respondió alzando los hombros y las cejas. Se acercó a su hermano y le puso una mano en un hombro.

—Tranquilo, respirá. ¿Qué pasó?

—¿Cómo qué pasó? De todo pasó, la vida entera pasó —dijo el Comandante con la cara desencajada—. Choqué el auto de Belu, su familia me odia, mamá tiene una nueva vida y yo ni enterado. Papá tampoco está para ver eso. Papá no está más para nada. Ni para abrazarme y felicitarme cuando me reciba, ni para ampliar la fábrica ni para jugar con los hijos que puedo tener algún día. El viejo se murió y yo me fui a una marcha, ¡a una marcha! ¿se puede ser tan pajero? Todo porque estaba caliente con una minita de una agrupación y me invitó a ir a Buenos Aires en su auto. Qué imbécil.

—Bueno, bro, tranquilo, ya está.

—¿Te la cogiste al menos? —quiso saber Pomelo.

—¡Ni siquiera! Histeriqueamos todo el viaje y cuando se enteró que estaba en pareja me dio un discurso de sororidad y no le toqué ni un pelo. Me acuerdo que en la marcha pensé en papá, como que sentí algo, y me dije que apenas volviera al departamento iba a sacar un pasaje para ir a verlo. Pero, al final, mamá me llamó antes.

El Comandante derramó lágrimas y aspiró mocos, con la cara roja y húmeda.

—Ya está, no te tortures. Si sabías que papá se moría ese día, seguro hubieses viajado.

La persiana de la casa se abrió de golpe y una voz de mujer gritó desde atrás de la ventana:

—¡Vayansé o llamo a la policía!

El Comandante se paró de golpe y le respondió:

—¿Qué te pasa, vieja ortiva? Andá a dormir que la calle es pública.

—Estoy llamando a la policía —amenazó la voz y la luz de un celular iluminó la cortina.

—No estamos haciendo nada malo.

—Vamos, vamos —dijo Pablo arreando a su hermano que quería seguir con la discusión.

Pomelo se puso a mear el árbol frente a la casa, se reía y miraba hacia la ventana.

—Le riego el arbolito, doña.

—¡Los policías son las mascotas del capitalismo! —gritó el Comandante y se fueron corriendo.

Nayla se acercó al Hueso con una lata de cerveza en la mano.

—Bueno, señor, se le acabó el tiempo.

—¿Ya? No pude hacer nada.

—Mmm, no te creo. Ahí en el celular vi unos versos. Traje una birra para que te humedezcas la garganta.

—Es muy poco lo que armé. No sé ni cómo suena —dijo y tomó un trago

—Tocá hasta donde tengas.

—Esperá que acomodo unas frases, pruebo algo y que sea lo que sea.

Nayla se sentó delante y cruzó las piernas. El Hueso repasó la estructura de acordes, ajustó unas clavijas y respiró profundo.

RE – MI – LA – LA7

*no sé qué me pasa, cierro los ojos y veo tu cara
me chocaste los planetas, me volaste la cabeza
tu risa me ilumina, tu baile me engualicha
quiero que me veas y lamer tu piel de seda,*

LAM – LAM MAJ7 – LAM7 – LAM6

*pero si no te rescatas de lo que siento, si este deseo se hace viento
si nuestras bocas no riman, si las mariposas se hacen polillas
si despierto de este hechizo, si hoy es el adiós definitivo*

RE – MI – LA – LA7

*nadie me quita lo bailado con vos
nadie me quita lo que siento por vos
nadie me quita este recital con vos
nadie me quita... nada*

Nayla aplaudió y sonrió ruborizada.

El Hueso secó la transpiración de su frente con la manga del buzo y tomó un trago de cerveza.

—Muy bien, te felicito, cumpliste con el objetivo.

—Muchas gracias. ¿Y mi premio sorpresa?

—En realidad el premio era solo si me gustaba la canción.

—¿Y no te gustó?

—No tanto como para alcanzar el premio —dijo ella negando con la cabeza.

—¿Qué? ¿Hice todo esto para nada?

—Qué interesado, che. El premio era un truco en realidad, era para que te des cuenta de que sos capaz de hacer una canción en un rato.

—No sabía que esto era una clase de couching.

—Te hice un favor, créeme. Y la canción fue linda, pero me han compuesto mejores.

—¿No era que nadie te había compuesto nada?

—Te mentí, los hombres hacen cualquier cosa para ponerla. Un

chico con el que salí me dedicó casi un disco entero. Cantaba en una banda, se llamaban Los Orujo. Las primeras canciones eran para seducirme, las últimas eran lamentos de borracho despechado.

—¿Y vos nunca hiciste de todo para que alguien guste de vos?

—Sí, claro, como cualquiera. De piba. Ahora no me arrastro por nadie.

—Yo creía lo mismo, pero nunca se saben las vueltas de la vida.

—Vas a tener que probar con otra chica, yo ya tengo la mía.

Además, ustedes no entienden de sexo. A los hombres lo que les gusta es el porno.

—¿Y el porno no es sexo? —preguntó el Hueso.

—No, el porno es un mercado para los hombres.

—¿Y el sexo no es una especie de mercado? Todo cuerpo es una vidriera. Dice el escritor francés Houellebecq que el sexo es un sistema de jerarquía social, que las relaciones son catapultas a una mejor calidad de vida.

—Es mucho más que eso. El sexo es salud. Pero salud en el sentido global como un estado de bienestar biológico, mental y espiritual. Una pareja debería mejorarnos en todos esos aspectos.

—Me parece que eso es pedirle mucho a una pareja. Cada uno tiene que cuidarse solo.

—A cada pájaro, su jaula —dijo Nayla.

—A cada pájaro su nido suena mejor.

—No, eso corre para los mambos familiares. Con las parejas es diferente: hay personas que son pájaros y otras que son jaulas.

—No conocía esa teoría. ¿Y yo que te parece que soy?

—Pájaro, sin dudas.

—Gracias por el piropo —dijo el Hueso y le pasó la lata de cerveza.

—De nada. Igual no seas prejuicioso, todos podemos ser las dos cosas según en la situación que estemos. Algunos se enamoran de sus jaulas. Una jaula también puede ser un hogar, un refugio.

—Una jaula sirve para encerrar cosas o seres. Por mí, cuanto menos barrotes y candados mejor.

—Una jaula puede no tener barrotes ni paredes. El mundo es una gran jaula. Necesitamos desarmar esa imagen carcelaria para habitar mejor las propias jaulas que nos creamos. También hay que deconstruir la palabra pájaro. Hay pájaros que no vuelan como los pingüinos o como los avestruces. Y algunas personas son unos pavos reales.

El Hueso se rio de la analogía y agregó:

—La vida es una cárcel con las puertas abiertas, dice Calamaro.

—No me digas que te gusta ese asesino de toros.

—Él no es torero, es algo cultural. Además, todos tenemos nuestras contradicciones y no le hace mal a nadie con sus canciones.

—Algunas están buenas, otras me parecen berretas o copias de temas viejos.

—Todo el mundo le roba a todo el mundo. ¿Quién no le robó a los Beatles?

—En realidad, sí me gusta Calamaro. Te jodía nomás.

—¿Para qué?

—Para ver qué decías.

—¿Y para qué me provocás si no querés ni pasarme tu celular?

—A veces me dan ganas de pelearte —confesó Nayla.

—¿Vos decís que haríamos una buena pareja? —le preguntó él sonriendo.

—Paraaa, no te cebes, matelista. Te peleo porque somos competencia: a les dos nos gustan las chicas. ¿Sabes qué me jode de los músicos? Todos hacen canciones de amor, pero tratan como el orto a sus compañeras.

—Presentá tu reclamo en SADAIC.

—Uno de estos días voy a ir a presentar mi queja. Podés acompañarme y, de paso, registrás tu canción.

—¿Qué? Lo más probable es que mañana la borre. No me sirvió de nada.

—¿Estás loco? —dijo Nayla señalando su sien—. No la borres. Si querés mostrar tus obras, tenés que estar preparado para las críticas negativas y seguir a pesar de eso. ¿Sabes otra canción?

—A esta hora tengo la memoria quemada.

—Tocá algo, dale, no seas ortiva.

—A ver si me acuerdo alguna...

El Hueso tiró unos acordes en la mano izquierda y unos rasguídos tímidos en la mano derecha. Hizo una intro y se largó a cantar. Nayla reconoció enseguida el ritmo de reggae y la letra de Niña de Tilcara. Se paró y empezó a bailarla, cantaba y contorneaba su cuerpo. Bailó alrededor del Hueso y le rozaba la nuca y la espalda con sus manos. Cuando el Hueso terminó, lo aplaudió.

—Me encantó, te salió hermosa. ¿Sabés alguna de Virus?

—Mmm, que me acuerde ahora ninguna.

—Ay, venías bien, pero retrocediste casilleros. Vení, parate —Nayla le dio la mano al Hueso y lo levantó—. Vamos a bailar uno de mis temas preferidos.

Activó el celular, apretó el ícono de Spotify y tecleó unas letras. Había poca señal y la canción tardó en arrancar. Sona-

ron los primeros acordes de Imágenes Paganas. Se abrazaron e improvisaron un baile.

—Temazo —dijo el Hueso y aprovechó a respirar de cerca la piel del cuello de Nayla —. Muchos temas de Virus no los escribió Federico Moura. Los compuso un poeta que se llama Roberto Jacovy, un artista del palo del Instituto Di Tella.

—Estás arruinando el momento con tus chismes —dijo ella sin abrir los ojos.

Hubo un silencio incómodo y después se tentaron los dos.

—Un remolino mezcla, los besos y la ausencia. Imágenes paganas, se desnudan en sueños... —cantó ella con un timbre de voz más dulce que el del cantante de la banda.

—Cantás muy bien.

—Gracias, lo sé. Ah re.

Cuando terminó el tema, se miraron de cerca, sin dejar de abrazarse. El Hueso estiró la cabeza hacia adelante y ella le puso el índice entre los labios.

—¿A dónde vas?

—A tu boca.

—Qué insistente que sos, eh. ¿Siempre sos así?

—Solo con lo que me gusta mucho.

—Sos más chamuyero. Ya te dije que me gustan las chicas.

—Está bien, pero, ¿no te gustaría jugar un rato conmigo?

—¿Jugar? ¿A qué?

—Juguemos a la mancha y manchemonós juntos.

Nayla revoleó los ojos y mordió el aro del labio.

—Sos monotématico. Mejor vamos a devolver la guitarra.

La intensidad de la misa ricotera había mermado y los fogones ya no eran tan poblados. Nayla entregó la viola y se acercó

a Pato. Le dijo algo al oído y le dio un beso en la boca. Pato tenía un pedo notable y se colgó de Nayla con un abrazo. Miró de arriba abajo al Hueso, se llevó dos dedos casi hasta sus ojos, invirtió el sentido de la mano y lo señaló con los mismos dedos. —No le des bola, está dada vuelta como una media. Seguíme —le dijo Nayla.

Se acercaron hasta una carpa iglú. Nayla abrió el cierre, prendió la luz del celular y se metió. Antes se sacó las zapatillas. —Sacatelás vos también, no quiero que pises las bolsas de dormir. Guarda con la mochila.

El Hueso se sentó en el borde y se desató las zapatillas con una mezcla de entusiasmo y dudas.

—Lindo rancho eh. Rico perfume a faso.

—Sí, fumamos antes de ir al recital. Bueno, última prueba: tenés que elegir una canción.

—No sabía que había examen, señorita.

—Sí, examen sorpresa. Poné una de Los Redondos para escuchar ahora. Guarda con lo que elegís.

El Hueso agarró el celular y pensó un poco. Escribió un tema, pero se arrepintió, lo borró y escribió otro. Arrancó La Piba de Blockbuster y Nayla sonrió.

—¿Aprobé?

—Está por verse. Usted se recuesta por acá y yo voy a pensar en otra tarea.

El Hueso se acostó boca arriba y puso la mochila de almohada. Nayla meneaba y metía las manos entre sus pelos. El aro de la nariz y el del labio brillaban en la penumbra. El Hueso disfrutaba del espectáculo.

—¿Qué te imaginás con esta canción?

—Ahora no puedo pensar en nada. Quiero mirarte y grabar todo en mi cabeza.

Nayla puso las rodillas a los costados del cuerpo del Hueso. Le apoyó un dedo en la frente y lo bajó por medio de la cara. Los labios se doblaron ante el peso de su índice. Siguió hacia el cuello, el pecho, la panza y la pelvis. La mano se topó con un bulto. Desabrochó el jean, bajó el cierre, agarró la pija y le empezó a hacer una paja.

—...silenciosos o muy sonoros, sus besos son suaves bendiciones. Su dedo me señaló, su lengua el dedo lamio y me llevó hasta el cielo...

El Hueso temblaba de placer. Le sacó a Nayla el buzo, la remera y la calza y se animó a acariciar el cuerpo que tanto había deseado. Descubrió un piercing en el ombligo y tatuajes ocultos: una frase en el muslo, una copa con vino, una porción de pizza que chorreaba muzzarella en un gemelo y, en la espalda, tenía unas alas hechas de flores. Le besó cada uno de sus dibujos. Nayla frotó su concha sobre la pija. Subía y bajaba. Apoyó las manos sobre el pecho del Hueso y se movía a su antojo. Se arqueaba con jadeos acompasados. El Hueso sentía que el flujo caliente de ella lo mojaba. La agarró de los pelos y le metió su lengua en la boca, le mordió el labio y el aro.

Alguien vómito afuera, tropezó con una estaca, se cayó contra la carpa y casi aplasta a los amantes.

Nayla abrió el cierre y vio el cuerpo de Pato junto a un lago de bilis. Salió apurada y giró a su compañera para que no se ahogue con el vómito. Le pidió una mano al Hueso, que estaba casi desnudo y con la pija dura, y metieron a Pato en la carpa como si fuera una bolsa de papas. Pato balbuceaba y lloraba.

Nayla sacó un rollo de papel higiénico, limpió todo con una mezcla de náuseas y asco y desvistió a Pato. Sus tetas eran más grandes y más caídas que las de Nayla, que sacó otra remera de la mochila y se la puso a su compañera.

—Estoy rota, me voy a dormir —dijo con voz lenta. Nayla cubrió a Pato con una campera y una parte de la bolsa de dormir.

—Qué inoportuna —dijo el Hueso.

—Todo pasa por algo —opinó Nayla y se volvió a poner el buzo.

—Bueno, yo parto —dijo el Hueso juntando su ropa.

—Podés quedarte, si querés —le propuso Nayla.

—Gracias, pero no quiero joderlas.

—Si dormimos de costado les tres, entramos.

El Hueso dudó en qué hacer. Una parte de él creía que, si se quedaba, podía tener alguna chance de coger. Y esa idea le ganó a todas las demás.

Pato empezó a roncar. Antes de que Nayla se ponga de nuevo la calza, el Hueso le preguntó:

—¿Qué dice esa frase? —ella se giró y él leyó el tatuaje en voz alta —. Puede alguien decirme: «Me voy a comer tu dolor» y repetirme: «Te voy a salvar esta noche». Una frase fuerte para tatuarse. Muy buena. Me da curiosidad.

—Cosas del pasado.

El Hueso le acarició la pierna.

—Mirá que Los Redondos tienen frases... y te tatuaste justo esa. Espero que alguien te haya salvado.

—Por suerte hubo, y hay, muchas amigas. También aprendí a salvarme sola.

—¿Da para un segundo round?

—No y no insistas. Si te pinta, podés dormir acá, pero para coger ya pasó el momento.

Se vistieron y se durmieron en una especie de trencito de cucharas con Nayla en el medio.

Pomelo se frenó en una esquina, miró para un costado y les dijo a los hermanos de cruzar la calle. Caminaron hasta la puerta de un chalet con ladrillo a la vista y rejas que cerraban todo el frente. Una Amarok negra estaba estacionada frente a la casa.

—¿Quién vive acá? —preguntó el Comandante.

Pomelo tocó el timbre.

—Pará, ¿qué hacés, boludo?

Pomelo no respondió y se puso a aplaudir. Volvió a tocar timbre varias veces, forcejeó la reja y la pateó. Los hermanos se miraron sorprendidos.

—¿Dónde están los que me van a denunciar? Salgan, si tienen huevos. Salí cagón.

La puerta de la casa se abrió y apareció Josefina con cara de dormida, despeinada, pijama, pantuflas y un camperón que le llegaba hasta las rodillas.

—¿Qué hacés acá? ¿Qué querés a esta hora?

—Quiero que me expliquen porque son tan cagones y tan basuras.

—No tenemos que explicarte nada a vos ni a nadie. Rajá de

acá o llamo a la policía. O a tu viejo.

—¿Qué tiene que ver mi viejo? Esto es entre nosotros. Decile al cagón de tu novio que salga si tiene huevos, le doy la revancha.

—Siempre igual vos. Menos mal que ya no tengo que bancarme tus arranques de borracho violento. Andá un psicólogo, pibe, estás cada vez más enfermo.

—No, vos andá a un psicólogo, porque mi primito te lavó la cabeza. ¿No ves que te usa para cancherear con sus amigos? No le importás vos ni nadie.

—¿Y qué sabés vos de nosotros? No tenés idea. ¡Tomatelás porque te voy a denunciar de verdad!

El Comandante se interpuso entre Pomelo y las rejas y le apoyó las manos sobre el pecho.

—Ey, basta, ya está, vamos, dale que es tarde.

Pomelo le sacaba las manos de un manotazo y seguía a los gritos. Las luces de algunos vecinos se prendieron.

—Seguro que a ese gil ni se le para con tantas pastillas que toma para el gimnasio.

—Dejá de perseguir fantasmas, nene. Estas muerto para mí.

—¡Ustedes son los muertos! Decí que están las rejas, si no paso y me los cargo a los dos.

Los hermanos empujaban a Pomelo hacia la calle y trataban de callarlo.

—Sos una mierda de persona. Voy a llamar a la policía.

—Llamalos, que vengan y también los cago bien a trompadas.

Pomelo fue hasta un canasto de basura con bolsas de consorcio. Agarró dos bolsas y las revoleó por encima de las rejas. Las bolsas pegaron contra los ladrillos y explotaron.

—¡Ahí tienen! Más basura para su basurero.

El Comandante y Pablo agarraron de los brazos a Pomelo y lo arrastraron hacia la esquina.

Desde adentro de la casa salió el primo Hernán en calzones, con el mismo buzo Gap y descalzo, con el celular en una mano filmando todo.

—Ahí está, ese es el Fabián, el violento que viene a la madrugada a amenazar y hacer quilombo.

Pomelo vio y escuchó a su primo y se sacó todavía más. Se deshizo de la marca de los hermanos y se fue contra las rejas como un león enjaulado.

—¿Qué filmás, la concha de tu madre? Apagá eso, forro y salí a la calle si tenés huevos.

—Escuchen cómo nos habla y lo sacado que está. No le hicimos nada nosotros.

—¿No hicieron nada? Ustedes hicieron todo mal, son unos traidores. Yo tendría que denunciarlos.

—¿Por qué? ¿Por ser pareja? andate a dormir.

—Apagá el celular y vení acá, vamos a arreglar las cosas como hombres.

—No tengo que arreglar nada con vos.

—Cómo te cagaría bien a trompadas. Te salvan las rejas... pero, al menos, me voy a llevar un souvenir.

Pomelo bajó a la calle, se subió a la Amarok y le arrancó un limpiaparabrisas. Se lo pasó por las bolas y lo tiró contra la casa.

—Tomá, chupame la pija, primito.

—Mirá que te sigo filmando, imbécil.

—Y si, forro, si es lo único que sabés hacer, sos un inservible. Filmate esto.

Agarró otra bolsa de basura, la lanzó contra el parabrisas que

se astilló en varios pedazos y empezó a sonar la alarma.

—Ahora sí, así está mejor, combina el auto con el piloto.

—Dale, seguí bardeando y más grande va a ser la denuncia.

—Vayanse bien a la concha de su madre. Ojalá tengan hijos transgénicos —dijo Pomelo alejándose de la casa.

Los hermanos lo siguieron. Cuando llegaron a la esquina, el Comandante lo increpó.

—¿Te volviste loco?

—No me jodas, pajero. ¿Sos mi amigo o de ellos?

Necesitaba hacer un poco de catarsis. Ya está, ahora me puedo ir a dormir tranquilo.

Pomelo giró la llave en la cerradura y enseguida las perras ladraron. Las mascotas de los vecinos respondieron con más ladridos y una luz se prendió adentro de la casa. Mora apareció con la jeta trasnochada y abrazó a su hijo como si no lo viera hace siglos.

—Ay dios mío, estás bien. ¿Están bien todos? ¿Por qué son menos? ¿No eran más?

—Hola vieja, ¿qué haces despierta a esta hora? Volvé a la cama.

—¿Qué cama? Estoy en el comedor hace horas. Dicen que hay un montón de muertos. Qué desastre. ¿Y tus amigos dónde están?

—Tranquila, respirá un poco, estamos todos bien. Uno se quedó con una chica y el otro debe estar con otros amigos de La Plata.

Mario apareció con la marca de la almohada en la cara.

—Por fin llegan. ¿Qué mierda pasó?

—Nada, todo bien.

—¿Nada? La tele no dice lo mismo.

—La tele miente —respondió Pomelo abriendo la heladera.

Sacó una botella de agua y tomó varios tragos del pico.

—Esta vez no. Yo vi con mis propios ojos cómo está la ciudad: rebalsada de villeros y drogadictos. Podrías haber avisado algo. Estábamos preocupados. Te llamamos y te mandamos mensajes. No sé para qué mierda tienen esos telefonitos.

—Me quedé sin batería. Y tampoco había señal.

Prendieron el televisor, la placa roja de Crónica anunciaba con urgencia: muertes en el recital del Indio Solari en Olavarría.

—Qué vergüenza, cómo van a permitir que vaya tanta gente a ese predio.

—El campo era infinito. Nosotros no vimos nada malo, ningún quilombo.

—¿Tienen hambre? Quedaron unas empanadas. ¿Quieren que las caliente? ¿Les avisaron a sus familias que están bien? Llamen desde acá si quieren.

Los tres aceptaron comer las empanadas frías.

—¿Mili duerme? —preguntó Pomelo con la boca llena.

—Sí, no se quería dormir, pero no aguantó más pobrecita.

Por suerte no vio nada de los muertos sino se hubiese puesto como loca.

Pomelo agarró el control, hizo zapping. Los canales coincidían en sembrar terror y criticar a la banda y a los organizadores.

—Ese pelado es un asesino. Como los de Callejeros, todos drogadictos irresponsables.

—Ningún músico quiere que le pase nada a su público. El Indio paró un par de veces para ayudar a los que estaban mal —dijo el Comandante que saciaba su gula con una empanada de carne.

—Dicen que la guardia del hospital está repleta de heridos —acotó Mora.

—Qué chamuyeros que son. Fue un recital, no una guerra.

Nosotros estuvimos ahí. No hubo bardo ni peleas ni represión. Lo que pasa es que el periodismo amarillento vive de la mierda que vende.

—Ese indio es como el flautista de Hamelin: los encanta con su música y todos lo siguen atrás como ratas —opinó Mario.

—Bueno, creo que ya escuché demasiado por hoy —dijo el Comandante—. Me voy a acostar, gracias por la empanada.

Pomelo se fue al baño a cagar. Los hermanos se tiraron en los colchones y se sacaron las zapatillas.

—Que facho ese viejo, por favor —opinó el Comandante.

—Sí, muy bocón. Si me quedaba un poco más lo clavaba.

—Creo que estás más cerca de clavarte a la vieja que al viejo —le respondió y se rieron.

—Con lo roto que estoy, no me puedo clavar a nadie.

Pomelo entró a la pieza y comentó:

—Che, acabo de ver que murió uno de apellido Bulacio.

—¿Posta? ¿Será familiar del Walter o mucha mala coincidencia?

—No sé. Cualquiera de las dos, es un bajón.

Domingo

A las ocho de la mañana, un escuadrón de patrulleros llegó al Parque del Bicentenario. Se dispuso un cordón policial que levantó y confiscó todo lo que se encontraba en el camino: carpas, parrillas, basura, conservadoras y personas que dormían a la intemperie. El ejército de zombis no opuso resistencia y fueron escoltados lentamente hacia la terminal.

Un borceguí negro pateó varias veces la carpa donde dormían Pato, Nayla y el Hueso. Una voz ordenó que se levanten porque estaban en un acampe ilícito. Al no haber respuesta desde el interior, el policía forzó el cierre y se encontró con dos mujeres y un hombre. Recorrió las piernas de las chicas con una mirada libidinosa, se acomodó la gorra y dijo con un gesto apropiado para su trabajo:

—Hora de irse. Documentos en mano o los llevo a la comisaría.

El Hueso se despertó y se sentó como eyectado por un resorte. Lo primero que vio fue el medio cuerpo de un policía.

—Bueno, tranquilo, ya nos vamos —respondió y miró a las chicas.

—Hay formas más amables de pedir las cosas —dijo Nayla masticando su bronca.

—Amablemente, les digo que se apuren o los guardo a los tres.

Nayla despertó a Pato que, apenas salió de su letargo, arrancó a las puteadas contra el policía.

Doblaron las bolsas de dormir y desarmaron la carpa con apuro. Alrededor estaban todos en una situación similar. Lo que unas horas atrás era una fiesta bajo las estrellas, ahora era un campo de batalla cubierto de colillas y envases vacíos. El colectivo de las chicas salía recién al mediodía así que todo el grupo partió con las mochilas en sus espaldas hacia la YPF cerca de la terminal.

La ciudad estaba como si hubiese pasado un huracán. Los bares y confiterías tenían las persianas bajas. En las panaderías y las farmacias atendían por ventanillas. Toda la resaca ricotera se acumuló en el barrio de la terminal. Algunos dormían en zaguanes, otros en pasillos y otros en los cajeros de bancos. Muchos vehículos hacían cola para cargar nafta o gas en la estación de servicio. Los playeros no daban abasto y el clima estaba tenso. Varias personas pedían plata para comprar un pasaje de vuelta o para comer algo. Otros buscaban quién los lleve hasta Buenos Aires. Una fila de patrulleros rodeaba la zona.

El Hueso con las chicas entraron al bar de la YPF, pidieron tres cafés con leche y seis medialunas. El Hueso pagó con lo poco que le quedaba y le preguntó a Nayla si le prestaba el cargador para su celular. Se lo dieron a la cajera para que lo enchufe detrás del mostrador y se sentaron en una mesa que se acababa de liberar.

—Muchas gracias por el desayuno —le dijo Nayla.

—Con lo que zafó de alojamiento anoche, nos debe varios —opinó Pato.

—En lo de mi amigo hubiese dormido gratis.

—¿Y ahora cómo te vas a encontrar con ellos?

—Cuando cargue el celular, les hablo. Si están cerca voy a pata, sino que me vengan a buscar.

Nayla tenía las mangas del buzo cubriéndole las manos. Agarraba la taza y se la acercaba a la cara y al pecho como una bolsa de agua caliente. Pato terminó su café y salió a fumar.

—Me queda un gran misterio sin resolver —dijo el Hueso.

—¿Cuál? —preguntó ella sin fingir interés.

—La historia detrás de tu tatuaje. El de la letra de la canción de Los Redondos.

—No da, no es interesante.

—Probá, me interesa saber todo de vos. Debe haber sido algo significativo, algo que te marcó.

—Me marcó más que la tinta del tatuador. Y no siempre algo significativo, es algo positivo.

—Ya lo creo, si elegiste justo esa frase...

—Entonces no insistas.

—Bueno. Si en algún momento te dan ganas de hablarlo, soy todo oídos.

Nayla bufó y dio un último trago al café. Respiró profundo como quien se prepara para empujar una puerta pesada.

—Te cuento solo por la canción que me hiciste anoche. Por suerte, esa frase está en un lugar que no la veo seguido —hizo una pausa para escuchar sus pensamientos y adelantó su cuerpo en la silla—. Cuando era chica, mi familia alquiló una casa frente al mar en Santa Teresita. Fuimos con mis abuelos y primos. Mi tía fue pocos días. En esa época ella andaba de novia con un tipo: el Poroto. Era buena onda, hacía asados, ponía

canciones que me gustaban y me sacaba a bailar. Me compraba churros y helados. Una mañana fuimos todos temprano a la playa porque mi abuelo y mi papá querían pescar antes de que se llene de gente. Yo jugaba con mis primos, pateábamos la espuma del mar y me dieron ganas de ir al baño. Corrí hasta la casa. Cuando entré, estaba el Poroto solo. Tenía una malla negra, tomaba mate y leía el diario. Me vio entrar y me preguntó qué necesitaba. Le dije que iba al baño. Antes de cerrar la puerta, se metió y dijo que tenía que hacer pis. Se bajó la malla y empezó a pajearse. Me agarró de la muñeca y puso mi mano sobre su verga. Me corrió la malla y me tocó por todos lados. Me agarró fuerte la cara, dijo que abra la boca y metió su verga. Se pajeó mientras me manoseaba hasta acabarse. Nunca había visto el semen. Pensé que era como un pis cremoso. Al final, no pude mear. Me dijo que no le cuente a nadie. Si decía algo, no me compraba más helados. Cuando salimos del baño, mi vieja justo entraba a la casa. Me preguntó si estaba descompuesta. No llegué a responderle y ella supuso que era por el agua de mar, que yo no cerraba la boca, que nunca hacía caso y otras quejas. A veces pienso que, si mi vieja hubiese sido más amable, le hubiera dicho lo que realmente había pasado. Pero ella estaba tan preocupada en tomar sol y leer sus revistas que no quise molestarla.

—Qué desastre, violín de mierda —dijo el Hueso y negó con la cabeza.

Nayla no dijo nada. Tenía la vista clavada en las migas de la mesa. Había un abismo en sus ojos.

—Es rara la sensación. No me sentí violada o abusada. Noté que había pasado algo malo, pero no sabía qué. Ni siquiera sabía si

la culpa era mía o del novio de mi tía. Hasta tuve miedo de que mi tía se enoje conmigo por querer robarle el novio. Después de eso, corrí hasta la playa y me tiré al mar. Mi abuelo se enojó porque le ahuyentaba los peces. Quería que las olas me limpien y que se lleven al fondo del océano todo eso que sentía. Fue la primera vez que hice pis en el mar.

—Qué bajón pasar por una situación así. ¿Ese Poroto sigue con tu tía?

—No, se pelearon unos meses después de las vacaciones. Crecí y empecé a escuchar que otras chicas habían sufrido algo parecido y me cayó la ficha. Me pasaron más cosas, pero ya estaba avivada: un profesor de catequesis me pedía que vaya a su casa, un entrenador de vóley me ayudaba a elongar para tocarme, un pibe de la escuela me daba chirlos en el culo y un montón de cosas más. Por eso no confío en los hombres, son todos unos pajeros, unos perversos que solo piensan en cogerte sin importarles si estás de acuerdo o no —dijo Nayla gritando las últimas palabras. Bajó la cabeza y empezó a llorar despacio, con gotas grandes, como esas tormentas que oscurecen una tarde de verano. Se secó con la manga del buzo. El Hueso le ofreció el servilletero. Ella negó con la cabeza.

—¿Estás contento ahora? Ahí tenés la historia.

—Perdón, no tenía ni idea.

—Sí, justamente. A veces, es mejor quedarse con la duda. No se puede saber todo en la vida.

Nayla se paró. Él también.

—Pará, ¿a dónde vas?

—Al baño. Dejame en paz.

El Hueso se sentó en cámara lenta. Le pegó una piña a la

mesa. El servilletero dio un salto y cayó al piso. Los de la mesa de al lado lo miraron raro. Alguien abrió la puerta y se volaron las servilletas. El Hueso se agachó a agarrarlas. Desde el suelo, se le ocurrió algo. Fue hasta el mostrador con una servilleta y le pidió una lapicera a la cajera. Escribió una frase y el número de su celular. Se volvió a la mesa y empezó a enrollar el papel. Metió dos dedos en el centro y con la otra mano giró el papel justo por debajo de las uñas. Cuando quedó bien ajustado, se formó un tulipán. Sacó un montoncito de papel del tallo y le hizo forma de hoja.

Nayla salió del baño y él escondió el tulipán artificial detrás de la cintura.

—Disculpá si te hablé mal —le dijo ella—. No me hace bien recordar el tema. Me voy con Pato.

—Pará, tomá, un regalo.

—Te agradezco, pero no me gustan que me regalen flores. Menos las de mentira.

—Esta no es de mentira. Es de verdad. Y viene con una sorpresa adentro.

—Para mí luce re trucha y no me gustan las sorpresas.

—Bueno, llevála como un souvenir de Olavarría.

Nayla lo miró y después observó la flor del Hueso como quien mira un sorete de perro. La agarró, la hizo un bollo y la metió en un bolsillo de su campera.

—Gracias por el desayuno, pero no quiero tu lastima ni tus prejuicios. Vamos a buscar tu celular que necesito el cable.

Fueron hasta el mostrador y le pidieron a la cajera que le devuelva el teléfono. El Hueso le devolvió el cargador a Nayla y encendió el aparato.

—Chau, que tengas buena vida —le dijo Nayla y lo abrazó.

—Gracias, igualmente, un gusto conocerte. El Indio dice que las despedidas son dolores dulces... —dijo y ella se fue sin escuchar su comentario.

Sintió que el corazón se le frenaba y los pulmones se le vaciaban. Pero no quiso ser pesado con Nayla, que ahora charlaba con Pato afuera.

Le entraron muchos mensajes y se apoyó contra el mostrador a leerlos. Querían saber si estaba bien y esperaban su versión sobre todo lo que vieron en la tele. Tenía un mensaje de Pomelo con la ubicación de su casa. Recién ahí se enteró de lo sucedido en el recital y miró con atención el bardo que había alrededor de los surtidores. La cosa estaba caldeada. En una esquina de la cuadra, había gomas y tachos de basura en llamas. Del otro lado un cordón policial. Respondió unos mensajes hasta que volaron las primeras piedras y cascotes. La policía respondió con gases lacrimógenos y balas de goma. Los vidrios de la estación recibieron varios impactos y se astillaron. Muchos se metieron debajo de las mesas. El humo irritaba los ojos y las gargantas. La cajera se tiró al piso. El Hueso vio la caja registradora abierta con varios billetes de cien y no pudo contenerse. Agarró la plata y se la metió en un bolsillo.

—¡Pará, flaco! ¿Qué haces? —le gritó la cajera desde el suelo y lo agarró de un tobillo.

El Hueso puso cara de pánico, sacudió la pierna y dijo lo primero que se le ocurrió.

—Disculpá, la policía me robó el sueldo.

Salió de la estación lo más rápido que pudo. Se tapó la nariz con el buzo y se alejó gambeteando a los cabezas de tortuga.

Llegó a la avenida y vio a muchos heridos y otros que tosían, escupían y se lavaban la cara con el agua de una canilla. Algunos vecinos pedían a la policía que pare y otros vecinos gritaban que rajen de la ciudad a todos los ricoteros. Unas personas ayudaban a una chica desmayada. El Hueso se acercó escurriéndose los ojos y tosiendo y vio que era Pato. Sangraba por encima de la frente. Nayla le ató un pañuelo en la cabeza, le gritaba que se despierte y la sacudía.

—¿Qué pasó?

—Estos hijos de puta le metieron un balazo.

—Hay que llevarla al hospital.

Levantaron a Pato y el Hueso la cargó. Nayla llevó la carpa y las mochilas. Se acercaron a los coches y empezaron a gritar, el embotellamiento era infinito. Nayla gesticulaba y juntaba las manos en forma de rezo. Un tipo de un Peugeot 504 blanco bajó la ventanilla y Nayla le suplicó que las lleven al hospital. El hombre se bajó y les abrió la puerta de atrás. El Hueso se tiró adentro con Pato encima, Nayla se acomodó a un costado y el auto encaró hacia el hospital. El chofer tocaba bocina a todo lo que se le cruzaba y Nayla sacó el pañuelo verde por la ventanilla que flameaba como una bandera.

El efecto de la anestesia en el cuerpo del Vasco empezó a ceder y se despertó. Le dolía mucho la cabeza y todo el cuerpo. Movi6 los dedos. Levant6 un p6rpado y se vio atado con vendas, con un suero en el brazo y una sonda en la nariz. Quiso pararse, pero no pudo soltar las mu6ecas.

—¡Enfermera, doctor, alguien que venga a desatarme!

Una enfermera entr6 en el consultorio.

—¿Qu6 pasa? Calmate un poco, no sos el 6nico paciente.

—¿Por qu6 estoy ac6? ¿Por qu6 me ataron as6?

—Tuvimos que contenerte porque estabas desorientado y agresivo.

—¡No pueden tenerme ac6 en contra de mi voluntad! Soltame y sacame esto del brazo. Y la cosa esta de la nariz tambi6n.

—No te lo puedo sacar si el m6dico no da la indicaci6n.

—Bueno, llamalo ya mismo, decile que me duele mucho la cabeza y soltame un brazo aunque sea.

—Esper6 un poco, ah6 vengo —dijo la enfermera y se fue.

—No, no me dejes as6, la puta madre. ¡Alguien que me suelte!

A los minutos, volvi6 la misma enfermera y se acerc6 a la camilla del Vasco con una jeringa.

—El doctor termina de atender a otro paciente y viene. Me pidió que te pase esta medicación.

—¿Qué mierda es eso?

—Es un analgésico, para que te calme los dolores.

—Antes necesito que me sueltes.

—En unos minutos viene el doctor y se lo pedís a él, no seas impaciente.

—¿Impaciente? No me puedo ni rascar un huevo. Me corta la circulación. Soltame, por favor.

—No puedo.

—Te pido una mano sola, por favor, una mano, una hoja y un lápiz, y con eso lo espero por horas.

La enfermera escuchó el pedido y lo miró raro.

—¿Para qué querés esas cosas?

—Soy dibujante: necesito dibujar o me muero.

La enfermera se fue hacia el escritorio, agarró un recetario, se lo alcanzó al Vasco y sacó del bolsillo de su chaqueta una lapicera.

—No te mueras, que ya tuvimos varios óbitos anoche.

Te suelto una mano, en donde haces una macana, te vuelvo a atar, ¿está claro?

—Clarísimo, muchas gracias, sos un ángel.

La enfermera sonrió y le aflojó la venda de la mano. El Vasco movió la muñeca. Improvisó una especie de atril con las piernas flexionadas y empezó a dibujar.

Nayla lloraba y comprimía la herida en la cabeza de Pato. Estacionaron en la puerta de la guardia y bajaron del auto apurados. Estaba repleto de gente que demandaba atención a los gritos. Nayla fue adelante, abriendo paso. Un médico vio a Pato desmayada y les hizo señas con una mano para que pasen por un consultorio. Había una camilla chica, una balanza vieja, un escritorio y dibujos de nenes pegados en las paredes. El profesional hizo un breve interrogatorio, mientras evaluaba la herida. Escuchó el relato de Nayla y lavó la cabeza con suero y Pervinox.

—Vamos a tener que suturarla y pedir una tomografía. Les pido que aguarden afuera, por favor.

—No, no, yo quiero estar con ella.

—Señorita, por favor, deje que hagamos nuestro trabajo y en un rato los dejamos pasar —dijo calzándose unos guantes de látex y abriendo gasas.

Nayla estuvo a punto de reclamar de nuevo, pero el Hueso le puso una mano en el hombro y ella se mordió el aro para no protestar más. Salieron del consultorio y se sentaron en el piso.

Ella lagrimeaba y se apoyó contra el Hueso que la rodeó con uno de sus brazos.

—Tranquila, no te preocupes, es un corte nomás, en un rato va a estar bien.

Nayla sacó el tulipán de papel de la campera, lo desarmó y se sonó la nariz con él. Alejó un poco la servilleta de su cara y, debajo de los mocos, vio lo escrito con lapicera por el Hueso.

—¿Y esto qué es? ¿un número de teléfono?

—Ehh, nada una boludez, era una sorpresa...

—Te dije que no me gustan las sorpresas.

—En ese momento no sabía. Pero ya está, no importa, sirve más como pañuelo que como tulipán.

—Gracias igual, por todo —le dijo y se apoyó sobre el pecho del Hueso.

En la habitación de la infancia de Pomelo volaba un vaho mezcla de alcohol y metano. Pomelo se sacaba los mocos y se rascaba las bolas. Se tiró un eructo y después se tiró un pedo que sonó como el desprendimiento de un glaciar.

—Uy, hijo de yuta, estás podrido. Abrí una ventana —pidió el Comandante.

—Que nadie prenda un encendedor, por que explota todo —respondió tentado y se levantó de la cama—. Creo que necesito un bidón de Alikal.

Pomelo levantó la persiana y la brisa olavarriense oxigenó toda forma de vida dentro de la habitación. Abrió la puerta y salió en calzones, rascándose el culo. Se sentó en el trono del baño y descargó todo el veneno del fin de semana. Buscó en el botiquín un cóctel anti resaca, se tomó varias capsulas y volvió a sacar otro eructo digno de un dragón.

Mora y Milagros, que estaban en la galería, se voltearon al escuchar el trueno proveniente del baño. Pomelo cayó al patio tomando agua de una jarra metálica. Birra y Branca le saltaban alrededor. Agarró una pelota de tenis rotosa, la tiró lejos y las

perras la corrieron. Mili dibujaba y pintaba. Una radio chiquita sintonizaba una estación de AM local. Mora tomaba mates y hacía tareas de jardinería con una curita en la mano.

—Buen día hijo, ¿cómo estás? ¿Querés un café con leche o algo para tomar?

—Buenas. Está muy bueno Mili —dijo mirando el dibujo—. Hola vieja, no, gracias, sigo con el agua por ahora. Después me sumo al mate. ¿El viejo?

—Tuvo que ir al campo. Parece que las vacas del vecino estaban pisando la soja.

—Qué cagada. Que se cuatrereé una para el mediodía.

—¿Se quedan a almorzar? Compré carne para hacer asado.

—Bárbaro. Antes tenemos que rastrear a unos amigos que no vinieron a dormir.

—¿Hablaron con ellos, les avisaron algo?

—Sí, bah, no. Pero deben estar bien. Uno se quedó con otros amigos y el otro debe estar culeando.

—Ay, no digas así que está tu hermana. Ojalá estén bien, por Dios, llámalos y vayan a buscarlos que afuera está terrible.

Dijeron en la radio que hay enfrentamientos con la policía en la terminal.

—Buenos días, ¿qué tal? —dijo el Comandante recién salido del baño y peinándose el pelo mojado—. Che, ¿sabes algo de los chicos?

—Ni idea. No me mandaron ningún mensaje.

—¿Querés algo para tomar?

—Te acepto un mate. Gracias.

Mora le cebó un amargo al Comandante. Dio un sorbo y la mateína le renovó el cuerpo. Se acercó a ver el dibujo de Milagros.

—Muy lindo ese paisaje. Cuántos colores. Ya sé de quién aprendió tu hermano.

—Muchas gracias —dijo Mili con mezcla de vergüenza y alegría—. Lo que más me gusta es pintar con acuarelas, es increíble todo lo que se puede hacer con los colores.

Pomelo prendió la tele: vio la terminal explotada y el bardo con los milicos. Algunos patrulleros escoltaban a camiones con acoplados o con remolques a los que subían personas empujadas por los policías y partían hacia la ruta.

—Parece Auschwitz —dijo el Comandante con el mate en la mano.

Pomelo llamó al Vasco y le dio el celular apagado. Le mandó mensajes, pero no tuvo respuesta.

—Voy a llamar al Hueso. Por ahí sabe algo del Vasco. O está con él —dijo el Comandante y buscó a su amigo entre los contactos.

El Hueso dormía en una silla de la sala de espera y se despertó de golpe por el sonido del celular.

Nayla no estaba.

—Hola Huesito. Qué bueno que respondiste, ¿todo bien? ¿Estas con el Vasco?

—No, no, estoy en el hospital con las chicas de anoche. Ni idea del Vasco.

—¿En el Hospital? ¿Te pasó algo?

—Yo estoy bien. A una de las chicas le metieron un balazo de goma en la cabeza. ¿Me podrán venir a buscar? Me quedé sin un peso.

—Qué cagada lo de la piba. Nosotros tampoco sabemos dónde está el Vasco.

—¿De verdad? ¿Dónde estará?

—Vos quedate ahí, ahora vamos para allá. Cualquier cambio, nos avisas.

—Gracias, los espero en la guardia.

El Hueso estiró el cuerpo y caminó hasta el consultorio: vio a Pato dormida sobre la camilla, una venda le rodeaba la cabeza. Nayla dormía en una silla, apoyada sobre el cuerpo de su compañera. Cerró la puerta y se fue para la entrada de la guardia.

La enfermera entró al consultorio y vio al Vasco dibujando con las dos manos sueltas.

—¿Calmaron los dolores?

—Sí, mucho mejor.

—El médico termina de suturar a una chica y viene —la enfermera se acercó y vio el dibujo de una especie de centauro con torso humano y cabeza morocha enrulada—. ¿Y cómo viene ese dibujo?

—No tengo mucha estabilidad, pero casi está listo.

—Está muy bueno, dibujas bien de verdad.

—Gracias, te lo regalo, por soltarme.

El Vasco arrancó la hoja y se lo entregó. La enfermera se guardó el papel en el bolsillo. Y el Vasco se puso a hacer otro dibujo.

Pomelo le escribió a su amigo del taller para ver si el Clio estaba listo y le respondió que recién para la tarde lo iba a tener en condiciones. Entonces, le pidieron a Pablo ir en su Gol hasta el hospital. Después de esquivar muchas calles cortadas, llegaron al estacionamiento. Los amigos se reencontraron con el Hueso y se abrazaron como si no se vieran hace años. Llamaron

de nuevo al Vasco y les dio apagado. Se les ocurrió ir a la mesa de entrada a preguntar si sabían algo.

Hicieron cola un rato hasta que los atendió una señora teñida, con anteojos y cara de culo.

—Hola, quisiéramos saber si un amigo entró por la guardia o está internado.

—¿Nombre de su amigo?

Le dijeron y la señora chequeó la lista de ingresos y de los internados.

—No, nada con ese nombre. Siguiente.

Se corrieron de la cola sin saber qué hacer.

—Averigüemos en una comisaría —propuso Pomelo.

—Preguntá si apareció en lo de tus viejos —dijo el Comandante.

Pomelo llamó a Mora y nada. Antes de irse, el Hueso quiso despedirse de las chicas.

—Ay, cómo te pintó el amor —le dijo Pomelo.

—No seas gil, ahí voy para el auto.

El Hueso golpeó la puerta del consultorio y se mandó. Las chicas ya no estaban. El mismo médico atendía a otro paciente.

—Disculpe doc, ¿sabe qué pasó con las chicas que estaban acá?

—¿Vos pensás que me puedo acordar de todas las personas que vi? Hace dos noches que no duermo y pasaron miles de pacientes por la guardia.

—¿Y sabe dónde puedo averiguar?

—Fijate en mesa de entrada.

El Hueso cerró la puerta y se acercó de nuevo hasta el mostrador de la mujer teñida. Avanzó en la cola y preguntó en la mesa de entrada. Estaba registrada Pato con su nombre, apellido y su documento, nada más. Ni teléfono ni dirección ni aviso de

derivación a otro lado. Se dio media vuelta y arrancó a caminar con cara larga hacia el estacionamiento.

Una enfermera se acercó a la mujer teñida y le hizo un comentario.

—Mirá el dibujo que me acaba de regalar un paciente —dijo y le mostró el papel.

—Está bueno —dijo con desinterés la señora —La cara se parece a la de Maradona. La próxima decile que te regale unos bombones. O un paquete de yerba, al menos.

El Hueso escuchó la conversación y se detuvo. Volvió tras sus pasos y se acercó al mostrador para ver el dibujo. Cuando vio ese centauro maradoniano se sorprendió y le pidió a la enfermera que le indique en qué consultorio estaba ese paciente.

—Está en el consultorio 4. ¿Lo conoce?

—Creo que sí.

El Hueso corrió hasta el lugar, abrió la puerta y se asomó adentro. Vio al Vasco con la cabeza vendada y una sonda en la nariz.

—¿Qué haces, narigón del siglo? ¡qué bueno que te encontré! ¿Qué te pasó?

—¡Hola Hueso! No sé qué mierda pasó. No me acuerdo de nada y perdí el celular. Mirá cómo me tienen.

—Esperá que voy a avisarle a los chicos. Voy hasta el auto y vengo. ¿Necesitás algo?

—Irme de acá.

—Esperá, ya vengo.

El Hueso corrió hasta donde estacionaron el Gol.

—¡El Vasco está acá! En la guardia —dijo agitado.

—¿Qué? Me estás jodiendo. ¿Lo viste? —preguntó incrédulo el Comandante.

El Hueso asintió con la cabeza y puso los brazos en jarra sobre la cintura.

—Tiene un corte en la cabeza y una sonda en la nariz.

Fueron hasta la guardia y el Hueso les indicó la puerta del consultorio. Abrieron y Pomelo le sacó una foto al Vasco.

—Bueno, listo, llegaron los tres chiflados.

—¡Hola Vasco, hijo de yuta! ¿Cómo estás? ¿Qué hacés acá? —le preguntó el Comandante.

—Espero al futuro.

—Dale, boludo, ¿te afanaron? ¿Te pegaron? —interrogó Pomelo.

—No me acuerdo un carajo. Pude entrar al recital, estaba de diez y creo que me caí en un pogo. Después son todas imágenes borrosas. Me desperté atado y con cosas por todos lados.

—Y todavía no te viste el culo —dijo Pomelo.

—No siento nada ahí.

—Por la anestesia, pero ya vas a ver.

—¿Me traen un vaso con agua? Tengo un desierto en la boca.

Entró el médico secundado por la enfermera y preguntó:

—¿Qué es esto, un cumpleaños?

—Hola, doctor, buen día, somos amigos del paciente —dijo el Comandante.

—Bastante bravo este muchachito, lo tuvimos que contener, estaba desorientado y no colaboraba. Sufrió un traumatismo de cráneo severo con herida cortante en cuero cabelludo que requirió de sutura y vendaje. Le hicimos un lavado gástrico para que no metabolice todos los tóxicos que se mandó. Por el suero pasamos ansiolíticos como para dormir a un caballo, pero parece que este cuerpo está acostumbrado a los opioides porque

ya está de nuevo rompiendo las bolas.

—Señal de que estoy bien, ¿verdad? ¿Ya me puedo ir entonces?

—Ni al baño puede ir usted. Hay que hacer una tomografía para descartar alguna fractura de cráneo o un hematoma subdural.

—Pero me siento bien. Puedo mover todo.

—Fuimos bastante pacientes con usted, así que ahora tenga paciencia y espere. Si los estudios salen bien, vemos el tema del alta —dijo el médico y se fue.

—Qué tipo forro, se cree que puede decidir sobre la vida de las personas —se quejó el Vasco.

—Bueno, tranquilo, si está todo bien, en un rato nos vamos.

Por lo menos ya te encontramos —dijo el Comandante.

El Hueso salió a buscar agua para el paciente, Pablo se fue a fumar afuera y Pomelo fue al sector de imágenes a ver si conseguía hablar con algún conocido que apure el estudio.

El Comandante acercó un asiento a la camilla y le dio unas palmadas en la pierna al amigo.

—Ay, Vasquito, Vasquito, los problemas saben siempre dónde estás.

—Yo no busco los problemas, ellos me buscan a mí.

—Sí, claro, vos hace todo perfecto, solo que tenés mala suerte

—el Comandante hizo una pausa y cambió el tono—. Tenés que rescatarte, todos los fines de semana lo mismo.

—¿Qué? Primera vez en mi vida que termino en un hospital.

—No gambeteás ni un vicio, largaste la facu, no tenés un laburo formal...

—Hermoso momento para dar consejos.

—Si no es ahora, ¿cuándo?

—La semana pasada.

—Estás tocando fondo y no te das cuenta. Te estás matando en cuotas.

—Y bueno, vivir solo cuesta vida. Igual no quiero morirme. Estoy muy lejos del suicidio.

—Con tanto veneno que te metes en el cuerpo no lo creo.

—Lo hago para boludear, porque disfruto de la abstracción y de olvidarme de todo por un rato. Si me mato no podría fumar más faso. Prefiero sufrir de resaca antes que una vida sin drogas.

—No escuchas a nadie. La terquedad viene de la negación y de la soberbia. Y sin humildad, uno no puede reconocer que tiene un problema de consumos.

—Yo me siento bárbaro así. Además, lo que es mejor para vos, puede que no sea para mí. Con mi laburo de sereno gano guita y estoy tranquilo: fumo, dibujo y toco la guitarra. Nadie me jode ni me dice lo que tengo que hacer, como vos ahora que me estás rompiendo bastante las pelotas.

—Dibujás zarpado, podrías hacer algo con eso, algo de diseño...

—Ahora solo quiero descansar, tomar agua y fumar unas flores, pero no puedo hacer ninguna.

—Lo que te digo no es para joderte, es para que te rescates.

—Vos delirás todos los días con tus sueños de revoluciones y socialismos y nadie te jode. Pero en el mundo real, la juventud quiere guita fácil y jugar a la play.

—Eso es consecuencia del capitalismo que genera necesidades donde no las hay y nos metió esa idea de que para ser feliz hay que tener plata y consumir.

—Admito que es un slogan convincente —dijo el Vasco.

—Todo marketing —respondió el Comandante.

—Todo droga.

—Todo imperialismo.

—Todo humanidad.

—Todo modas.

—Todo filosofía barata y zapatos de goma. Todos somos adictos a algo: algunos al trabajo, otros al deporte, al juego, a las redes sociales, a la religión, al sexo, al poder... el asunto es ver cual adicción es la menos mala —el ruido de una sirena de ambulancia lo interrumpió y luego siguió—. La mayor revolución es no hacer nada en absoluto: el ocio en contra de la producción. Una revolución sin armas, hay que bancarse sostener tanta quietud. Yo sé lo que soy y me la banco, por eso te sugiero que sueltes la lupa y agarres el espejo.

—No entiendo la metáfora.

—Digo que hablás mucho de discursos revolucionarios y marxistas, pero no te vi quemar el congreso o tirar una molotov en tribunales.

El Comandante se enderezó en la silla, sacó pecho y respondió con tono solemne.

—Los socialistas del mundo estamos preparándonos para el momento propicio en que podamos iniciar una revolución internacional en simultáneo.

El Vasco se rio de su amigo, justo cuando entraron el Hueso y Pomelo con agua, Gatorade y unas galletas.

—¡Gracias barba! Dame un trago que tengo más sed que un camello.

El Vasco se bajó media botella de un saque y después eructó. Dos tipos entraron con una camilla.

—¡Por fin! ¿Vinieron a dedo muchachos? —preguntó el Vasco sentándose.

—Metete onda Vasco así nos vamos más rápido —dijo el Comandante.

—Che, ¿es muy cerrado ese coso? Mirá que a mí me da un poco de claustrofobia.

El camillero le dijo que no se preocupe, le pidió que se acueste en la camilla y lo llevaron como a una momia en un museo.

Los amigos esperaron en el pasillo. Pomelo se controló la herida de la ceja con la cámara del celular. Un hematoma empezaba a pintarle la piel.

El Vasco volvió al rato: no se quiso hacer el estudio.

—El paciente no se queda quieto y así no se puede hacer la tomografía —argumentó un camillero.

—Es una bosta el coso ese, todo cerrado y hacía unos ruidos rarísimos.

El médico entró con el ceño fruncido y bufando.

—Con el quilombo que tenemos, encima se da el gusto de hacernos perder el tiempo.

—Ustedes me hacen perder el tiempo a mí.

—Bueno caballero, usted es libre de irse si quiere. Firme el alta voluntaria y se va a su casa.

—Perfecto, traigan papel y lapicera.

—Doc, ¿es importante el estudio para ver si tiene algo en la cabeza? —preguntó el Comandante.

—Sí, era importante, pero su amigo desaprovechó la oportunidad.

El médico escribió unos garabatos a modo de certificado.

El Vasco firmó, le sacaron la sonda, el suero y salió del hospital con la cabeza vendada.

Subieron al Gol de Pablo y partieron hacia la casa de Pomelo. La ciudad estaba un poco más en ritmo de domingo pueblerino. El Vasco sacó una tuca que tenía en un bolsillo del jean y lo prendió.

—No escarmentás más vos... —dijo el Comandante.

—Es un churrito terapéutico. La marihuana desinflama y alivia los dolores.

—Yo voy a darle una seca para prevenir el glaucoma —acotó el Hueso.

—Qué previsores son todos eh.

—A vos te vendría bien una seca: para dar menos consejos y escuchar más —tiró el Vasco.

—¿Y quién maneja a la vuelta si yo fumo? —preguntó el Comandante.

—Yo puedo manejar —dijo el Hueso pitando.

El Comandante miró a su amigo y asintió.

—¿Sabés qué? A la vuelta que maneje otro, me hinché las bolas del auto, y ahora pasame eso —dijo el Comandante y le sacó el faso al Hueso y dio una pitada.

El Hueso y el Vasco lo miraron sorprendidos y empezaron a reírse.

Llegaron a la puerta de la casa y las perras ladraron. Mili corrió a saludarlos. Mora agradeció al cielo que todos estaban bien. Aunque se preocupó por el vendaje en la cabeza del Vasco. —No es nada, no se preocupe. Apenas un cortecito —dijo el herido impostando la voz.

—Casi le doy la carne a las perras —dijo Mario.

—¿Qué? Te mato, vengo con unas ganas de comer un asado.

—Ustedes pongan la mesa y vos acompañame hasta la huerta que te quiero mostrar algo...

Pomelo revoleó los ojos con desgano, pero fue detrás de su padre. Se alejaron del resto y Mario sacó el celular. Le bajó el volumen, dio play a un video y se lo mostró a su hijo. Pomelo agarró el aparato con gesto de asombro y vio la escena de la madrugada en la casa de Josefina desde el punto de vista de su primo Hernán. Se vio desfigurado, a los gritos y revoleando bolsas de basura. Los ojos se le abrieron y se quedó sin palabras. Se rascó la cabeza.

—Decime que ese demente no sos vos.

—Estaba en pedo viejo y me pintó hacer cualquiera, ya sé, estuve mal, pero necesitaba descargarme.

—¿A eso le llamas descargar? ¿Vos estás loco? Sabés lo que es para mí ver este video, a mi propio hijo haciendo estas locuras. Se me retuercen las tripas, no puedo ni comer del asco que tengo. Y encima te venís a pelear con el Hernán, sabiendo la relación laboral que nos une.

—Ellos también te cagaron muchas veces con guita de las cosechas.

—No tiene nada que ver con esto. Y nada justifica tu comporta-

miento. No le mostré el video a tu mamá para que no se infarte. Pero más te vale que le pidas disculpas a esta gente hoy mismo, sino mañana se lo mostro. Y si no dejás de hacer estas locuras, yo también voy a atestiguar en la denuncia que te metan.

Mario le sacó el celular de la mano y fue hacia la parrilla. Pomelo se quedó solo y callado, mirando la tierra mezclada con bosta.

—Bueno, a comer todo el mundo que se pasa —gritó Mario.

Todos se sentaron a la mesa. Mora cayó con un Malbec y su copa media llena. El asado estaba seco pero comestible.

—Un aplauso para el asador —dijo Mili y todos aplaudieron.

—Y un aplauso a la que hizo las ensaladas, ¿no? —dijo Mora y volvieron a aplaudir.

Mili le preguntó a Mario porque no comía y el papá le respondió que ya había picado de la parrilla.

Pomelo comió ensimismado en sus pensamientos hasta que le llegó un mensaje del amigo del taller: el auto estaba listo. Le pasó el presupuesto y compartió la noticia con los amigos.

—¡Uh! Carísimo, la puta madre —dijo el Hueso y el Comandante se agarró la cabeza.

—¿Era tu amigo o tu enemigo? —preguntó irónico el Vasco.

—Nos hizo un descuento en la mano de obra. La mayoría son los gastos de los repuestos.

—Yo no tengo esa plata —avisó el Comandante.

—Yo tampoco —dijo el Hueso que ya se había guardado lo que sacó de la YPF en la mochila.

—Yo se los pago —intervino Mario.

Los amigos se miraron sorprendidos. Y Mora detuvo la copa antes de acercarla a sus labios.

—No, viejo, dejá, nosotros lo resolvemos.

—No seas orgulloso Fabián, tus amigos dicen que no llegan.

No hay problema. Yo lo pago.

Los demás asintieron y agradecieron la predisposición.

—Che, yo arranco porque tengo un viaje largo hasta casa y seguro todas las rutas están explotadas.

Pablo saludó a todos y agradeció por el almuerzo y el hospedaje.

El Comandante acompañó a su hermano hasta la puerta.

—Buen viaje, avisá cuando llegues. Si tenés sueño, pará un rato, tomá un café. Disculpá por lo que dije anoche. Todavía no caigo que mamá tiene novio. Ya quiero conocer a ese Eduardo.

—No te pongas melancólico ahora, pendejo. Está todo bien. Vení a visitarnos y charlamos.

—Dale, quedamos así. Este mes no voy a poder ir porque ya me patiné mucha guita con esta gira.

—Si querés yo te banco los pasajes.

—¿Seguro? Me harías un favorazo.

—Sí, tranquilo. Te paso los datos de la tarjeta y la sacás. La vieja va a estar chocha si vas.

—Gracias, me organizo y veo si puedo ir el finde que viene. O el otro a más tardar.

—Dale, te esperamos. Fijate en tu agenda si no tenés alguna marcha.

Se rieron y se abrazaron.

Mario puso su auto para llevar a Pomelo y el Comandante a buscar el Clio.

El Comandante y Pomelo fueron con Mario a buscar el Clio. Llegaron al taller y el amigo les explicó los arreglos del motor,

chapa y la óptica. No pudo resolver lo del cierre centralizado. Mario pagó por todo y se volvieron a la casa. El Comandante volvió solo y en el otro auto iban padre e hijo en silencio, escuchando una radio de AM.

—Gracias por la ayuda con lo del auto.

—De nada —respondió Mario.

—Pensé en lo que me dijiste —agregó Pomelo mirando por la ventanilla—. No sé cómo, pero voy a pedirles disculpas y arreglar las cosas.

—Está bien, eso espero —dijo el padre con tono serio y no hablaron más hasta volver a la casa.

Al volver, prepararon el mate y acomodaron todo en la pieza. Pomelo se despidió de las perras con unas palmadas en el lomo y varias tiradas de pelota. La pava empezó a silbar y Pomelo se fue a llenar el termo. Cargaron todo en el auto, los amigos agradecieron el asilo, el morfi y la ayuda con los arreglos del auto. Pomelo le dio un beso a su mamá y le dijo:

—Prometo volver dentro de poco. Vos prométeme que le vas a aflojar al escabio y espero que vuelvas a las clases de tango.

—Bueno mi amor, te esperamos siempre. Y no te preocupes por mí, cada uno soporta la vida como puede.

Mili le dio un paquete de galletitas a su hermano y lo abrazó con fuerza.

—Te voy a extrañar.

—Yo también, cuidate y cuidá a los viejos.

Mili corrió el auto por la vereda, saludando con los ojos llorosos. Mario y Mora alzaron las manos desde el borde del cordón como quien despide a un barco desde un muelle.

Salieron a la ruta y se metieron en un embotellamiento de autos, colectivos y motos. Había camiones que llevaban a personas en sus jaulas como ganado. Al volante ahora iba el Hueso y de copiloto el Comandante. Pomelo sacó el celular, empezó a escribirle un mensaje a Josefina, pero lo borró y tiró el celular en el asiento.

—Regresará a su ciudad en la caja de un camión, las estrellas ahí nomás, a su alcance, frías —cantó el Vasco y acomodó la cabeza vendada entre la ventana y el cabezal del asiento con la intención de dormir.

Las sierras de Olavarría se alejaban. Los silosbolsa parecían ballenas albinas encalladas en los campos verdes. El sol de marzo caía de costado sobre el parabrisas del auto. La ronda de mates giraba y sonaba la música del Indio. A mitad de camino, pararon en una estación de servicio.

—Cargo nafta, sumamos todo y repartimos la guita, ¿les parece? —propuso el Comandante.

—¿Aceptás cheques a treinta días? —preguntó el Vasco —Voy a tener que comprarme un celular.

—Te salió caro el viaje —dijo Pomelo.

—Al menos no gasté en la entrada —le respondió sin abrir los ojos.

El Comandante pidió que llenen el tanque. El Hueso fue a mear con Pomelo y, después, cargaron más agua caliente. Los colectivos entraban y salían de la estación y el Hueso los seguía con la mirada atenta. Al Hueso le pareció ver adentro de uno a Pato con su venda y a Nayla. Se acercó apurado y vio que eran otras dos chicas y una tenía una almohada en la cabeza.

—Me estoy volviendo loco.

—¿Te pegó mal el faso?

—No, me quedé re manija con la piba esta. Y ahora creo que la veo por todos lados.

—Tranquilo, no hay enconche que no se pase con una rehabilitación de pajas. Si no escribible para juntarse un día y ves qué onda.

—No me pasó nada: ni mail, ni celu, ni las redes.

El Hueso puso la ficha y el termo debajo del pico.

—Podés buscar a la novia en las redes y ver si así conseguís alguna data de la piba.

—Es buena idea. Aunque no quiero quedar como un pajero obsesivo perseguidor. Si no hay amor, que no haya nada.

—Si no hay amor que haya vino.

—Y flores.

—Buscate otra rollinga y listo: un flequillo saca otro flequillo

—concluyó Pomelo.

El Hueso se rio, sacó el termo antes de que se rebalse y encarraron para el auto.

—Ojalá el Indio vuelva a tocar así me la cruzo de nuevo.

—La veo difícil. Entre el Parkinson y estas muertes el viejo no hace más un recital. La va a quedar en su estudio rodeado de guitarras y parlantes.

Los amigos salieron a la ruta otra vez. El Hueso seguía a cargo del volante. Atardecía y los campos de trigo reflejaban los últimos rayos naranjas. Las nubes cubrían parte del horizonte y el sol se filtraba y las encendía como si fueran algodones en llamas.

—¡Arrebol! —gritó el Hueso—. Esa es la palabra que no me acordaba.

—Ah, está buena, creo que la leí alguna vez —acotó el Comandante y tiró yerba adentro del mate, le sacudió el polvo y cebó el primero.

El Hueso pasó a un colectivo y chusmeó con curiosidad las caras desconocidas detrás de los vidrios.

—Che, Vasquito, ¿los martes te juntás con la banda de tu primo?

El Vasco respondió con un sonido gutural.

—Capaz me sume. Pasame el contacto y le escribo.

—Dale —dijo con la cabeza apoyada entre el cabezal y la ventana.

Por los parlantes sonaba una canción del *Último bondi a Finisterre*:

—...gualicho de olvidar, apretado en las manos, las despedidas son esos dolores dulces...

El Hueso recibió el mate del copiloto. Aspiró la bombilla, disfrutó del sabor y miró por la ventana. Venus brillaba en el cielo de la noche naciente.

Entraron a La Plata, fueron hasta lo de Pomelo y se despidieron con abrazos. El Hueso se fue en su moto y el Comandante acercó al Vasco hasta su departamento. Después siguió hasta lo

de Belén. Cuando ella salió, la besó en la boca y le devolvió las llaves del Clio.

—Gracias por prestarme el auto. Está casi todo arreglado, solo falta lo del cierre centralizado que en la semana lo resuelvo. Me jodió que le contaste a tus viejos, para un revolucionario la confianza es todo, así que me voy a dormir a mi casa porque estoy muy cansado y no tengo fuerzas para discutir. Te aviso que el finde que viene viajo a mi pueblo. Nos vemos en la facu.

La volvió a besar y se fue a pie.

El Vasco se puso una gorra para disimular el vendaje y llevó a Pelusa a la plaza del barrio. Se sentó en un banco a fumar y a ver unos tipos que jugaban al fútbol mientras el perro meaba varios árboles. Uno de los jugadores tenía un tatuaje de Maradona en un gemelo. El Vasco pensó que él podría hacerlo mejor. Sacó el celular y buscó en internet el precio de los kits de tatuadores.

Pomelo se bañó, rebotó la pelota de básquet varias veces hasta que se decidió a mandar un mensaje de disculpas a Josefina y a Hernán. Les avisó que los borraría de su agenda de contactos para no tentarse nunca más con hacerles algún quilombo en una noche de borrachera y les deseó suerte en su relación.

El Hueso guardó la moto en su departamento. Contó la plata que había traído del viaje más unos ahorros que tenía guardados. Le mandó un mensaje a Roberto para avisarle que mañana le devolvía lo que había sacado de la pizzería. Puso a lavar la ropa y sonó el celular. Se acercó pensando que era la respuesta de Roberto, pero se encontró con un whatsapp de un número desconocido. Era Nayla, le avisaba que Pato estaba bien, ya habían vuelto a su ciudad y le compartió varios contactos de albañiles.

El Hueso tembló de la emoción. Le respondió agradecido por la ayuda y feliz por saber de ella. Empezaron a conversar hasta que Nayla le dijo que se iba a dormir.

—Si uno de tus contactos se suma al proyecto de viviendas sociales, te invito una cena y un vino —le propuso él.

A los minutos, ella respondió: aceptaba la propuesta.

El Hueso festejó como un gol con el puño en alto, agendó a Nayla en sus contactos, puso el *Charro chino* a todo volumen y empezó a bailar por todo el departamento.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la editorial Orsai, por haberme acercado al mundo Insai, donde los sueños se hacen realidad de forma colaborativa y empática. Especial agradecimiento a Carlos La Casa y Viviana Fulleringer; por sus lecturas críticas y constructivas; a Fernanda Caperón y Fernando Pujolá, por su magia y su ayuda indispensable para que esta crónica ricoterá se convierta en un ser vivo de tinta y papel.



SOLO
SE LLEGA
MÁS RÁPIDO,
JUNTOS
MÁS LEJOS



EL POGO MÁS GRANDE DEL MUNDO:

CRÓNICA DE UNA MISA RICOTERA

Cuarto título de Colaborativa Insai.

Esta obra se terminó de imprimir

en Septiembre de 2025

en los talleres Semilla Creativa

en papel bookcel 80grs.

Para la portada se utilizó la tipografía

RNS Guaire

para el texto principal se usó

Garamond Premier Pro.

HECHO EN ARGENTINA



Este libro es mucho más que la crónica de un recital, es una declaración de principios: «en la misa ricotera nos ayudamos entre todos». Esta historia no solo narra ese espíritu, sino que nace de él. Es la materialización de esa camaradería, de ese pogo inmenso donde te pueden empujar hasta que te caés, pero siempre hay alguna mano que te levanta para que la fiesta siga.

CARLOS LA CASA

En esta crónica ficcionada del recital del Indio Solari y los FDAA en Olavarría, Chalo Flores construye, con dosis justas de humor y drama, la descripción de toda una generación. Este viaje entusiasma a ricoteros/as, pero también interpela y divierte a un público más amplio. Comienza con un grupo de amigos que parten desde La Plata a cumplir sus sueños, pero tropiezan con mandatos familiares y sociales que ya no funcionan como faro, sino como fuertes contradicciones de un mundo que se desmorona. Un relato lúcido y crudo sobre la amistad, la libertad, la solidaridad y la incertidumbre. Un texto necesario que describe una época en donde, como decía Zygmunt Bauman, *todo lo sólido se desvanece en el aire*.

VIVIANA FULLERINGER



 COLABORATIVA INSAI